

CHANGMARÍN



CUENTOS PARA MATAR EL ESTRÉS

PANAMÁ 2002

P

863

Ch882 Changmarín, Carlos Francisco

Cuentos para matar el estrés / Carlos Francisco Changmarín.-
Panamá: Imprenta Fotomontaje y Separación de Colores, 2002.
181p.;21 cm

ISBN 9962-02-269-X

1. LITERATURA PANAMEÑA - CUENTOS

2. CUENTOS PANAMEÑOS I. Título

Portada: Acrílico de Chagmarín

Diseño de portada

y Diagramación: Germán Torres Acosta

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por
cualquier medio sin autorización escrita del autor.

Derechos Reservados

© 2002, por Carlos F. Changmarín

Primera edición, marzo 2002

ISBN: 9962-02-269-X

Se imprimieron 800 ejemplares en el mes de abril de 2002.

Impreso por Fotomontaje y Separación de Colores, S. A.

Impreso en Panamá, República de Panamá

Al compare no
Partido Merulho
Sol durante.

Al. Mich

CHANGMARÍN

Tío conejo: – lo que sucede es que dios no existe.

Tío Buho: – ¿Y el diablo?

Tío Conejo: – Tampoco... Por eso, en este mundo de la pos-modernidad y de la misma M... es mejor reír frente a la muerte que llorar ante la vida.

CUENTOS PARA MATAR EL ESTRÉS

Dedico estos cuentos a los individuos e individuos
que se han creído el cuento de que malherido el socialismo,
el capitalismo, ahora con la mejor tecnología, iba a crear la sociedad del
bienestar general: todo mundo rico y ningún pobre.... Ni Borges ni García
Márquez escribieron un cuento del realismo mágico, mejor que ése.
Incluso yo se lo conté a un burro y éste se moría de risa: ¡ Ja...ja... Ja.!

CH.M

ÍNDICE

PRÓLOGO	VII
-------------------	-----

TRIPTICO AMOROSO Y CUASI ERÓTICO

Yeguamor	1
Manensia Lúa	8
Vacamor o la Rosita López	19

DÍPTICO GUBERNAMENTAL Y CUASI AMOROSO

Donde se cuenta sobre los amores de la estupenda querida Rosalinda Pérez con el arrecho ministro y las cucarachas	28
Donde se trata de un ministro sumamente amoroso y putaño	39

DÍPTICO RELIGIOSO

El rosario y la Rosario	54
Las puras pendejadas para los pendejos.	62

DÍPTICO DE MUERTES

El tío muerto y par de tetas	82
Un taxi para matarme	90

DÍPTICO DE SECRETARIOS (ARIAS) Y OTROS INCENDIOS

El Mogollón y la secretaria feisísima	101
El correcto secretario del fiscal	118

Y OTROS MÁS... DE ÑAPA

El pájaro de la doña de sal	129
La motocicleta azul	148
Donde se cuenta del trato de Tolentino Farraguta con el Gran Diablo	159

Glosario	179
--------------------	-----

PRÓLOGO

La risa como terapia para distraer las preocupaciones y aliviar la pesadumbre de los problemas cotidianos, ha sido cura recomendada por psiquiatras y psicólogos desde hace mucho tiempo. Los grandes maestros del teatro y la comedia han utilizado el buen humor para influir en las opiniones, transmitir conocimientos y disminuir las tensiones cotidianas.

El estrés como forma para defenderse o para huir de las situaciones difíciles siempre ha existido. Su explicación científica se remonta a los estudios de Darwin, sobre la conservación de las especies y la supervivencia del más fuerte, que sirven de base a las teorías más elaboradas que surgieron posteriormente. Freud y sus seguidores explican el fenómeno a través del yo, el inconsciente y el super yo. Esta concepción animista evoluciona a estudios que explicaron la conducta del hombre y su respuesta de huir o atacar, basada en evidencias de tipo orgánico, en donde el cerebro como órgano más especializado del cuerpo humano es el eje fundamental en el que se produce la acción de sustancias como la adrenalina y la serotonina, responsables de signos y respuestas a lo que mi profesor en Canadá, Dr. Hans Selye y luego sus seguidores, han descrito como estrés.

VII

Tanto los animales como los humanos, en situaciones desfavorables experimentan una serie de signos como son el aumento o disminución de la frecuencia cardíaca, sudoración, enrojecimiento o palidez de la piel, aumento o disminución de la temperatura corporal, salivación o resequeidad de la boca. Estas respuestas se deben al aumento o disminución de la sustancia conocida como moradrenalina, que se pensaba era la única que se segregaba durante las situaciones riesgo, a nivel del cerebro, para producir la respuesta, ya sea de ataque o de retirada. Sin embargo, Pavlov, Cannon, Hans Selye, entre otros, explican la situación sobre la base de evidencias científicas y ahora se maneja la idea de que el estrés es producido por más de una sustancia a nivel cerebral, pero que si la persona aprende a manejarlo correctamente es controlable y superable.

Para complementar la farmacoterapia y restablecer

el equilibrio de la actividad nerviosa superior, se utiliza la relajación inducida por el terapeuta en el consultorio, con las instrucciones para continuar con ella en casa y ésta se logra a través de variados ejercicios, tales como oír música, bailar, pintar y leer temas poéticos, de humor y otros que induzcan a elevar el estado general. Una de las estrategias más populares es la de recrear trinos de aves canoras, el murmullo del agua en el río o en el mar o transportarse mentalmente hacia bucólicos parajes.

Al leer los cuentos de Changmarín, el lector hace un viaje por los escenarios más hermosos del campo, acompañado por situaciones salpicadas de buen humor, que el autor logra con gran destreza. Estas escenas conducen necesariamente a estimular la imaginación y producir la relajación que busca el psicoterapeuta para aliviar el estrés.

VIII

La obra de Carlos Francisco Changmarín surge de las raíces mismas de la panameñidad. Destaca de forma amena y sencilla las costumbres, dichos populares y creencias de los hombres y mujeres del campo nuestro. Se mezcla con la tierra misma, con la lluvia, con los colores del amanecer y del atardecer, con los cantos de las aves tropicales y los aromas de las flores silvestres. Al leer a Changmarín nos transportamos al escenario de la campiña vívidamente descrito por él, con ese amor a lo panameño, que trasmite al lector y lo hace envolverse en los mismos sentimientos que lo inspiran. Ahora, Chico se adentra en la cura del estrés a través de los cuentos que ilustran el quehacer de los diferentes actores de la vida campesina.

Los “Cuentos para matar el estrés” se enmarcan en el campo panameño, no en los pueblos y ciudades, sino allá, lejos de todo, en donde se da rienda suelta a la imaginación para crear y reemplazar amigos, personajes conocidos; le da forma y color a situaciones reales para aliviar esa soledad que aparece una y otra vez en su obra.

Algunas escenas descritas pueden parecer crudas y

cruelles, pero son vivencias reales, recuerdos de cuentos de pueblo o quizás del mismo autor. Cada una de ellas presenta una realidad revestida del humor fino, sarcástico y a veces, hasta con una dosis del cinismo, conque los pobres disfrazan sus problemas algunos cuentos son precisos, al grano, y presenta la vida tal y como es, pero siempre dando un espacio al lector para hacer su propia interpretación.

Conozco a Changmarín desde que como médico interno llegué a Santiago de Veraguas, allá por el año de 1965 y me unen a él coincidencias ideológicas y recuerdos de actividades y aventuras políticas. Conozco a su familia y a través de los años he tenido oportunidad de compartir con ellos sentimientos de solidaridad y admiración. Lo he visto superar crisis severas, como encarcelamientos y destierros por mantener sus ideas. Ha sido en esos momentos difíciles en que ha alcanzado las más altas distinciones en la música, la pintura y la literatura. Admiro su inculdicable compromiso por los campesinos, por los pobres y marginados sociales tratando de contribuir a alcanzar una sociedad justa y equitativa, superando sufrimientos personales y su propio estrés.

DX

Me atrevo asegurar que los cuentos que hoy nos deleitan serán materia de análisis entre los que gustan de las letras. Estos cuentos, como dijera el poeta, nos abrirán la senda por la que transitan los "pocos sabios que en el mundo han sido", pero no para abstraerse de la realidad sino para encontrar un espacio de distracción y relajación conducente a disminuir las causas del estrés.

Agradezco a Chico la distinción que me hace para prologar esta obra, lo cual además de profundizar nuestros sentimientos de amistad ahora nos permite dar la bienvenida al Changmarín psicoterapeuta.

Dr. Luis Ernesto Vergara Icaza
Médico Psiquiatra
Panamá, octubre de 2001.

**TRÍPTICO AMOROSO
Y CUASI ERÓTICO**
**TRÍPTICO AMOROSO
Y CUASI ERÓTICO**

YEGUAMOR

En aquel culo del mundo, a las cuatro y veinticinco minutos de la tarde, ni siquiera llovía, durante el pordiosero mes del junito largo, cuando era tradicional que la pobreza de los campesinos y las soledades, sobre todo en los domingos, se alargaban hacia la infinitud del horizonte plano y borrosamente lila de las lejanías.

El maestro Sandallo de Jesús Jiménez, sentado en un tuco seco de cedro amargo oteaba la inservible transparencia de la llanura verde y pareja. La pupila se le achicaba en la inmensidad de la llanada, al borde de la cual, en miniatura aparecían los ranchitos, dentro los cuales sobrevivía un montón de desgraciados de la pobreza del mundo agrario. "Junito largo - decía Culebrón- cuando ya no hay ni gandules ni maíz en la troje, ni han madurado las pocas yardas del arroz sembrado, entre piedra y piedra, en los días de abril"...

2

"¡Qué vaina!" -exclamó para sí, el maestro espantando con una ramita de naranjo, los moscardones azuliverdes que le mordían las paletas-"Moscas del carajo!"

Sandallo vino de atrás del rancho que había alquilado donde garabateó los planes para las clases del lunes, de aquel desguarnecido cuarto grado, en la escuelita adonde al fin, lo habían colocado luego de trepar y subir escaleras y enviar telegramas a todos los funcionarios y al mismo señor Ministro, para que lo nombraran de maestro de escuela rural. "Y miren a donde me mandó el desgraciado Ministro... Al menos, si hubiera habido un par de maestras jóvenes, pero sólo estas doñas cacatúas, rezadoras y a caza de jubilación, y para más colmo y desgracia, don

Espíritu Santo Arosemena, el colega del sexto grado, medio ñañeco"- según solía decir la gente...

El llano verde, sin embargo reverberaba, en el bochorno del veranito de San Juan, como una olla caliente. El enseñador, sin camisa, se aburría mortalmente, como ocurría cada domingo. La soledad circular del llano, el silencio aplomador, la espera de fin de mes, para ir al pueblo a buscar el cheque, tras de seis horas a caballo y unas tres, en la destartalada chiva llamada: "La Velela Montañera", la cual por esos rincones y pelados lomeríos, sólo podía avanzar a veinte millas por hora, cuanto más, y luego que si el carburador, que si la manguera del agua, que si las bujías, o la batería... total tantas vainas por un sueldo de noventa dólares al mes!

3

Allá, de lejos, como que fulguró el chispazo de un rayo, pero nada de lluvia; pura propaganda. "¡Jum! -gruñó el maestro- es un peño del cielo"... "que si lloviera, al menos, refrescaría y me echaría a dormir en la hamaca"...

Pero no llovía, y el docente recostado en el bajareque de la vieja choza, por la cual pagaba cinco dólares al mes, y sentado en el duro tuco de cedro amargo, buscaba, ya en el horizonte, ya en el cielo, algo que pudiera sacar el escozor de su infortunio. Siquiera un gallote maromero, allá arriba del piélago celestial del cielo, que le hiciera alguna gracia, o se lanzara en picada, como los aviones de la guerra, sobre alguna morriña muerta en el llano, para oír el zumbido del pajarraco cortando el aire. Pero nada... sólo las malditas moscas y la transparencia inútil de la

dimensión llanera.

Más de pronto, en el panorama, al fin, ocurrió algo... A cien metros se proyectó la película de un caballo que correteaba, con gran alboroto a una yegua fugaz. El animal cojudo, en la fugitiva desesperación se teñía de rojo escarlata; la yegua, rosilla, huía, casi de un azul opaco. Corrían de un lado a otro; de vez en cuando se detenía la potranca, y el potro, relinchando, la mordía con gran voracidad sobre la nuca o el lomo, según la alcanzara, e intentaba inútilmente treparla, pero la yegua era mucho más alta que el encabritado corcel.

"¡Ajó! - exclamó el catedrático - si tuviera un lente de aumento para rescabuchar, a todo dar, este levante."

4

Pero no había caso para el subdesarrollado caballito rastrojero. Pese a su desespero, no le llegaba a la grupa de la hembra. Y continuaron el correteo, en un juego de rondas y revueltas y de pronto vinieron hacia el sitio en donde el maestro los contemplaba. Allí al frente de su rancho, sobre la plataforma del llano había unas lajas negras que emergían, a cierta altura del suelo.

- Caballito, ino seas pendejo!...-gritó el maestro, levantándose del tuco - Vente para acá, donde están las piedras y encarámate.

No más oírlo, al parecer, (no el caballo bruto, sino la inteligente yegua, hembra al fin) ella, la fémina, para afirmar su género y auto-estima, desvió la carrera, precisamente en dirección al túmulo de rocas y justamente colocándose abajo, se arrimó con inaudita voluptuosidad a una de las salientes lajas.

- ¡Sube, caballo bestia!- gritó Sandalio. Sin

embargo el azorado amante no daba bola y continuaba en el llano, mordiéndole las entrete-las de la mecha de la yegua, sin resultado pro-ductivo alguno, porque de nuevo, al empinarse, resbalaba, sin dar con el objetivo a falta de puntería, talante y porte. - "¡Ah, chuleta... esto no me lo pierdo yo!" - Razonó Sandalio y corrió hacia las rocas.

Se detuvo a tres metros de la escena amorosa, pero resultaba evidente la inferioridad del potro rojo, que ahora, de cerca, se veía que era un pobre animal con peladuras en el lomo, con señas de maltrato de caballo de los llanos. Mas potro nuevo, al fin... en estado de merecer. Tampoco parecía gran cosa la yegua flaca y casi azul. Pero era el amor.

Cuando el didáctico comprendió que el caballito no se la podía, el hombre, como buen maestro, decidió inducir al animal, con un profundo sentido de solidaridad, según su propia experiencia, de cuando era muchachillo y con un bejuco de batatilla, recogido de un matojo del llano, trenzó una soga, enlazó al torpe cuadrúpedo y como pudo trató de subirlo a la tarima rocosa, para que pudiera, al mismo nivel topográfico de la yegua, encarar el asunto que tanto lo desazonaba. Mas como a pesar de la humanitaria gestión docente, el bruto no era capaz de escalar el promontorio, al comprender la yegua audaz esta limitación disfuncional de su atolondrado como impedido amante... ella a punto de instinto y verdaderamente rabiosa de erotismo, empezó a propinarle recias patadas, empujándolo hacia las peñas, y así, con una endemoniada reacción femenina, al fin, hizo que al estúpido consorte se le prendieran los ordenadores de sus

antiguos y soterrados recursos, y ya librado de los entreveros inextrincables de aquella estrategia, al fin, penetró jubilosamente a la rosilla, que abajo, firmemente sosegada, apenas resoplaba, y por segundos presentaba un breve y delicado temblor en los jarretes.

A llano abierto e inmenso, terminó, tal como dios manda (pensó el maestro) la confrontación dialéctica, del pecado original. Y entonces, bien cumplida de ello, la yegua se retiró del estadio llanero y de las rocas, con cierto donaire, aunque todavía algo briosa, como lo hacen las damas en las novelas de la tele.

Pero el caballo, desfalleciente, sin soporte, vino a dar al suelo, sembrando los belfos en el llano y doblando los remos, aún con las patas traseras en el borde de la roca, o sea de culo arriba.

- ¡Levántate hueveta!- le gritó el maestro, al darle un rebencazo, con el manojo de bejucos de batatilla.

De pronto y ya consciente, el satisfecho caballejo, pegó un brinco orgulloso, como de niño vencedor; dio tres vueltas alrededor de la yegua; se echó tres pedos, y pegó una carrera hacia el horizonte violáceo relinchando y con la mecha parada, tal vez a contarle a todos los caballos del entorno que había alcanzado el gusto supremo de la vida, y hasta la no encontrada piedra filosofal.

El maestro miró el viejo reloj y así, en las postrimerías del junito largo, ya eran las seis de la tarde, y hasta el mundo crepuscular, de pronto, bañó

de alegre luminosidad las distancias del llano.

Pero entonces al maestro Sandalio de Jesús Jiménez le entró una comezón distinta a la simple y cuadrilátera soledad. Entró al rancho y se tomó una totuma de chicha de limón endulzada con raspadura, la que hacía todos los días, para calmar la sed llanera y la libido indomable, tal como se lo había recomendado el señor cura, para esas inatrapables soledades, con el fin de apaciguar aquellas abstinencias que le eran tan propias al presbítero, porque también él era humano.

"Ah... ¡Qué vaina!" pujó, con ansiedad suprema el pobre profesor de primaria, cuando ya había finiquitado la función caballuna y la satisfecha yegua se perdía en la llanura. "¡Coño...y en este infeliz llano, ni siquiera hay una mujer de la vida!"

7

Iba, pues la potrilla dizque rumiando jugueto-namente trocitos de hierba, y en semejante perspectiva, bajo las evaporaciones de la diluida sobretarde, cosas del amor, hasta parecía de verdad otra yegua, allá en el parpadeante y moribundo llano del mes de junio largo.

Entonces pensó, para sí, el educador: "¡qué buena parece estar!... ¡Pero no me joda! -se increpó- No por eso voy yo, ahora, a involucionar". Y tiró al suelo la enrollada soga de batatillas que aún tenía en las manos.

En lontananza, bajo el holocausto brumoso del anochecer, en la sublimada pantalla de la computadora y achicándose en diminutas espirales, ella, la dulce, harta y bien cumplida, la bien amada desapareció absolutamente.

MANENSIA LÚA

a- Idea del cuentista veraguense (+) Lacho Acuña,
b- Magnesia Lúa, purgante muy efectivo y famoso, producido por un laboratorio colombiano.

El maestro Sandalio de Jesús Jiménez amaneció con el gusanillo de un sueño que lo volvió a los dieciséis años, cuando con su pandilla hacía maromas sobre las yeguas en los potreros... "Son güevadas - se dijo - de estudiante, el profesor de psicología alababa a Sigmund Freud, quien habló de tantas vainas acerca del sexo y de los sueños...".

Mas ahora era obvio que lucía nervioso por algo parecido a una calentura y le escarbaba una cosquilla entre los muslos- "son pendejadas que a uno le pasan" reflexionó el pedagogo mientras se lavaba la boca con un amarillento cepillo viejo, untado de jabón de barra.

8

Sin embargo, en lugar de café hizo una chicha de limón con raspadura, recordando al viejo presbítero del pueblo, quien en la intimidad del confesionario recomendaba a muchachos y muchachas, tales bebidas, para momentos como el presente, con el fin de bajar los ánimos.

Pero resultaba inútil, pues la película de una hermosa y alborotada yegua, que rempujando a un disminuido y virgen potro llanero, en coloquios caballunos, eróticos y quizás, hasta pornográficos, que disfrutó, en la tarde calurosa del día anterior, se proyectaba con violencia, en la criatura de un amanecer emergente y no se le iba de la pantalla maximizada de la computadora.

Todo hasta los pelos de las canillas, se le

empezaban a erizar, como si de pronto sintiera un susto atroz, o tal cual sucedía cuando en sus noches de normalista, para las verbenas, bailaba con las chiquillas de su grupo. Sandalio sabía, por tanto de qué asunto se trataba, pero luchaba para apartar de su conciencia el pecado original y, en cierta medida, para no acabarse de joder.

- "¿Qué hacer?"- se preguntaba el pobre hombre. -"¿qué hacer?"- Dentro de poco caería sobre la planicie del llano, en forma abrumadora, la totuma oscura y estrellada de una noche más, en aquel solitario caserío, donde ejercía el magisterio.

Entonces entró al rancho, se calzó las botas, abotonó la camisa de dril chino, y partió decididamente a la choza del viejo Policarpo a saborear el guarapo, la cerveza criolla de las gentes y a matar la pesadilla provocadora.

Donde Policarpo, cada noche se reunía la peonada, en su mayoría gente soltera, y uno que otro mal casado a beber guarapo fermentado y chicha fuerte. Allá era el centro social de los hombres; lugar de comentarios, cuentos, bochinches, tiraderas, pullas. Es decir, la vieja querencia del bárbaro y lejano caserío, aquel domingo llanero.

Andando a ple, en la inmensa magnitud del llano, de la choza del maestro, a la de Policarpo, había, más o menos, unos quince minutos. El hombre de Freud despacio fue tomando el derrotero hacia el punto en donde se veía blanquear una mancha de gente.

- Buenas noches, señores- saludó el educador.

- Allegue "mestro", que tenemos un guarapi-
llo que si usted lo prueba... ¡hum!... Pero si prefiere
chicha de maíz nacido, pues también queda un
poco, además de un vinillo de palma, que sí
levanta corazones...

Allí estaba su amigo Culebrón, el mismo que
lo trajo, de baqueano, la primera vez a Llano
Lejos.

Ya azulinegreaban las verijas del ocaso, y en
esas penumbras, los enardecidos guaraperos
conversaban alegremente de las menudencias
de sus universos y el ambiente resultaba, para el
maestro Sandalio, muy bueno, como terapia
para su desasosiego varonil.

- Señor "mestro," ¿le gusta el guarapo? - le
preguntó con socarrona voz el empresario
Policarpo

- Buenísimo - contestó Sandalio - tiene un
buqué, del carajo.

- ¿Buqué, me dijo? ¿Qué es eso?.

- Sabor, mi amigo, el gusto del guarapo, el
olor.

- Ajá- contestó Policarpo - sucede que como
usted es "mestro escuelino", tiene esos talentos
para hablar. Pero sepa que mi guarapo emborra-
cha de verdad.

- Sí, lo sé.

- A este guarapo - terció Culebrón - Policarpo
le dice quitacalzón.

- Policarpo - intervino un muchacho- por favor,
cambie esa emisora y póngase aquella de las

cumbias- El gerente descolgó de la oreja del horcón el pequeño radio de batería y salieron las cumbias.

- Este radio fue - explicó Policarpo - lo que me quedó de la pasada zafra, allá en el ingenio; este año sólo aguanté dos meses.

- Dígamelo a mi -agregó un cliente - que me la paso la vida de machetero y no me queda, ni para el guarapo. Oiga, Me fía otra totumita, amigo Policarpo.

- "Mestro" -volvió Culebrón - a mi la plata de la zafra, para que usted sepa, se me iba en unos traguillos y en vainas de mujeres, solamente... ¿Para qué preocuparse tanto de la vida?

Cuando Sandalio oyó lo de las mujeres volvió a recordar el diablo del sueño: el caballito trepado en unas lajas, tratando de acoplarse a la yegua y a punto de cumplir... y el maestro ya no quiso aguantarse más; llamó a un lado, a su amigo Culebrón y yendo al tiro, le dijo: "Oiga, mi amigo Culebrón, y es que en este desgraciado campo no hay ninguna mujer de la vida que yo pueda disfrutar?"

- ¡Je... je... je!- sonrió con picardía Culebrón - se me hace, "mestro", que está usted ni el caballo arrecho, ¿no?

- Mira, es que tengo tres meses de estar aquí, como tú sabes... y nada de nada, Culebrón... nada de nada...

Los bebedores se echaron a reír.

- Sí "mestro", aquí todos lo entendemos.

- ¿Y entonces, Culebrón?

- Y usted - contestó Culebrón - ¿todavía no ha oído hablar de la Manensia Lúa?

- ¿Manensia Lúa? ¿Quién es ella?

- Allá, ¿ve aquellas palmas de pixvae? En ese ranchito vive la Manensia Lúa; ella compite con Policarpo, en la venta de chicha y de guarapo, y aveces hasta chirrisco ¿sabe? El aguardiente cimarrón. Si usted quiere yo lo llevo.

- ¿Y qué pasa con ella?

- Bueno, es un decir de aquí, que ella es de la vida. La única de estos rumbos y además, buena mujer. De muchachilla era muy alegre, aunque medio porfiadita de cara.

- ¿Y de cuerpo?

- Como una potranca retozona, maestro... se dice en el lugar.

- ¿Cómo que dicen? ¿Tú no has andado por esos lados?

- La verdad es que no, maestro. Pasa de que yo me junté, con la hija del difunto Buenaventura.

- Ajá... ¿y qué pasó?

- Nada... que como otras, se me fue.

- ¿Para dónde?

- Dicen que para la capital, a trabajar donde unos ricos.

- ¿Y qué, es eso de las otras mujeres?

- Aquí no hay mujeres. Llegaron esas maestras y todas son unas vejestorias, y por demás, vino también el maestro Espíritu Santo Arosemena, que como usted ya debe saberlo, le cupo la gracia de ser bien amanerado... Este es un campo sin mujeres... asuntos del mercado, según afirma el maestro Espíritu Santo, pues para su entender, sin embargo, al maestro lo queremos aquí, porque es persona bien estudiada, profunda en historias y economías, y muy coooperador con la comunidad.

- ¿Qué, tiene que ver la economía con eso?

- Cuenta el maestro Espíritu Santo, unos saberes de oferta y unas vainas de demanda... ¡qué sé yo! ...

Anocheciendo apretadamente, los dos íngrimos sujetos, seguían en la conversa, peripatéticamente, por la mitad del llano, mientras empujaban su andar lento hacia el nido de la Manensia Lúa.

- Así que no hay mujeres por este mundo, de Llano Lejos- volvió Sandalio con el tema.

- No hay, pues- respondió Culebrón.

- Y entonces, ¿cómo es la vaina en este lugar, y los hijos?

- Antes, decía mi abuelo, la cosa era distinta, pero desde que Porras hizo la carretera, y entonces, cuando vino la segunda guerra mundial y los americanos metieron las bases militares por todos lados, y bueno, pues, cuando vino la civilización del mudo occidental, que dice Espíritu Santo, este mundito de Llano Lejos cambió. Fue un salir de cristianos; de gente nueva. Primero, las muchachas. Yo mismo me fui de obrero y anduve por varias ciudades; ganaba plata, pero toda me la eché en cerveza y arrecheras de mujeres. Era la guerra y había ticas, chilenas, cubanas, colombianas... Yo sí conocí la vida.

Hice todo, maestro, ¿en qué no estaba Culebrón? Por eso me pusieron de sobrenombre, Culebrón, porque mi verdadera gracia es Peregrino Montemayor.

- Así, amigo, ¿conque usted es hombre de mucha cancha?

- Mismamente, maestro, y cuando la guerra se terminó, lo cual para nosotros fue una gran

desgracia, acá se acabaron las vaquillas gordas y vinieron las flacas. Hasta ayudante de chivero fui, y trabajé, con Pindo, el de la chiva que ya usted conoce: "La Velela montañera", pero, al fin, dejé, esas cuestiones y regresé, como buen cholo, para mi tierra aunque fuera en una sola pata, y aquí estoy... a su mandar.

- ¿Y las mujeres qué,?

- ¿Es que usted sólo piensa en mujeres?

- ¿Y que es la vida Culebrón?

- Pues ellas también se iban, apenas las chiquillas estaban entetaítas. Pues patitas para que las quiero... Acomodaban sus mucas y volaban como esas pajarerías, que para los meses de junio y julio, pasan arriba del cielo y se van... Todas se fueron y dejaron solitos, a los pocos muchachos que se quedaban. Dicen que se empleaban de trabajadoras domésticas; otras incluso se casaban; hasta con gringos se fueron. Una prima mía aprendió enfermería; otra, telegrafista; había de todo, hasta putillas. Y de vez en cuando regresaban echando piquete, con los trajes arriba de los muslos, y las bocas pintadas... pero luego se iban y no volvían más, porque allá vivían mejor. Por eso, y gracias, creo yo, a San Antonio... Al menos los hombres pueden tener, hoy día, a nuestra Manensia Lúa. La reina de este campo.

- ¿Y cuánto es el precio, en este negocio de la Manensia Lúa?

- ¿El precio o el valor?

- ¿No es lo mismo?

- No.

- ¿Quién dijo eso?

- ¿Quién más?... Don Espíritu Santo. Manensia dice que vale mucho más, pero que ella entien-

de la situación de acá y pone precios baratos, aunque a usted, como que es intelectual y medio riquito, le subirá un poco el ajuste, tal vez, unos cinco pesos plata; pero, bueno, tiene que palabrearla; en eso ustedes los maestros son el diablo.

Ya la noche había cerrado todas las claridades, y apenas en cada ranchito parpadeaban luces de las guarichas de querosín y sobre el llano, el mar de luciérnagas fluorescentes. Los dos hombres se arrimaban al rancho de Manensia Lúa. Habían venido en línea recta, partiendo el llano, desde la venta de guarapo de Policarpo. Al llegar había un hombre al frente del rancho, sentado en una banqueta.

- Buenas noches - saludó Culebrón.
- Buenas noches - contestó un cliente.

15

Los dos visitantes se recostaron de una cerca, debajo de un renegrido palo de naranja agria. Entre el coposo ramaje susurraba la bandada de pájaros azulejos que allí dormía.

- ¿Y Manensia Lúa?- preguntó Culebrón.
- Está en su menester - respondió el de la banqueta.
- Ajá - murmuró Culebrón- muy ocupada... ¿no es así?.
- En el oficio- agregó el hombre.
- ¿Será demorada la cuestión?
- Parece que el hombre está demorado... y después de él me toca a mi, y estoy con apuro, porque mañana tengo una peonada de desbrote de potrero.
- ¿Y a cómo está la oferta hoy?
- Me dijeron, que por ser domingo, son cinco

pesos plata.

- Ya oyó maestro, ¿no se lo dije? ¿No quisiera más guarapo? Tú, niña... llamó a una muchachilla que apareció en una ventana.

- ¿Qué dice señor Culebrón?- contestó la muchacha.

- Traiganos dos totumas de bujo.

Tomando el guarapo estaban, cuando del rancho salió el marchante, amarrándose, con un hilo de pita, los pantalones. Después entre la luz de la guaricha, surgió la Manensia Lúa, acicalándose el moño.

- Buenas, Culebrón, ¿y con quién vienes?

- Con el maestro Sandalio, ¿que te parece?

- ¡Ay, qué bueno! ¿Al fin vino usted, señor maestro?. Pero me esperará que ya termino con mi compadre Saturnino. Venga compita.

Pero cuando a Saturnino le dieron salida, y con todo apremio y gran cortesía, Manensia Lúa, desde adentro llamó al enseñador Sandalio, éste se resistió, porque un frío de pejeperro le entró por las entrañas.

- Mira, Culebrón- dijo el maestro en secreto- mejor no voy nada.

- ¿Cómo puede ser? - musitó Culebrón - eche pa'lante, como buen maestro escuelino... Ino se me ahuevel.

- Entre, mi lindo maestro. - solicitó con zalamería Manensia Lúa.

- Rempuje, maestro, que la mujer es todavía bien potrancona y corcovea de lo lindo.

Esto le traja Sandalio la película del sueño que vivió, del caballito rojo y de la yegua rosilla y desafiadora. Le volvió la corrupción al cuerpo; se le fue el guarapo a la cabeza, al fondo de las

entretelas del cerebro y entró, sin titubeos metodológicos y didácticos al hecho, diciéndose para sí: "¡Ahora o nunca!"... "¡Ni un paso atrás!"...

- Venga, querido amigo, si la Manensia Lúa, no es sierpe traga maestros. Aquí me dicen: Manensia Lúa, pero mi gracia real, que me puso la difunta, es Socorro de las Mercedes Pío.

Y bueno, Manensia me apodaron y Manensia se quedó, y Manensia Lúa irá al cielo cuando me llegue la hora de cafetearme. Pues, señor maestro, lo que hago no es malo, de ello vivo. Y si por tal oficio San Pedro me cierra las trancas del cielo, eso sería lo último que pudiera ocurrir en la política, y la discriminación contra los derechos de la mujer... (de género, que se dice) si hasta la "Mardalena", y que dios me perdone... anduvo en estos asuntos, y según dicen los decires, en el desierto de Judea, unas cuarenta noches, con el propio señor... ¡Ay...santísimo!

17

Arropó, con su vigorosa mano al hombre y lo echó en la cama de carricillos, superficie fresca, ancha y dura, para los males de la columna vertebral.

Buena mañana, al día siguiente, a las seis y cuarenticinco minutos de ese lunes, casualmente pasó por el rancho del maestro Sandalio de Jesús, nada menos que el amigo Culebrón.

- ¡Maestro! - le gritó por las rendijas del rancho- ¿Cómo amaneció?...¿No va a su escuela hoy?

El educador sacó su papuja cara de sapo

veranero, nocturnal, ojeroso, desencajado y apenas pudo responder:

-¡Mierda!...Culebrón, me la he pasado cagando toda la noche y ya no aguanto más...

- ¡Ajá!...Tómese una agûita de cáscara de nance o de guayaba, bien pura. ¿Por qué piensa usted que la llaman la Manensia Lúa?

Nota: Dedicado a la Asociación de Maestros Independientes- dependientes.

VACAMOR O LA ROSITA LÓPEZ

Dicen que había una vez un sujeto llamarse Sotero López, quien vivía con una amorosa vaca negra.

- Amigo, eso es, por allá, por la rehoya del mundo, lejisísimamente- dijo mi compadre Culebrón García.

Bueno pues, y como soy amante de las aventuras del saber humano yo dije: esto no me lo pierdo y arranqué un buen día, en dirección de las lomas azulitas, a la pata de cuyos cerros, era un decir, que vivía el dicho hombre particular y amante. En aquel andar por el escarpado, húmedo y largo camino... Trepa que sube... sube que trepa... me preguntaba: "¿cómo será esta vaina? y ¿qué clase de individuo mortal o inmortal será el sujeto de la historia increíble?"

19

Me había dicho Culebrón que para llegar al sitio iba a demorar un tanto como de nueve horas y ya andaba en el filo de las seis y trece minutos de la mañana; o sea, que llegaría, más o menos, sino había tropiezos mayores como a las tres y media p.m.

La mañanita lucía verde y fresca; al pasar chillaban los pájaros sobre mi sombrero. Y recorriendo el motivo del viaje, me preguntaba: "¿cuántas cosas afirmadas de la vida y de la muerte, como la historia de la humanidad y de los dioses no son sino leyendas o los puros cuentos?" Y entonces recordé a Culebrón...

¿Acaso todo esto de la cohabitación del hombre con la vaca, no sería otra cosa que una pérvida calumnia, esparcida con maldad y alevosía... o

sea los puros cuentos del fantasioso y hablador de Culebrón?

Cierta vez - contó Culebrón- llegó a la casa de aquel hombre una mujer a comprarle huevos de gallina... "¿Tiene posturas de ave?" - preguntó la señora. Y el hombre contestó: "Dentre doña... sí tengo". Abrió la franca y cuando ella entraba... ¿qué, cree usted que pasó?...Que arremetió la muy vaca, contra la pobre mujer, la cual tuvo que saltarse la cerca de alambre para que la mentada vaca no la fuera a matar.

Rosita, era el nombre de la vaca- dijo Culebrón - así la nombraba Sotero, Rosita López. Y como esa noticia recorrió todos los caseríos vecinos, no se apareció, nunca más, mujer alguna por ese lugar de la Rosita López, la vaca negrísima que tenía tallado un lucero blanco y fascinante en la misma frente. Según Culebrón, la gente creyó fijamente, que esa vaca debía ser el mismo diablo en forma vacuna, porque sabido es que el demonio se presenta, ya de hombre blanco, con ojos verdes, dientes y leontina de oro y zapatos de charol relumbrantes, pero también de hombre prieto y ojos de candela, como de perro y chivo negros, y tal cual es conocido, el muy chivato, a veces tiene más poder que el mismo señor... - ¡santísimo!- Pero la vaca era simplemente una vaca, que no dejaba llegar al rancho de Sotero a ninguna mujer, y por lo tanto, no era ningún satanás de los infiernos.

A propósito, comentaba Culebrón acerca de cuestiones de muchachos malcriados con yeguas, eso era parte del folclor campesino. Y

según el maestro don Espíritu Santo Arosemena, pertenecía a la cultura universal, en función del monismo de la historia, y además era asunto citado por la Biblia y el Corán.

El mismo Culebrón se agraciaba al contar cuando una vez, de chiquillo estaba atravesado en un callejón estrecho, en ese menester, con una potrilla alazana:- "Era domingo como a las nueve y treinta minutos de la mañana, cuando acató de ver, nada menos a mi padrino, quien venía en su vieja mula, y debía pasar precisamente por ese caminito."

Ver el padrino al ahijado en esa peripecia de la vida, y esponjarse como un sapo rojo, fue una.

Tal vez quiso tener una escopeta calibre dieciséis, de dos cañones y meterle un tiro, por estar en el usufructo clandestino de su yegua alazana y además, su preferida, pues la potranca tenía sangre de un caballo cuarto de milla, que alguien había traído de Colombia o de un lugar de Perú.

21

Y al darse cuenta de que su propio ahijado, el hijo de su compadre Onofre, anduviera en esta otomías, era realmente para matarlo. Pero no lo mató nada, porque no llevaba la carabina y con el machete le pareció indigno embarrarse de sangre.

Y en tal disposición, Culebrón alcanzó a decirle a su padrino:- "No Padrino, pase, si yo todavía estoy muy demorado"...

Oiga, señor... y al oír eso, Padrino se desgajó

de arriba de la mula, y de la caída dicen que se mató, porque dio de cabeza en una laja dura o sería que le aconteció algún mal palpito del corazón...

Pero realmente, cuestiones de tal naturaleza, con vacas, jamás se conocieron y menos se habló de ello en ninguna Biblia. Y con es pensamientos iba yo, camino arriba, para llegar antes que me cayera el aguacero encima justamente llegué a las tres y cuarenta minutos de la tarde.

Sobre una loma se divisaba la casa del vaquero Sotero López. De la tranca de la huerta a la casa había como diez yardas. Primero eché, ojo para descubrir a la famosa vaca. No vi nada.

- ¡Oiga!- grité-¡amigo Sotero! Detrás de la casa salió el hombre, moreno él, medio flaco y cuarentón.

- ¿Qué se le ofrece?- me preguntó.

- Nada- le contesté- una posadita, si puede y no es molestia.

- Dentre... Dentre.

La casa era de paredes de cañaza, techo de zinc y piso de tierra. Tenía un solo cuarto: sala y dormitorio, a un lado la cama. La cocina estaba afuera, en un volado de la casa, sostenido por dos horcones y una talanquera con los enseres. El hombre me miraba fijamente.

- ¿Qué, hace usted por estos rumbos, amigo?- me preguntó.

- No, que voy para adentro a buscar unos pichones de loro, que me tienen encargados, pero pienso que ya no llego, porque me agarraría la noche.

- Sí, y también el gato.

- ¿Hay tigres por acá?

- Uno grandísimo; las manazas son así - y exageró con sus manos - y ya lleva como seis terneros, dicen los dueños.

Yo, ojo de un lado para otro, pues estaba "sapeando" para pesquisar la susodicha vaca.

- Si no le molesta- me dijo- puede poner su hamaca afuera, en ese volado, ya que no hay bichos malos aquí.

Ya parpadeaba la tarde. El hombre hizo candela en el fogón de piedra.

- Voy a echar estas yucas para asarlas y usted se las puede comer con té de paja de limón, si le parece.

- Muy bien, eso me gusta mucho- le respondí.

El hombre salió a buscar la paja de limón. Yo le eché ojo a toda la casa y ciertamente observé huellas de cascos de vaca en la sala, al lado de la cama del hombre. De repente, de un apretado y oscuro matojo de tallos de plátano surgió la sombra de la Rosita López. Confieso que sentí algo de temor al descubrirla, pero ella se acercó, sin malicia, y a dos metros de la casa se detuvo, con sus enormes ojos pardos de vaca negra; estuvo así unos minutos, mirándome, sin moverse. Era bellísima, su mancha, en la frente, tipo lucero, restallaba como un jazmín triunfante en la negrura. Pero aquí emergió la cuestión: entre los cachos, Sotero le había puesto una frondosa y fragante diadema, de orquídeas blancas amarradas con finos bejucos. La vaca coqueteaba con aquella blanca guimalda. Entonces Rosita se acercó y me percaté de su brillante y sedoso pelo del anca. El lomo lucía como aterciopelado y ella exhalaba el olor de las orquídeas. La vaca, al escuchar pasos detrás de la

casa, dobló la elegante nuca. Era que Sotero volvía con el puñado de paja de limón.

- ¡Ja! Rosita, - ¿ya volviste?- le dijo con cariño y le palmoteó delicadamente la nuca de obsidiana.

- Linda vaca- elogió yo- y además, muy mansa ¿no?

- Si- le acomodó las orquídeas- Mansita y amorosa... La tengo desde que murió la madre, cuando fue parida. Yo trabajaba de vaquero en la ganadería de Don Filiberto Guardia. Yo mismo le daba la leche, con una botella y el patrón, me la regaló, cuando pensó que se iba a morir. Cargada me la traje y siempre ha vivido aquí, desde entonces, conmigo.

24

El hombre puso una lata con agua y empezó el cocimiento del té. Luego, mientras cenábamos la yuca asada, la vaca entró a la choza y plácidamente se acomodó en el piso al lado de la cama de Sotero López. Yo a través de las rendijas del bajareque de la cocina aguaitaba a la Rosita y bebía el aromático té, caliente, y saboreaba la yuca blanda, con buen punto de sal.

- Ella duerme conmigo- me dijo el hombre- en invierno, cuando llueve mucho y el mundo se la pasa en el chis... chis... el calor de Rosita me abriga. Es un gusto. Poca gente sabe lo bueno que resulta. Y además yo he oído decir -agregó Sotero- que a los ordeñadores no les da ninguna enfermedad, ni siquiera les entra ésa que llaman cáncer. Y como yo vivo tan solo, en estas soledades, desde que se me murió, hace cinco años, la mujer, pues Rosita me ayuda en todo: que si

carga leña, que si va con los zurrone de verduras para vender en el pueblo. Oiga, y hasta yo mismo la monto y tiene un encanto de andadura.

Yo no sabía si el hombre del diablo o de los ángeles me decía las cosas con su son y su vainita o era yo el corrupto que veía torcido cuanto observaba y oía.

- Amigo Sotero, y no piensa usted volverse a casar o a juntar con otra mujer? - le pregunté.-

- ¿Para qué, señor?- contestó prendiendo un tabaco, en la cerrada oscuridad de la noche- Allí, como le digo, tengo a Rosita que me sirve para todo y además, sepa usted, amigo que hoy en día las mujeres salen muy bromadas; cuantimás que ya yo soy un pobre diablo.

A la mañana siguiente Sotero López, cuando aún no se había desparramado el sol, por aquellas lejanías, cocinaba de nuevo, varios trozos de yuca y el amarillento y perfumado té de paja de limón. Afuera, Rosita López rumiaba algunos retoños de yerbas salpicadas de rocío. Luego que desayunamos el hombre llamó a la vaca; le dio en su mano, un puñado de sal; después trajo una totuma con un trapo. La totuma contenía aceite de corocita y empapando el paño empezó a darle un delicado masaje por todo el cuerpo. Rosita se lamía de placer, con la azulada lengua y los ojos semidormidos.

- Yo no sé- comentó Sotero- ¿qué sería de mí si esta vaca se muriera?

- Y eso ¿por qué?

- Bueno, porque ya serían dos, las muertas y yo, la verdad es hija de dios, antes de volverme loco, me mataría.

Después de eso, le agradecí al dueño la posada, la yuca y el té de paja de limón y le dije adiosito a él y a la Rosita.

- Bueno, amigo Sotero, muchas gracias por todo, y cuide a la linda vaca, para que nada le pase.

- No es nada, y así será.

Aquella vez, no volví por esa misma ruta, pero años después me hallé con Culebrón.

- Oiga- me dijo- ¿se acuerda de Sotero López, el de la vaca negra?

- ¿Qué le pasó?

- Nada, que la vaca salió preñada y yo me preguntaba: "¿como sería el hijo de una vaca con un cristiano? ¿Acaso mitad vaca y mitad gente?" Como dicen que antaño había individuos mitad caballo y mitad hombre. Pero bueno la Rosita se parió.

- ¿Y qué?

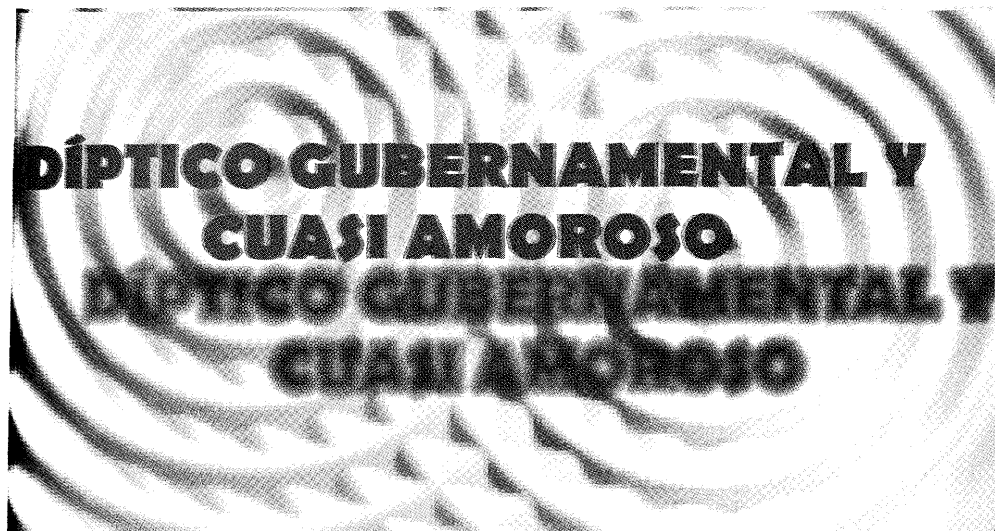
- Dicen que tuvo una ternerilla blanca, como la leche, y con un lucero renegro en la misma frente.

- ¿Cómo va a ser? ¿Y la Rosita López?

- Ella se murió del parto.

- ¿Y Sotero López?

- Él se ahorcó.



DONDE SE CUENTA SOBRE LOS AMORES DE LA ESTUPENDA QUERIDA ROSALINDA PÉREZ CON EL ARRECHO MINISTRO Y LAS CUCARACHAS

Pues de guanábana no tenía absolutamente nada pero así le decían a Rosalinda Pérez, en su pueblito del interior, a saber por qué...

En aquel lugar Rosalinda era la mujer más linda, más guapa y más caliente... "no tenía comparación en lo que ya estaba descubierto en el pequeño mundo", decían los muchachos de la región.

Desde chiquilla fue varias veces reina de distintos certámenes escolares; en las procesiones de la Semana Santa, si no salía de Virgen María, lo hacía de Magdalena, y ya quinceañera fue una de las más bellas y famosas reinas de los carnavales de Calle Arriba. Aquel carnaval, las muchachas de Calle Abajo y algunos cantantes famosos salieron con enormes guanábanas en las tunas callejeras y en los culecos. Y esa vez quedó aclarado para quien no lo sabía, aquello de: "Guanábana Pérez"...

Contó una vieja de Calle Abajo que: "en un paseo, en la playa se formó una discusión, cuando Rosalinda estaba ya crecidita, y Rosalinda le gritó a una muchacha envidiosa que ella no era más que una culiescurría"... Y entonces, la culiescurría le respondió: "y voz no seis más que una tetona... ¿Oíste? Tetas de guanábana",

Pero Rosalinda, andando los días, en su desarrollo equilibró sus formas porque creció

bastante, como una briosa potrilla de paso, amplió las caderas y con esta arquitectura, echó para más atrás las empinadas musculosas nalgas, y así, de acuerdo con la teoría de la relatividad de Einstein, aparentemente las tetas se le achicaron y la simetría de la muchacha hizo que ya muy pocos recordaran el sobrenombre de "Guanábana", y si acaso alguien lo repetía era, porque de acuerdo a las leyes del mercado y las exportaciones de productos tropicales del agro, hacia los gringos de Estados Unidos, esta sabrosísima fruta se hizo tan cara, que para poder comerla había que pagar un carajal de divisas convertibles.

Ya hecha mujer, Rosalinda dejó su aldea y emigró a la capital del país, en una chiva gallinera con su carga de belleza. Acá, algunas mujeres, que se asombraban de la hermosura de Rosalinda, decían de ella que era una pendeja, pues se sabía de hombres, incluso poderosísimos, que hacían fila para llevársela en los cachos; gente principalísima y rabiblanca; ejecutivos de empresa, capitalistas y banqueros de toda laya, hasta sujetos dedicados al lavado de narcodólares, que de todo había, para esos años, en los cañaverales del señor.

¿Qué no dijeron por aquí y por allá, sobre todo, mujeres que sufrían por no ser tan lindas como Rosalinda? "Que si era hija por fuera... que, si resultaba ser una pobre diabla... que si realmente no era ni mujer, sino mismamente maricon, por lo cual no se casaba... Y cuántas cosa más!"... Pero eran las puras calumnias, vomitadas con nocturnidad y alevosía, pues, totalmente lo contrario testimoniaban hombres que llegaron a

conocerla a fondo, o sea desnuda.

Lo que le ocurría a Rosalinda era el fruto de un resabio de clase, muy acendrado, pues desde chiquilla sintió repulsión por las gentes de arriba, por los oportunistas y logreros que se las tiraban de ricos. A ella le encantaban todas las parrandas, pero despachaba abiertamente a los que intentaban pasarse de vivos, o los que sin reparo alguno, que la sabían hermosa, pero muerta de hambre, le sonaban los bolsillos con el fin de levantarla. - ¿Qué se han creído? Cuando se emparrandaba solía decir a sus compañeras: - "Carajo...yo simplemente soy una mujer; amo la vida, me divierto, y no tengo por qué cotizar a tantos dólares las curvas que me dejó mi mama y menos con elementos engraidos, para quienes los potreros y sus vacas, o sus comercios son las medidas de todas las cosas".

Por eso solía andar con beisboleros, trabajadores, profesionales, técnicos y paisanos del interior, quienes eran de su tamaño, tenían su talante, su estilo y sabían divertirse, tirando diversos pasos y meneos, en los bailes típicos, y todas las tonadas en las tunas callejeras de los carnavales de su pueblo: "Ahora es que estoy caliente... que estoy caliente La reina de Calle Arriba no tiene dientes, no tiene dientes"...

Pero bueno, tanta belleza física y clasista iba a tener el más imprevisto final. Y eso ocurrió después de aquel terremoto cuando subieron los alquileres. El pequeño apartamento en donde ella vivía, el cual pagaba hacía años, quedó sepultado debajo de una colina.

Tuvo que abandonar el lugar y como cientos de otras personas damnificadas acudió, al ministerio de vivienda. Para entonces había allí un ministro que se las traía, de verdad. Eran los días de la Alianza para el Progreso, de los gringos, y a través de la embajada norteamericana el régimen recibió algunos millones, para reparar los daños del sismo. Y el ministro, cuyo sueño eterno era llegar a presidente de la república, según el folclor urbano de estos países, empezó a gastar aquellos millones en la construcción de casas aquí y allá en edificios gubernamentales y municipales y en escuelas, sin someter ninguna construcción a licitación pública, sino mediante contratos con empresarios amigos de su causa, y gentes sin empresa, que iban “al partir”.

El ministro hacía giras por doquier; entraba a las cantinas y pagaba los tragos que la clientela consumía; abanderaba fiestas patronales; entregaba cemento para construir capillas o cuadros de básquetbol; enviaba brigadas del ministerio a terminar pequeñas obras comunales. Era, pues, el diablo; en los medios de comunicación salía todos los días como el gran benefactor de los pobres y repartía, de las arcas estatales, macizas propinas a los periodistas, en su auto buick, americano, de último modelo; al pasar por las calles populares saludaba a las gentes, aunque no le contestaran; sacaba su rostro de comadreja por las ventanillas y sonreía mostrando su colmillera de tigre. Genio y figura ministerial y prospecto de presidente.

Pero además, este hombre, desde antes del terremoto y de la ayuda de la Alianza para el

Progreso, tenía fama de ser lo que era; uno de los ministros más amorosos y putañeros del gabinete, aventajado en eso, según las encuestas, tan sólo en algunos décimos, por el presidente de la república.

Se decía que en el propio ministerio tenía su privado y sofisticado "push button", estratégicamente situado, con su personal especializado en este trabajo íntimo. De este modo, la interesada, o la víctima, ya al final de la sesión de la mañana, entraba por la puerta del señor ministro, pero salía por un segundo piso, de un servicio de damas, hacia el pasillo general. Todo un dechado de ajuste arquitectónico y de inteligencia subrepticia, para tales fines no muy santos.

Lo cierto fue que en unos dieciocho meses, desde la ayuda de la Alianza para el Progreso, y sus visitas a la embajada norteamericana, el ministro se había vuelto millonario y hombre de mucha popularidad. Salía de primero o de segundo en las encuestas, para tal fin, de modo que tenía la mitad de la candidatura para presidente en el bolsillo, pero le faltaba el otro cincuenta por ciento. La otra mitad era muy difícil, pues el mencionado ministro no era sujeto de crédito del Club Unión, de los rabiblanco del país. De sobras se conocía que era un don nadie, trepador, rebuscón. Algunos periódicos de la oposición le acusaban de corrupto, por haber hecho uso de los fondos donados por los gringos, pero como esto era costumbre, entre esas esferas, ello no lo afectaba en las encuestas; de otra forma ¿cómo iba a ser político? La cuestión estaba en que los elementos de adentro, los

verdaderos dueños de los bienes raíces y crematísticos, desconfiaban de esta laya de políticos, por su prepotencia. Además la burguesía nunca quiso ver a negros en el poder, y era cierto que orillando los caracoles de sus orejas se le veía el pelo cuscú, de algún abuelo de Barbados.

Y entonces, cuando al fin, Rosalinda fue al ministerio a plantear, en el departamento correspondiente, su asunto y solicitó la consabida entrevista con el señor ministro, la telefonista llamó a la secretaria y ésta le comunicó al jefe, que una de las damnificadas, deseaba verlo para la cuestión de la vivienda.

- Dígale que estoy en una reunión - respondió el ministro.

- Señorita Rosalinda Pérez, - dijo la telefonista - el señor ministro, en estos momentos está en una reunión.

Rosalinda hizo una mueca, pero se quedó allí plantada, como una estatua viviente, de la Venus de Milo, pero con brazos. La alcahueta telefonista dueña de su viejo oficio de celestina ministerial, volvió, por su cuenta, a llamar al propio ministro.

- Aló - contestó el ministro - ¿para qué me interrumpes, tú, mi Felipita?

- Para la damnificada que le pide una entrevista.

- Ya dije, que no la puedo recibir.

- ¡Ay, mi querido jefe! - musitó la Felipa- no sabe el bocado de caviar que se puede perder...

- Entonces, dile que pase, que ya terminó la reunión.

El ministro fue directo, sin rodeos, cuando se dio cuenta de la descomunal belleza de la damnificada. Frente a los malintencionados

ofrecimientos, Rosalinda, mujer experimentada, toreó muy bien al azorado funcionario. De todos modos él pensaba que ella, al final, se rendiría ante su acoso político-sicológico.económico-sexual. Iba a derribar, como otro terremoto, semejante edificio de dulzuras; no se le escaparía. Total en unos cuatro meses, Rosalinda recibiría su chalé, en el barrio de Los Almendros, una área bonita de gentes de capas medias altas.

- Señor Ministro, - habló Rosalinda, con soltura y la forma de pago?

- Ya le dije, mi distinguida y hermosa dama, paga poco a poco, como pueda hacerlo, es mi política nueva de vivienda y sobre todo para quienes fueron víctimas del terremoto, y a fin de cuenta, y eso dependerá de usted misma. Pues... ¿y si no paga nada? ¿Qué, le parece, mi amor?

Rosalinda halló sumamente cursi la última frase, pero justamente a los ocho meses, ella, con sus bártulos estaba alojada en su chalé. Sobre el ministro tenía muchos reparos: superficial y demagogo, rechoncho, cara de comadreja, patizambo, o sea un ejemplar verdaderamente feo. Ella que había despreciado a tantos aventureros que se le atravesaron en el camino, ahora, para salir del paso, entraba en su propia contradicción. "Pero bueno, así es la vida", reflexionó, tomando la ruta de los políticos de origen popular, que consideraban muy práctico el cambio de partido y de ideología, en la medida que trepaban y lamían los azúcares, del pecado original, del enriquecimiento ilícito. Y cínicamente, pero con sonrisa truculenta, le dijo al calavera: "Dios le pagará todo esto." Pero el ministro respon-

dió para sí: "Dios no, mamita. Yo mismo soy." El ministro manejaba su consabida táctica: dar, para luego recoger. Ella también elaboró la suya: dejarlo venir, cual toro maltrecho y arroparlo, luego cual tarántula gigantesca, sofocarlo y contraerlo para convertirlo en un chupón de naranja.

Y aconteció que luego de los primeros encuentros bajo las sábanas, aquello resultó tan verdaderamente fabuloso, para el ministro que ya la obsesión de llegar a presidente quedaba como algo subalterno en su voluntad, pues se había convertido en esclavo de la tarántula, quien le había sorbido los sesos y los riñones. El ministro se arrojaba al suelo, sobre las alfombras, a los pies de la mujer que lucía como Lucrecia Borgia, de pura carne y hueso; luego le besaba los pies, las uñas, las pantorillas y subía hacia el prohibido huerto del paraíso terrenal con sus guanábanas.

En este rastreo el ministro amoroso y putaño sucumbió, por primera vez ante otra mujer.

La Lucrecia había vencido, hasta ese momento, con la táctica del chupón de naranja. Él la llamaba por teléfono celular a cada rato; le enviaba ramos con catleyas y claveles traídos especialmente de Medellín; le escribía versos malos, pero sinceros; la eximió del pago de la casa; le compró un auto deportivo; la enseñó a manejar. Hizo un viaje a Europa, por cuestiones oficiales, y bajo cuerda se la llevó y fueron a dar a París; visitaron los mejores cabarés; pasaron a Amsterdam, hicieron exóticas compras en las

tiendas “porno” y luego en Venecia, no se tomaron fotos en las góndolas, porque para esos días los comunistas habían organizado una huelga de gondoleros.

A su regreso al país, convencido del atollado amor que le ofrecía la retozona Rosalinda Pérez, y la seguridad y lealtad que eso significaba para él y como por otro lado, algunas de sus crecidas propiedades, ya parecían demasiado abultadas y eran la comidilla diaria de la oposición, puso a nombre de la muchacha un edificio de diez plantas que había adquirido recientemente. La misma Rosalinda se mudó al último piso, desde donde no sólo se apreciaba la salida de la luna de entre las aguas azulísimas, dizque descubiertas por el tal Balboa, el adelantado bandido del mar del sur, sino los enormes trasatlánticos que hacían fila para entrar al Canal. El ministro, en una de sus borracheras íntimas bautizó el edificio con el cacofónico nombre de “Maramor”, en honor del amor de Rosalinda.

Pero sucedió lo que el ministro nunca pudo prever. Justamente en esos días, los militares dieron un fulminante golpe de Estado. Magistrados, ministros y altos empresarios, con el flamante presidente derrocado escaparon hacia el amparo de las bases militares norteamericanas en la Zona del Canal, pero otros, como el apasionado y arrecho amante de Rosalinda Pérez fue a parar a la tercera galería de la Cárcel Modelo. Allí, junto a funcionarios subalternos y maleantes variopintos tuvo que dormir en el suelo sobre las desplegadas hojas de periódicos oficialistas del nuevo régimen.

Y así pasaban, varios meses, por primera vez encarcelados, incluso con agrias discusiones entre los mismos recién derrocados. Allí el ex Presidente de la Corte Suprema de Justicia coincidía con el ex Jefe del Banco Nacional, ambos pertenecientes a la poderosa oligarquía que ahora iba a reinar la noche oscura del país con una terrible dictadura. Pero el afamado ex jefe de la vivienda respondía: "esas son puras ahuevaciones... si toda la vida ustedes han gobernado usando las botas militares, del país o de los gringos. Lo que les duele a ustedes, rabiblanco de mierda, que se fueron a la Zona del Canal, es que les quitaron el poder... y también a mi... Pero a mi no me duele el ministerio si no otra cosa..." Y contestaban sus contendientes, bajo los calores y hedores de la estrecha celda: - "Eso dices tú que no eres más que un arribista...y loco".

Cuentan que a los meses, cuando bajaron a su nivel las turbulentas mareas del golpe y salió de la ratonera el amoroso ex ministro, venía verdaderamente transfigurado, ya que había dejado en su celda casi la mitad de sus libras, y llegaba tembloroso, con la bamba caída, y lleno de canas. En primera instancia, desde luego, buscó a Rosalinda en el penthouse del "Maramor". Pero estaba cerrado; se dirigió a la casita de Los Almendros, y allí vivía otra gente. En su desesperada y clandestina búsqueda al fin halló a Felipa, su ex secretaria. Felipa con lengua directa, como era su estilo le dio otro golpe de Estado y directo al corazón: "¡Aja! ¿La Rosalinda Pérez? Pues sabrá mi querido ministro, se fue a Miami". - "¿Pero cómo pudo ser?" - gimió el hombre- "Dicen- respondió su Felipita- que se fue de paseo con un amigote, un beisbolero, dizque campeón bate de su provin-

cia natal" - "¡Perra!-" gruñó enfurecido el ministro derrocado. Fuera de sí. Y Corrió a casa del administrador del "Maramor" y éste, francamente le respondió: -"Señor, nadie más que usted sabe, perfectamente que este edificio lo puso a nombre de su amada Rosalinda Pérez. Así lo afirma la escritura, debidamente inscrita en el Registro de la Propiedad Pública. Y quiero añadirle algo más, Rosalinda es ahora, nada menos que Rosalinda Pérez de Pérez, porque se casó, entiendo yo, con un muchacho beisbolero quien según las malas lenguas, además de ser campeón bate del equipo de su provincia fue su amante de toda la vida, desde los quince años, y ahora anda con los militares. Pues lo han nombrado como jefe absoluto del Instituto Nacional de Deportes, para que usted lo sepa..."

Allí mismo, el ex ministro, ex presidiario, ex candidato a la presidencia de la república, ex naranja, y ahora chupón, empezó a dar vueltas como un trompo. El administrador entonces, para evitar mayores inconveniencias, llamó un taxi; le dio al chofer la dirección de la casa, y el auto desapareció, como un trueno, por la avenida.

A la semana siguiente, cuando se recibió el reporte de lo que ahora le acontecía al amoroso ex ministro, en un semanario humorístico del nuevo régimen militar publicaron lo siguiente: Lo último que se sabe del señor ex ministro de vivienda es que ha perdido totalmente la razón y le ha dado por corretear cucarachas por doquier, las caza y se las come con gran voracidad. Además se mete, sin permiso a las casas vecinas y pregunta: "¿Hay cucarachas por acá?"

DONDE SE TRATA DE UN MINISTRO SUMAMENTE AMOROSO Y PUTAÑERO

- Que pase la maestra- dijo la secretaria privada del señor Ministro de Educación.

Al levantarse de la butaca, en la sala de espera, la muchacha casi turbada, dejó caer al piso el pañuelo celeste. Se agachó, y luego de tomarlo avanzó, pero tuvo que regresar a buscar la cartera que había dejado en el puesto.

Ella era un manojo de nervios. Las personas que esperaban la observaron con curiosidad y malicia.

Los ojos de la muchacha interiorana llenaban el pasillo del Ministerio de Educación como un sol esplendoroso y verde del mes de mayo.

39

Cuando la bella y despampanante maestríta observó que los curiosos, casi la desvestían con la mirada y el pensamiento, detuvo sus pasos, volvió el rostro, como para preguntar si en realidad iba desnuda. Por un instante, una ráfaga de confusión le estremeció la conciencia. Fue un segundo, nada más, pero estuvo allí, a punto de caerse o de gritar, porque en realidad se vio absolutamente desnuda, pelada, sin una pulgada de tela sobre las carnes, los lunares y todo cuanto ella tenía: sus senos turbulentos, a punto de estallar en su agudeza y palpitación, su remecida arboladura, su ángulo oscuro de carbón y ébano, de magia y vellosidad ilimitadas.

“¿Cómo pude haber llegado a la antesala del Ministerio de Educación, en semejante facha, así, en pelotas? ¡Por dios santo!” Rápidamente se repuso; adelantó un paso y se halló amparada,

de veras, por sus modestas ropas. El traje era de tela barata, pero bien cortado, por la vieja costurera de su lugar. Avanzó un tantito, ya más segura, pensando que alguien fuera a decir, en aquella antesala hipócrita, que se había rendido ante la conquista fácil, o que el portero, acostumbrado a ver las cosas más increíbles sucedidas en dicho Ministerio, dijera que podría ser una de las tantas, porque lucía fabulosa y era dueña de los ojos más inconmensurables del interior de país.

Desde luego, llevaba, entre otros papeles, su diploma; también, un monedero de cuero repujado, con doce balboas, para los gastos sencillos, regalo de mamá y además, una cuchilla bien afilada, que la precavida abuela, le había echado allí, para por si acaso... La cuchilla era un recuerdo del abuelo muerto, quien en sus días de joven la talló de un pedazo de machete deteriorado y guardaba no sólo los secretos del abuelo, sino que con ella, el viejo, por pleito de tierras, había mandado a un sujeto al camposanto.

La chica, recién graduada de maestra de primaria, iba a solicitar el nombramiento, no importa en qué alejado rincón de las montañas o de las costas. Trepó los ciento treinta y dos escalones del edificio... ¿Recomendaciones? Ninguna...

“Come carácter” solía decirle la madre. Pero ella salía a su abuelo, al padre, a la abuela, a la escuela en donde la formaron, y a las luchas estudiantiles en donde educó ese talante, y por eso no fue a ver ningún político, en solicitud de limosnas, de la tradicional recomendación

politiquera, con el fin de conseguir el puesto de maestra de escuela primaria, tan sólo por un año, para luego, volver el otro año, a visitar otros políticos...

Hacía un rato, cuando la maestra llegó a la sala de espera, los presentes se la comieron con los ojos y un mundo de pensamientos culebreantes y malvados se cruzaron como relámpagos. No pudieron auscultar lo que había dentro de aquel formidable pecho y los hombres y las mujeres sólo aguitaron cínicamente, los tómulos emergentes de sus senos, su boca llena de agridulces y embriagantes ciruelas rojas, traqueadoras, que se dicen; su porte alto, esbelto, su formidable guapura de mujer.

-Todas son iguales- murmuró, por lo bajo una vieja comadre- Allí donde usted ve a esas maestritas de ahora- agregó- por muy mosquitas muertas que parezcan, son las mismas diablitas por dentro. ¿Se acuerda, señora, de los cuentos de aquel presidente famosísimo?... ¿cómo se llamaba?... Bueno... ¿Oiga aquel bribón que para nombrar a una maestra tenía ella que acostarse con él, en una alcoba privada, que tenía para tales efectos, en la misma presidencia?

- ¡Vaya!... señora - respondió un caballero- pero esos tiempos han pasado.

- ¡Jum! - respondió la señora- los tiempos habrán pasado, estimado señor, pero las arrecheras de los ministros... ¡no!

-¡Virgen santa!

Al pasar a la sala del Ministro, la muchacha se quedó en ese punto, sin atreverse a abrir la puerta del despacho y escuchó los últimos comentarios de la chismosa. Titubeó; se acomodó el cabello y se pasó el pañuelo celeste por la sudorosa frente. Al fin entró. Adentro pisó sobre alfombras suaves,

gruesas y rojas. El aire refrigerado, por unos segundos, le paralizó la respiración de la nariz de venada, en su voluptuoso aleteo.

La sala del señor Ministro era grande, sin embargo había poca luz; apenas de una esquina surgía un resplandor, casi a escondidas, entre los muebles de caoba y traspasaba ramos de abominables flores plásticas.

Acodado sobre el ancho pupitre, con las manos ajustadas de lado y lado de la cara, sosteniendo la pesada cabeza, se veía al señor Ministro de Educación. Tal vez andaba por los cincuenta años. De rostro pálido, surgían las cejas pobladas como bosquecillos negros y grises. De las orejas colgaban gajos de pelos de cerdo. El labio inferior era grueso y sobresalía, abultado, en forma casi soez. Pero a través de la penumbra de la sala, sin embargo relucían los ojillos de culebra verde, que retozaban subrepticamente. La mortecina luz le bañaba de un lado; la mitad iluminada de la cara ofrecía variaciones que iban del naranja al violeta. El entrecejo, las curvas de las cejas y las zanjas de las orejas se marcaban duramente. La otra parte del rostro, de ser retratada, al óleo, hubiera sido necesario un azul de prusia con veladuras moradas y amatistas.

En la sala crecía el silencio cósmico, también parecido a la respiración de los fondos oceánicos; en cierta medida daba la impresión de un paisaje surrealista de Salvador Dalí, pues en la semi- oscuridad, se alejaban los elementos, hacia el profundo y lejano horizonte.

La muchacha observó que los ojillos de señor Ministro, primero, empezaron a vibrar tenuamen-

te, con lucecillas azulencas, pero luego, dos poderosos rayos de acetileno saltaron de sus pupilas fáunicas. Aquellos haces de luz fueron bañándola de arriba abajo; hallaron todos los territorios: la cabellera plural, su espesura de fibras resbalosas, turgentes que caían sobre los hombros. Las chispas de luz se detuvieron, entonces en pleno rostro. Era la primavera y las primeras lluvias, en las sabanas, cuando ya huele a flor de tierra, la fruta del mango verde, y por los caminos, marañones amarillos y rojos caen al suelo, sin tocarlos. No cedían los inconcebibles, interplanetarios ojos de la muchacha; transparentes ojos de televisión y la boca alelada, inconsútil, como un telegrama en clave de guerra. Ella en aquel silencio adivinó la voz ronca que subiéndole por entre el canal de sus senos parecía lamerle y musitarle una frase vieja y desvergonzada:- “¿Por qué tienes, mi linda, esa boca así, entreabierta?” Las centellas de luz bajaron lentamente por toda la geografía de su república, de su cordillera y de su largo momento, largo, largo; los dos rayos de los reflectores se detuvieron en el bajo vientre, sobre su abultado empeine. Entonces las luces comenzaron un ejercicio circular, concéntrico. Ella, de pronto, así penetrada, poseída por la radiografía, entró en un estado de imponderabilidad cósmica y anduvo flotando sobre los muebles anchos, muelles, cálidos, incluso, sobre la calva del señor ministro. Los reflectores le buscaban con ansiedad y exactitud eléctricas. Ella creyó que todo esto sucedía, hasta cuando oyó decir al funcionario: - “Siéntese, maestríta, por favor”.

Habían pasado tan sólo treinta segundos; la muchacha sintió, que fue como una media hora.

Luego se estremeció, como ternera herida por el hierro caliente, al oír al Ministro; después pensó que no podía moverse, que estaba sembrada, como una estaca de níspero. El señor Ministro, aún sentado, detrás de su ancho pupitre empezó a extender los brazos. Eran dos bracitos cortos, de dinosaurio, pero corvos y filudos, como garfios. Volvió a pronunciarse con encubierta decencia: - "Por favor, joven, acomódese; hágalo con confianza. El mueble, como puede ver, es amplio y suave."

La hembra tradujo así, otra cosa, y no pudo sentarse. Se llevó la mano izquierda a la boca y se la tapó con evidente vergüenza, y precavidamente, con la mano derecha apretó la cartera, contra los palpitantes senos.

Aquellos cortos brazos de cangrejo, del Ministro, sin embargo empezaron a alargarse hacia su cuerpo. De pronto observó la cara del hombre, por allí distante, pequeñísima, como un poroto; pero al acercarse su figura ministerial, los ojillos chispeantes, ojos de culebra verde se encendían más. Los brazos venían; las manos se agigantaban como en un escorzo monumental de Alfaro Siqueiros.

- ¡No... No!- Parecía que habría gritado la muchacha con todas sus fuerzas. Los brazos retráctiles retrocedieron automáticamente y desaparecieron como gusanos en sus caracoles.

- Por favor, señorita- dijo el ministro- le he pedido que se siente.

La maestrita, lentamente empezó a sentarse en la ampulosa poltrona y se fue hundiendo en el almohadón; sintió una electricidad babosa que le recorría el cuerpo hasta encenderse en la

puntas de los senos, las orejas y el pubis. Otra vez se sintió perfectamente desnuda, pero como envuelta en una gasa de llamas amarillas y ocres. El señor ministro apretó el botón del aparato del tocacintas que tenía a su lado y una melodía: "Rhapsody in blue" de Gershwin, se deslizó sobre el alfombrado persa del piso rojo, como gatos de música, y ardillitas lanudas y abstractas, o como "peces sorprendidos" de García Lorca... en fin, algo supremamente voluptuoso y pecaminosamente erótico. Él la miraba a ella con la poderosa fuerza de un misil de lujuria; ella veía en él a un demonio, forzador, pandillero. Pero en eso sonó el teléfono. El Ministro pausadamente lo tomó. Era el Presidente de la República; el Ministro recitó un verbo azul, dijo: - "sí". Lo descolgó y las palabras quedaron allí runruneando como la boca de una colmena.

Afuera, en la antesala, la gente irritada esperaba la entrevista con el funcionario y duplicaba los comentarios.

-¿Qué le dije yo señor?- inquirió la doña sumamente alterada- hace media hora esa mujer entró allí ¿y por qué no sale?

- Señora doña, perdone, pero apenas han pasado tres minutos... los llevo contados...

- ¡Qué manera de contar, señor, me extraña!... Aunque para tales efectos, ¿qué diferencia puede haber entre media hora y diez minutos? ¡Jo!... decírmelo a mí. No será, señor abogado del gobierno, para que lo sepa, la primera mujer que preñan en un ministerio...

-¡ Chuleta! Señora...

Adentro, en el despacho ministerial, de nuevo, sonó el teléfono.

El señor Ministro, con sobrada calma lo tomó, ordenó algo y lo descolgó. Tenía cinco teléfonos, un portero, un chofer, un carro Buick automático, con placa oficial que decía: "Ministro de Educación". Además el hombrecillo era propietario de cuatro edificios de apartamentos, un chalé, en las afueras de la ciudad, y una casa de playa, a todo dar. ¡Y qué playa! Terrones de azúcar dorada, en lugar de arena. A la casa de playa jamás llevó a su esposa e hijos, dizque, porque el mar le hacía daño; ella era alérgica a los mariscos y a las olas.

Después de haber venido de los arrabales y por los torcidos caminos del oportunismo político; lleno de poder y de gloria, le había entrado el amor, por todos los poros y rincones de su vida. Quería amar a todas las mujeres, desear a las mujeres del prójimo, fornicar en los "push button"; reunir en su casa de playa a todas las secretarías y celebrar verdaderas saturnales. Era muy democrático en el amor: amaba a blancas, trigüeñas, indígenas, chinas y negras; tuvo amores livianos con una hermosa judía, de ojos verdes y pelo negro y hasta ciertas relaciones bipartitas con un coronel del Comando Sur, físicamente parecido a Elvis Presley- Se comentaba en el Ministerio-

Solía utilizar a su chofer, quien era un individuo de experimentadas proezas culinarias, pero muy habilidoso en la trata de chiquillas. El ministro para tales fines, se paseaba muy orondo, cual pavo real, aunque cuasi enano, por las principales avenidas en su habitual cacería; él mismo las requería en supermercados, almacenes, cines, y hasta en los ventorrillos del mercado público: - "Todo lo que

cae es peje" ... solía decirle al chofer. En cuanto a putañerías, nadie le ganaba, ni en el Gabinete, ni en la Legislativa, ni en la Corte Suprema de Justicia y aún superaba a los ejecutivos de la Cámara de Comercio, de los ganaderos, y de los industriales del país, gente muy adinerada y dueña de la bolita de mundo, amén... Incluso, en esto aventajaba a algunos pastores religiosos y hasta a taxistas y buseros, que al decir de los decires, eran la tapa del coco.

Pues bien, la maestra, sentada en la cómoda poltrona, en la oficina del Ministro, no apartaba los ojos del rostro del funcionario. Éste, con mucha modestia dibujaba, al parecer, sobre una hoja blanca, con un lápiz garabatos indefinibles; escuchaba la partitura de Gershwin... La sinfonía tomaba formas variadas de gatos extraordinarios, o mullidos de visones de la lejana Rusia, o de plumosos cisnes de cuellos largos, largos; de gatos azules, grises, negros, campánulas, granates, anaranjados, rojos; gatos violetas, gatos grises y azulados, gatos, gatos, gaticos... Las notas del violoncelo se desparramaban como volutas, entre las nieblas del aposento ministerial. Ella percibía que los animalejos multicolores y multitonales le rozaban tiernamente las piernas, con una sospechosa temura, y con cierto rubor los apartaba. Pero los gatos insistían en sobarla. Le parecía que aquel gato negro de ojos rojos se le enredaba entre las pantorrillas y le subía gatunamente, manoteándole los muslos, hacia el cenit... "¡Madre mía, ave María purísima!" - ¿Acaso gritó en sordina?

- Usted- dijo el Ministro - entiendo que viene a

buscar un puesto de maestra; incluso se me ha dicho que aceptaría en una región de difícil acceso, como la zona indígena del Tabasará, o en Santa Catalina, de Bocas del Toro, por ejemplo. ¿Sabe? Admiro este arrojo de la juventud. Para que lo sepa, yo también, de joven fui sumamente revolucionario, cosas de la juventud, desde luego... Oiga, no ser revolucionario en la juventud, es una estupidez, y ser revolucionario en la adultez, es una estupidez... es mi teoría...

48

La muchacha sintió que la lengua encendida del señor Ministro iba a escupir las palabras más sucias, en diferentes idiomas de África, Europa, Asia y Oceanía. Y oyéndolo, sin embargo, quedó muy sorprendida y confusa. Así estuvo sin responder, inmutable, mirándolo y mirándolo. El señor ministro sonrió. Pero su risa daba la impresión de ser una línea larga de rieles babosos, sobre los cuales una locomotora muda iba y venía haciendo muecas ridículas. ¡Qué raro!

Fue entonces cuando a la maestra le pareció ver que de la boca del ministro empezaron a salir ganchos largos, unos ganchos largos, largos... que se le acercaban, como las perspectivas de los fantasmas en la televisión... No eran aquellos restallantes reflectores de acetileno, sino arpones de filosas puyas y cuando ya advirtió que el pescador clavaba en sus senos los anzuelos azules de plata y diamante, ella ¿al parecer volvió a gritar? - "No... carajo. ¡No!"

El señor Ministro no se inmutó. Bajó el volumen de la música y hundió otro botón y se abrió una

portezuela. Haló una botella y escanció en una copa. La copa de tono ambarino, al llenarse parecía un rubí traspasado de luces morigerantes, al estilo de Omar Kayam. Bebió hasta el fondo. Cuando se levantó de la silla, haciéndola girar al fin y al cabo, la muchacha creyó ver la verdadera dimensión y anchura del sujeto. Él se balanceaba. Después recogió el entrecejo, volvió el rostro a un lado; ofreció el otro lado de su cara. Los ojos de culebra verde, taladradores, parecían ahora inmóviles. Contrajo el labio inferior; lo mordió audazmente con un colmillo de oro, y alzando los hombros se acomodó la correa; brilló la hebilla de oro con sus iniciales. Al tratar de respirar hondo gritaría: - "Tú, chiquilla ¿quieres un puesto de maestra?".

El hombre apartó la silla. Salió detrás del pupitre y mirándola más fijamente, extendió otra vez los cortos brazos de cangrejo mangote de manglar:- "Yo, ¿sabes? puedo nombrarte hoy mismo, y ni siquiera tienes que ir al puesto... Comprendes, palomita?"

Ella había quedado allí, estatua de sal congelada en el centro de la sala. Le parecía que se hundía en la alfombra. La música cambió de Gershwin a Beethoven; emergió la Sinfonía Pathética... Los gatos huyeron. Sólo había la luz pálida de la lamparilla y el blancor de las pepitas de los ojos abultados y llameantes del representante magno de la pedagogía nacional:- "Ven paloma, ven; palomita turrututú... ven..."

- Señor... ¡oiga señor!...- era el sueño de la muchacha - ¡no haga eso!.. ¡no lo haga! - Y zafándose de la alfombra, corrió a un lado del aposento.

Él se adelantó y tiró el cerrojo de la puerta. Ella huyó a la esquina contraria como una garza herida, hacia la ventana que daba a la calle.

- No te vayas a lanzar por la ventana, paloma, que se cortan las alas. Yo te voy a nombrar y tú vas a gozar mucho. ¡Ven palomita ven!... Turrututú palomita tierrera, corralera, titibúa, tortolita! ihum!

El hombre se quitó un zapato, marca "florsheim", de ciento cincuenta dólares. Se mordía, otra vez el labio inferior. Miraba de abajo hacia arriba a la venada. Después se descalzó el otro pie y se soltó la correa italiana. El pantalón de casimir inglés cayó en la alfombra. Apretaba los dientes y los hacía charrasquear; absorbía como una sierpe verde el aire, como soplándolo para adentro y producía una especie de silbido de víbora de varias cabezas. Se deshizo de la corbata inglesa y la camisa blanca, marca "Arrow". Dio unos pasos adelante; volvía a sorber el aire, lo masticaba, lo hacía azúcar, melcocha con la lengua y la saliva; echaba espuma por las comisuras verdosas de su trompa, como un potrillo encabritado en el mes de mayo... Se arrancó la camiseta y el calzoncillo; eran prendas norteamericanas de la mejor calidad. Quedó desnudo. Así creía verlo la maestra virtualmente aterrorizada. Él se acercaba. La maestra dio vueltas por entre las tablillas rellenas de libros. El señor Ministro levantaba de nuevo sus bracitos cortos, tropezaba. Al suelo caían volúmenes bellamente empastados: "Programa de Educación Primaria para las Escuelas de la República". El Ministro pisaba los libros y avanzaba como un minotauro, con su cuerpo deforme, esponjoso, patizambo; las nalgas

flácidas, la barriga abultada, un verdadero renacuajo, pero se fue contrayendo y soplando como un peje tamboril, empezaba a realizarse. Allí tumbó una pedagogía de Kilpatrick; acá, un tomo de la Filosofía de la Educación de John Dewey...

- "¡Cómo no, hijita, yo te voy a nombrar de maestra! ¡qué bella profesión!... Yo te hago eso y todo lo demás, palomita, chivita, ternerita venga para acá, mi nena"...

La acorraló con los bracitos cortos de cangrejo morado de manglar; las tenazas se alargaban en la penumbra de la sonata Pathética. El tenía también algo de gato, iba a tragársela y la quería arañar, como los gatos: - "Ven pichoncito didáctico, ven recurso neumotécnico, ven"... Abría la boca llena de colmillos de oro; ahora parecía casi tigre...

- ¡No! Carajo... ¡no! - Al parecer gritó de nuevo la muchacha; su pecho subía y bajaba como un terremoto de carnes enfurecidas.

- Ven chiquilla interiorana, fresquecita y virgen aún. Hágase para acá, mijita sabrosa...

- ¡Carajo! -pareció gritar la maestrita, con terribles ladridos de tigre acorralada- si usted, señor Ministro, gato, diablo, o lo que sea se me acerca - abrió la cartera, sacó la cuchilla de la abuela, la apretó y brotó la hoja fina como una centella maravillosa - ¡igalo bien ... si pone sus puercas manos en mi cuerpo... yo, carajo... ¡lo mato! ¡Chucha de su madre! ... ¡Lo mato, hijeputa! - La cuchilla como una chispa de láser relumbraba en la mano.

En la sala de espera, el portero estaba inquieto por las indirectas de los visitantes.

- ¡Mierda!... esto es verdaderamente imperdonable- exclamó la doña impaciente- una hora y esa mujer no sale de allí.

- Señora, por favor, no han pasado ni quince minutos; son los problemas que suceden en la vida.

- Mire, yo soy vieja, pero no pendeja... ¿ya oyó? ¿acaso no me imagino lo que deberán estar haciendo? ¿No oyó ese grito?

- ¿Gritó? - pregunto el portero- ¿Pero es que alguien gritó?

- No señor - dijo otra persona- ningún grito he oído.

- Claro, de seguro, todos ustedes son del gobierno... ¡qué van a decir!

- Allí está: ¡otro grito! Venga usted, no sea alcahuete, escuche aquí, a través de esta pared. Alguien dijo "ventana"... ¿Se habrá tirado por la ventana la muy estúpida?

- Pero doñita ¿qué imaginación la suya! Esto es el ministerio, no un cine.

Entonces, sin embargo, alguna gente corrió por el pasillo y se fue a asomar por la ventana, para darse cuenta del crimen. En eso crujió la vieja puerta del despacho del señor Ministro de Educación. Los curiosos retornaron a sus asientos y clavaron las miradas en la puerta que se abría. La muchacha hermosa y serenamente, con toda naturalidad y un gesto habitual echó atrás la cabellera negrísima; aseguró la cartera y juvenil y orgullosamente, pasó entre la doña lengüillarga y los mirones; luego empezó a bajar los ciento treinta y dos escalones de las escaleras del Ministerio de Educación de la República.

-Que pase la siguiente persona, mandó a decir el señor Ministro- musitó la secretaria privada.



DIPTICO RELIGIOSO
DIPTICO RELIGIOSO

EL ROSARIO Y LA ROSARIO

La Rosario trotaba entre los quince y dieciséis y era la mezcla carnal de hembra india maya y negra angoleña, más negra que chola, pero mulata clara, y además, con elásticos nervios de sal y vino de las Españas.

Todas las mañanitas, sol bajito, ella se bañaba descaradamente desnuda, debajo del chorro vaporoso de la quebrada azul; chapaleaba, sorbía agua fresca y plateada de sardinas, mientras se daba masajes con jabón de olor, remeneándose al son de una cumbia corrida, zapateada y transparente. A través de los binóculos de espiar a distancia, se proyectaba, a todo color, el espectacular panorama: la caída, en volandas, del cabello oscurísimo, largo y brillante; el chisporroteo de fuego de los ojos; las indecencias impronunciabiles de los labios gruesos, hambrientos y tragadores. Hacia abajo repuntaban los pechitos emergentes y urgidos de maldades; navegaba el resbaloso y moreno vientre, recubierto de espuma, en cuyo ángulo agudo palpitaba algo misterioso y azabache.

Pero de pronto el viento veranero desataba un remolino de espuma blanca, de hojarascas doradas, y chispas de un arco iris loco, y el vídeo desaparecía de la pantalla mañanera.

Arriba de la loma, a cien metros de estas provocaciones, desde su pequeño alminar o torrecilla de los rezos, el cura Atanasio, bien entrado en los sesenta, en la madrugada, tomando sus buchitos de café; mientras apartaba los binóculos, sacaba lentamente del bolso, cuenta a cuenta, el largo y sobado rosario.

Era un verano tropical, fresco de cielo límpido y sacudido de palomas que aleteaban por encima de las ciento setenticinco libras del padre. Al cura le encantaba el revuelo de las palomas y el canturreo diverso de la multitud de pájaros de todos los cantos y colores. Su amor por la naturaleza no le iba a la zaga de su devoción religiosa, ni de su intachable vida religiosa y sumamente humana. El padre era cumplido, recto, cariñoso, comprensivo... oiga aquella dulce sonrisa, ganadora de limosnas y de públicos. Siempre la pequeña iglesia llena, cada mañana y sobre todo, los domingos y fiestas de guardar.

Luego de repasar el rosario, el religioso bajaba lentamente, llevando en la mano derecha los binóculos y en la izquierda la taza del café, escalón, por escalón.

55

- Señor- le increpaba Tomasa, la empleada- le he dicho que no baje así, y sobre todo, con esos gemelos, que un día, no lo quiera dios, se va a contramatar.

En la pequeña aldea eran las seis y media de la mañana. Por los azules aires comenzaron a repicar las campanas, anunciando el tercer toque; por los horizontes transparentemente azules también, lejanos gallos repetían en coro.

Como siempre, la última en entrar a la pequeña nave, Rosario, la hijita de la empleada del padre llegaba apurada con el pelo alborotado, la faldita levantada y seguida, la zambita, de

un tropel de diminutos torbellinos, arrastrados por la inercia de su hermosura. - "Tan renegra que es la madre de esa chiquilla, y mírela usted... ¡es casi blanca!...- murmuró, persignándose, una señora".

En el momento de entrar la susodicha, el monaguillo terminaba de encender todas las velas y luces eléctricas y la sala oscura, de repente estallaba con un esplendor, casi bárbaro, de mariposas amarillas y atornasoladas. Atanasio, hizo la acostumbrada reverencia y comenzó la santa misa.

A un cuarto de hora para las ocho, en su rústica mesa de roble, debajo de tupida rancharía, el padre solía desayunar. Rosario, la cabrita traía cada parte del macizo desayuno. Ella iba y volvía del fogón criollo, en su trote de potranca, situado bajo un frondoso árbol de mango, donde Tomasa soplabá para ahuyentar los humos, mientras la tortilla de maíz se doraba al amor de las calenturas del brasero.

Frente al ir y venir de la mesera, en el rostro de Atanasio subían y bajaban las pestañas. Ella, la Rosario sin sutilezas ni vergüenzas, al traer los huevos pasados por agua y las morcillas picantes al presbítero, sin ninguna misericordia, le clavaba las banderillas de sus ojos, sobre la muy cargada humanidad del toro herido. Él parecía mugir:- "¡Vade retro satanás!" Ella mascaba una risita pecaminosa... como quien dice...

- Me suele decir el facultativo- advertía Tomasa, la madre de Rosario, al acercarse a la

mesa- que usted no debe comer morcillas de puerco, pues lo va a matar el colesterol. Pero usted, mi señor, y perdone, es muy terco... Terquísimo.

- Bien, Tomasa, pero esta vida es solamente un tránsito hacia la otra, la cual será un eterno goce a la diestra de Dios padre... Tú cuida a Rosarito.

Al final la Rosario, pedía permiso al padre, para llevarse los platos. Y desaparecía en su trote, con el bamboleo de caderas y sus banderillas de virgen todavía, supuestamente sin amansar y canturreando:- "Llorelé y ¡ay! llorelé... bonito viento pa' navegá"...

A la mañana siguiente, en la azotea Atanasio tomó el rosario, se concentró y continuó el rezo: "Gloria al Padre y al hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén"... Cuando Isabel oyó el saludo de María, el infante saltó en su seno... y ella dijo a grandes voces:- "Bendita tú seas entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre..."

¡Vientre... vientre... vientre!...caracolearon los fonemas en las orejas del rezador y de pronto, a través de los prismáticos aparecieron, los círculos, las espumas y el desvergonzado y retozón vientre de la Rosario y se oía, entre las claras del amanecer, una tonadilla que la morenita, en su chapaleo repetía: "¡Mírala cómo baila pegadita de los hombres!"...

El cura súbitamente se levantó del taburete,

respiró profundamente y volvió a sentarse. Entonces apretó la siguiente cuenta del rosario. Recurrió a la Salve: "Dios te salve Reina y Madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra"... Pero en este punto, arriba de un alto árbol graznó el negrizal y poderoso pájaro chango, con su estirpe de cuervo tropical, de la mala suerte y cantó:- " Esa negra lo que quiere es que un negro se la robe..." Atanasio dejó el rosario y tomó la Biblia que tenía a su lado; nerviosamente buscó Crónicas, capítulo 21 y leyó... "4. Fue pues elevado Joram al reino de su padre, y luego que se hizo fuerte, mató a cuchillo a todos sus hermanos, y asimismo algunos de los príncipes de Israel." En la quebrada resonaba nuevamente el coro del canto: "Mírala... mírala... Mírala"... De pronto Fray Atanasio observó que los ojos de sus gemelos se agrandaban hasta llegar al tamaño de una pantalla gigante, de la cual entraban o salían torbellinos y vientos casi huracanados, que fueron disminuyendo y izas!...visualizó una chiquilla descaradamente desnuda que huía, mientras un sujeto trataba de asirla por las negras crines. Por el curvo sendero, ya no cantaba la tonadilla, más bien parecía relinchar, y el sujeto que detrás corría desesperadamente, como en los días de las cavernas, parecía tratarse del propio cura. - "¡Dios mío! Exclamó" - El hombre la perseguía, también desnudo, pero con un largo cuchillo, tal vez para clavárselo a la potranca.

- "¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!"- Y en eso estalló en la pantalla un anuncio: "Coca cola refrescante"... y de seguido desapareció la película. Atanasio cerró la Biblia, guardó el rosario y con la taza vacía y los prismáticos bajó la peligrosa escalera.

Esa mañana, como todos los días, y muerta de risa, la última en acudir a la misa era la Rosario. Y al verla y por lo bajo, musitándolo expresó una devota de San Antonio a su vecina de banca: "Mírala... mírala... mírala"...

- Padre - dijo Tomasa al servir el desayuno- ¿sabe lo que acaba de comentar la radio?

- No, hija, no lo sé.

- Dijo que el próximo Viernes Santos, vendrá a la región nada menos que el Señor Obispo.

- Sabía algo, pero no la fecha precisa. ¿Oíste bien? - Sí, padre.

- ¡Qué alegría!... ¡Santo dios! Aunque los obispos no suelen llegar a estas pequeñas iglesias...

Pero ocurrió lo casi imposible, y el señor Obispo le notificó a Atanasio que el Viernes Santos, le haría, en las horas del mediodía, una corta, pero muy cariñosa visita. Hasta los árboles, las flores y los pajaritos de la comunidad se alegraron casi tanto como la población de campesinos.

Tomasa, quien nunca había visto de cerca a un Obispo parecía la más alegre, porque además le haría los mejores dulces de naranja agria, enyucados, y un vinillo de guineo que sólo ella sabía preparar. Y desde luego la Rosario estaba loca de contento.

Ese viernes el padre quiso darse un baño en la quebrada, bajo los chorros y por ello madrugó, para evitar que la Rosario le tomara el puesto. Se dio masajes con una barra de la caja de jabones

ingleses, que para su cumpleaños, le había regalado la Congregación de Las Hijas de María Solteras y se restregó con hojas de sábila. Pronto subió al altillo para sus rezos y el primer buchito de café. Tomó el rosario, hizo la señal de la cruz y en voz alta recitó con su tono de bajo: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén." Pero al empezar el Credo de los Apóstoles, abajo en la quebrada azul, más descaradamente desnuda, que nunca, la Rosario, no sólo cantaba sino que salomaba con su voz de soprano, y gritaba al final: "¡Ay qué lindo!... ¡qué lindo!... ¡que viene el señor Obispo!... ¡Ay, el Obispo, señá Tomasa!... ¡Ay, Señañá!"...

Entonces aconteció lo absurdamente inimaginable en aquella aldea: empezó a temblar la tierra; bramó el rey de los feroces vientos del sur, del norte; el remolino le arrebató el rosario de las manos a Atanasio. Sin embargo el padre, alcanzó a clamar, en voz alta: - "Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó" y en terminando esta oración... ¡Zas!... el pequeño tornado levantó al cura por los aires y en eso, el pobre religioso acató de ver, que encima de él, y en su total desnudez volaba también la Rosario, la hija de su empleada Tomasa, quien agarrada ferozmente al tronco del naranjo, en el patio, no sólo daba gritos, sino que oraba enloquecida, por el temblor, el remolino, la caída de la torre con su altillo, por el pobre Atanasio, su hijita Rosario y por el fin del mundo...

El tronar de aquel oscuro remolino se parecía al toque de las trompetas finales. En esas gélidas alturas de los cielos, de pronto navegaba un

trasbordador de la Nasa; se abrió la escotilla y el padre vio palpablemente que la Rosario entraba a la nave cósmica, pero iba encendida como una chispa de acetileno, tenía sobre la negra cabellera un par de cachitos, y además lucía un largo y sedoso rabo.

Entonces cesaron los temblores y los remolinos, aunque sobre la geografía gris de la aldehuela, por meses, anduvo rondando un hedor de azufre insoportable.

LAS PURAS PENDEJADAS PARA LOS PENDEJOS

- Hija- dijo el cura- ¿quieres el bautizo con foto o sin foto?

- Con foto, padre... si la cosa será grande. Se trataba de la parroquia de Santa Lucía, encaramada en las estribaciones de la sierra y era el cura Filomeno Vaca y Monterroso, veterano español, quien pese a sus sesenta años y a sus doscientas libras, aún recorría en su mula todos los caseríos de la circunscripción que le correspondía a su dominio, para cumplir con dios y con Roma.

Dos meses atrás había hecho correr a un curita salvadoreño, que la jerarquía le había mandado para fortalecer el catolicismo, ante los embates de las sectas del Séptimo Día, Testigos de Jehová, Iglesia de Dios, Catedral de Vida, el Tabernáculo de la Fe, además de Bautistas y Evangelistas.

Pero don Filomeno Vaca no resistió el lenguaje y el empuje del curita centroamericano, quien en lugar de emprenderla contra los de la Biblia y similares - comentaba Filomeno- le había dado por esas locuras de organizar cooperativas de pobres, con el cuento de la Iglesia de la Liberación y entrar en peleas de tierras contra los señores que más limosnas daban.

- Padre- le reclamó, para aquellos días el sacristán- está bien que este curita enseñe por estos lugares la religión de los pobres, creo yo. Mire que toda mi familia vive allá encerrada en esas tierras, comiendo morachos asados, porque ya no tienen en donde sembrar ni una mata de yuca. Pues está muy bien, digo yo, mi querido

amo, que el curita haya formado la cooperativa "San Juan de Dios"... Pero cuentan que el terrateniente, don Sérbulo Rivadeneira- dice la gente- que él dijo que lo iba a mandar a matar, para que se fuera a joder a los infiernos... y eso si está bien malo.

- Oye, desgraciado- disparó Filomeno con su vozarrón de tigre- ya te he dicho Restituto que no te metas en lo que no te importa. Todos esos curitas de la tal liberación, son puros comunistas, que el diablo nos ha metido, de contrabando en nuestra sagrada grey. Pero bueno, si tú dices que mi buen amigo y gran cristiano, don Sérbulo, dijo lo que dijo, por eso mismo, yo lo he mandado a que se vaya de acá, pues para eso, para que no lo maten. Pero demonio... ¿qué haces allí que no vas a limpiar el gallinero? Vamos... dale el afrecho a los lechones; fíjate cómo andan las mieles y las abejas, que este mes debemos sacar cien galones. Dime ¿trajeron las mieles de Peña Prieta? ¿Las de la Lechuzza, han venido? ¿Y las de Rincón Abajo? Ya ese señor me está debiendo plata. Anda hombre... a tus cosas... y olvida a ese curita comunistoide.

Era costumbre, en esa parroquia, para las fiestas de la Virgen, que de los campos trajeran, en una pequeña anda su virgencita, bien aviada de adornos y limosnas, en sus respectivas alcançías. Al llegar a un altozano del camino, desde el cual se divisaba el pequeño valle del poblado, se escuchaban alegres repiques de campanas y luego, el sacristán lanzaba los voladores que estallaban en el cielo, a plena luz del día. A según fuera el poder económico de la clientela que acudía con la anda, así era el número de voladores: uno... dos... tres... cuatro... - "¡Ajó! La gente

del Peñón viene, por lo alto"- Solían comentar los del poblado... Y ésa era la gracia, también el orgullo y el amor a dios.

- Padre, nosotros llegaremos el mismo día quince, al medio día, dios mediante.

- Muy bien, hijo, y ¿cómo va el acopio?

- Allí, padre... más o menos... Pues usted es conocedor de nuestra situación y de la sequía de este año.

- Por lo mismo, hijo, vengan a pedir las lluvias. ¿Pero quieren voladores?

-Sí, señor padre, eso queríamos tratarle.

-¿Cuántos?

-¿A cómo los tiene este año, padre?

-Lo mismo, hijo, a seis pesos, cada uno... baratísimos.

-Bueno, entonces, véndanos unos tres.

Bien, muchacho... bien, hijo mío- dijo el cura muy cariñosamente, colocándole su manaza en el hombro del campesino-- Algo es algo y peor es nada. Tú, Restituto, tráeme del depósito tres voladores, de los mejores, que estos vecinos son los más apreciados por mí.

Las fiestas de la Virgen quedaban buenas, pero la mejor había ocurrido cuando en 1930 cuando vino el señor obispo. Entonces sí hubo un gentío y además comidas, puerkas asadas y vacas muertas... - "Y después ¡qué buen tiempo de lluvia hizo para las siembras! Pues llovió muchísimo, por obra y gracia del señor obispo, quien tenía mucha fama de milagrero"- dijo Filomeno.

El padre Filomeno Vaca iba por los cuarenta años de oficiar en dicha parroquia y cuarenta de andar con Restituto Venado, medio indio, pero

más ladino que otra cosa, con su talante zorruno de gente sospechosa; era el activo sacristán; además, correveidile del cura y por ello, el hombre mejor informado de la comunidad. En esa fraternidad, cada quien conocía lo suyo y lo del otro, pelos más o pelos menos, pero se mantenía una sagrada, estricta y sectaria confidencia entre ambos.

En la aldea, desde luego, con su millar de ojos y de oídos, todo se sabía, pero además se callaba, como una forma de coexistencia socio-religiosa y pacífica, para no complicarse la vida. Los afuereños, de vez en cuando, al llegar por allí, preguntaban: -"Oiga señor, ¿por qué el cura, además de bautizar, toma la foto y la cobra?"- La respuesta era la, misma: - "Yo no sé nada de nada"- Y eso era bueno, pues caer en la trama del espionaje local del cura era casi peor que ser acusado de comunista, que desde luego era lo inminente para quedar atrapado en el cepo de la alcaldía o ser llevado por la relinga, al destierro como enemigo de la religión católica, del obispo, del arzobispo y por ende, del Santo Papa.

Las beatas, devotas del corazón de Jesús, cuestionaban tales imprudentes preguntas- "que si los tales voladores que el cura vende... que si las mieles de abeja que exporta a Alemania... que si don Filomeno- ¡Santísimo!...tenía hijos regados por la parroquia y que todos salían blanquísimos y coloradotes, como él... Bueno pues, que si los potreros, las vacas, los puercos y otros bienes. Bien sabe este ingrato pueblo que todo ello, el padre lo convierte en propiedad bendita de la

iglesia... ¿A cuántos menesterosos, el padre no ha ayudado? ¿A cuántos pobres muertos no enterró, con la debida misa, sin cobrar ni una docena de huevos?...¿A cuántos chiquillos no mandó a estudiar a los seminarios para que mañana fuesen curas?...Lenguas de víboras cascabel... miserables envidiosos... malditos calumniadores... endiablados y perros muertos de hambre”...

Pero Restituto sí conocía la entera verdad, aunque se moriría con ella, porque también decía la gente- a él le tocaba la buena parte del sacristán.

Era costumbre de cada año y para fines de agosto, cuando ya había algo de cosechas, que el cura Filomeno, acompañado de Restituto, salieran de gira para hacer su agosto. Llegaba la temporada de bautizos, casorios y misas, Todo lo cual se relacionaba, a la vez, con la recogida de los diezmos y de las primicias, aunque los diezmos, después de la Guerra de los Mil Días, habían caído en desgracia. En dichas giras religiosas, esta vez, en el primer caserío, Las nimas, no se pudo hacer gran cosa, ya que un aguacero impidió venir a más gente.

Esa noche, luego del rosario, como de costumbre, cada uno en su hamaca fumaba su tabaco y bebía vino; vino de consagrar, el que, desde luego, nunca faltaba en esas correrías y el cual venía muy bien acomodado, en unos zurrones, con la tropilla de animales que llevaba en cada gira. Un poco había ya subido el vino a las cabezas, cuando el sacristán insolente, en aquella soledad, en donde acampaban empezó una de sus habituales conversaciones, que a

veces sacaba de quicio al religioso y le hacían perder el sueño, y a veces el buen juicio.

-Padre -comenzó Restituto- le quiero contar una cosa.

- ¿Ya vienes con tus imprudencias?

- Mire, ya ando en los sesenta, al igual que usted, y quisiera estar claro en algunos asuntos, no sea que pele el bollo cualquier día, en estas andanzas y quién sabe ¿qué será de mí?... o si acaso me lleve el señor demonio.

- Tonto de capirote -respondió el cura- el diablo no existe.

- ¿Y dios existe? ¿Dígame patrón?

- Canalla del desierto... ¿cómo preguntas eso?

- Pero en sus sermones usted amenaza con el diablo.

- Es otra cosa, estúpido.

- Bueno, yo sé que su merced es un hombre bueno, lo reconozco, pero además usted es sabedor de que yo conozco todo lo suyo, porque para eso soy y seré su fidelísimo servidor.

- Y ahora ¿a qué viene este discurso? Siempre con tus veladas amenazas ¿no?- se inquietó, en su hamaca el padre- Vamos, pásame acá el vinillo. ¿Y qué quieres saber ahora?

- Pues yo le oigo hablar del infierno, de las excomuniones para quienes se alejen de dios y cometen pecados mortales. Su excelencia sermona contra la avaricia, el egoísmo, la fornicación, el amancebamiento... todo eso.

- ¿Y qué se te ocurre, hombre?...¿ Qué hable de la inmortalidad de la iguana?

- Bueno, entonces, ¿por qué hoy usted le subió el precio a los bautizos, que antes estaban a quince reales y ahora ha cobrado veinte reales, es decir, dos pesos plata, o sea un dólar?

- Bien se ve, lo bruto que eres, so pedazo de acémila. La economía, sabrás, obliga a una correspondencia de los precios en el mercado... ¿No subió el aceite de oliva? ¿No subió el querosín? ¿No subió, incluso, el vino? ¿Y el azúcar, el arroz, los fósforos y en fin, todas las chucherías?

- Sí padre, subió todo.

- Entonces, zopenco, ¿quieres hacer colapsar a Roma? Deseas verme, oye, a mí, pedir realillos por las calles y tú detrás, como miserable lazarillo?

- No lo quiero, pero estas gentes, usted lo sabe padre, son verdaderos miserables, no tienen hostia de nada.

- Ya lo sabes, "los últimos serán los primeros", palabras del señor... Mas te diré algo: si ellos no son capaces de sufrir, como he sufrido yo, y sacar de sus tripas esos veinte reales, que tú dices, jamás van a sentir por la iglesia ninguna otra ligazón. No obstante si se sacrifican y pagan, ello hará que el interés rompa el saco, como se dice, y así defenderán, hasta con su vida, la santa fe. Nada, nada funciona en la vida de otra manera... absolutamente nada.

- Entonces padre ¿y el espíritu?

- Burro, ése es el espíritu. También hay que alimentarlo con sus realitos.

- Oiga ¿y la caridad, la caridad cristiana de que usted habla? ¿Por qué no bautiza gratuitamente a esos infelices hijos de dios, o en grado caso, le hace una rebaja? No dice la palabra de dios de que habiéndole preguntado un rico a Jesús: "qué debía hacer después de haber cumplido con los mandamientos, para ser verdaderamente perfecto", el señor le respondió: "reparte entre los pobres todos tus bienes"... ¿Dijo o no lo dijo Jesús? ¿O yo no me sé el catecismo que usted, maestro, me enseñó?

- Lo dijo, pero para entonces todavía no había aparecido el capitalismo.

- ¿Y qué tiene que ver, en esto eso que usted mienta, el capitalismo?.

- ¡Bestia! La oferta y la demanda... ¡Qué demonios vas a entender! Y de la caridad... ¿No doy yo caridad? ¿Y a ti te he tenido muerto de hambre o has comido bien y mucho? ¿Te ha faltado el pan o la tortilla, o el plátano sancochado en tu mesa, y de ñapa el vino, o comiste piedras? E incluso, ¿no te he regalado algunas vaquillas, con lo cual ya casi eres rico? ¿Cuántas vacas tienes ahora mismo, pastando en el potrero de la Virgen del Carmen? ¿Y cuántas, en el potrero de la Inmaculada Concepción? ¿Ah?...

- Bueno, no muchas querido y santo padre, allá unas veinte y acá quince, a dios gracia.

- Pues, anda corre, y reparte tus vacas entre esos pobres...

- ¿Que yo las reparta? Yo soy pobre y ésas me las regaló el señor.

- Dios te las dio, claro, pero también Filomeno. ¿O se te olvida? La caridad, so bestia, deben hacerla estas gentes con respecto a la iglesia. ¿Acaso no sé yo, y tú lo sabes mejor, que esos individuos gastan dinero en billetes de lotería, en toda clase de aguardientes y de cimarrón; en bailongos y fandangos, en los cuales más que danzas son verdaderos coge-nalgas, como se dice? ¿Y cuánto gastan en toda clase de burundangas innecesarias, cada vez que salen a los pueblos? ¿Y lo que se les va a los atarantados hombres, para usar y abusar indebidamente de mujeres? ¡Ja! Venir con historias de caridades a Filomeno Vaca y Monterroso... ¡Ja!

- Oiga, doctor, será alguna gente, se lo creo. Pero no todo mundo. Y entonces, eso del infierno

para los que no cumplen con dios; aquello del diablo y de las excomuniones para los que realizan pecados mortales, o se meten en las sectas de la Biblia, dígame padrecito mío, aquí entre los dos líquidos amigos, si me lo permite, todo esto ¿es o no es? ¿Quiere más vinillo, su merced?

Los hombres habían vaciado medio galón de un vino tinto español, especialmente comprado en recipientes de damajuanas, por el cura, en las mejores tiendas de la capital del país. Y en el ir y venir de las hamacas, ambos individuos ya traspasaban el perfil de la conducta habitual, para entrar en las penumbras de la real naturaleza, o del inconsciente o subconsciente, que se dice.

70

- Mira, preguntón, para que no me vuelvas con ésas. Si no hubiera iglesia, si no existiera toda esa creencia en el mundo del más allá, con su cielo y su infierno y pailas de brea, el mundo sería invivible; los pueblos se matarían. Y por eso es necesario el temor a dios, al infierno y que sobre los hombres y mujeres haya una amenaza, para que no sean capaces de volver a matar a Abel. Así nacieron todas las religiones. Pero yo te digo, para que no me andes con comparaciones ni preguntas de doble filo, que en la realidad absoluta, acá, entre tú y yo, sabemos que eso no es verdad.

- ¿Qué no es verdad?

- Mira, tonto de capirote, el hombre es el hombre y nada más; la mujer es la mujer y nada más; y la mujer es para el hombre y el hombre es para la mujer y todos los hombres y buena parte de los Papas, tuvieron mujeres, hasta cuando en un Concilio acordaron el celibato.

- ¿Celibato? ¿Qué es eso?
- No matrimonio. Es decir, La Santa Iglesia prohibió el matrimonio de los sacerdotes, obispos, arzobispos y papas.
- ¿Por qué, si puedo saberlo yo?
- Demonio, acá entre nos- porque si los religiosos se casaban, los hijos podían heredar los bienes de la Iglesia... ¿y entonces? San se acabó... Jamás vas a entender el mundo. Vamos,- ordenó Filomeno, ya medio pasado de tragos- dame otro vaso que -éste se me acabó... ¡je...je...je...! Vamos a ver tu inteligencia ¿Si Caín mató a su hermano Abel... ¿de dónde crees tú, cabeza de tarro, que salió el resto de la gente de esta humanidad?
- ¡Qué voy a saber yo!
- Claro. Dios hizo a Adán con un bollo de barro, de una costilla de Adán sacó a Eva. Eva fornicó con Adán, porque has de saber que lo de la manzana es cuento. De allí salieron Abel y Caín. Caín mató a Abel. Bueno, Adán repitió su acto sexual con Eva, pero también Caín fornicó con ella.
- ¡Santísimo, señor Padre!
- Ningún santísimo, borrego, así tuvo que ocurrir y debido a eso, y a otros cuentos de Salomón, sabrás, por mucho tiempo prohibimos leer la santa Biblia, porque se nos asustaba la gente. Y esto nos obliga hoy a educar y amenazar a los cristianos Por eso tengo que decir cada sermón. Pero, mira... esto... bueno... eso del infierno y las excomuniones, el cielo, y los ángeles y arcángeles, son puras fábulas, las puras pendejadas, para los pendejos...

En diciendo esto, se le cayó el vaso a Filomeno, y dobló la nuca sobre el respaldar de la

ancha hamaca solariega y el Sacristán súbitamente se durmió en la suya y empezó a roncar como un caballo viejo.

Ya la gira religiosa iba por los quince días. Aumentaban los acopios; llevaban, entre otros bienes, cinco novillas a la cola. Para llegar al último punto vadearon el voluminoso río, por un trecho bastante conocido por el sacristán. El lugar hacia donde iban era uno de los más prósperos, debido a la ganadería y a la producción de caña, con lo cual elaboraban el aguardiente cimarrón y las famosas mistelas. Allá los aportes eran cantantes y sonantes. Esa vez hubo, además de las misas y los bautizos, un bien celebrado casorio de la hija del personaje más rico de la aldea. La fiesta remató en una cantadera de décimas en honor a los recién amarrados y, desde luego, con un baile típico de acaloradas cumbias y puntos atravesados, cuyos ecos, de caja y tambores se perdían entre loma y loma y fue tan bueno el jolgorio que la gente amaneció en los zapateos y en los amanojamientos, cuando ya el sol estaba repuntando.

En el baile, de mirones, estaban el cura y el sacristán, echándose unos traguillos, pero el padre ordenó la retirada, tal vez, porque había tomado no sólo vino, sino mistela, que el mismo patrón de la fiesta preparaba en su finca: - "Padre, no sea puritano, yo le tomo su vino, y usted debe probar la mistela mía, que tiene cáscaras de limón, pasitas y algo de miel de abeja, y eso es un puro coñac."

Y así, cada uno en su hamaca, oyendo de lejos los tambores y el acordeón de las cumbias, la conversación, de nuevo, la empezó el sacristán.

- Sabrá, padre amigo, yo nunca pude amanojarme en esas cumbias primero, porque mi mama me lo prohibía, pues decía que esos bailes, y usted perdone, eran puras arrecheras de la gente; bueno, y después, porque entonces entré de esclavo suyo, de sacristán.

- ¿Y qué? ¿Quieres ahora, después de viejo meterte a cumbiero?

- No padre, son cosas de la vida. Oiga, ¿nos tomamos el arranque, antes de dormir, quiere algo más de su vino?

- ¡Ea, tonto!...tú sabes que no cojo el sueño sin unos dos o tres vasos.
Y vinieron los vasos.

- Veo, querido padre, que no parece tener sueño. ¿Puedo preguntarle algo, ahora cuando estamos solos?

- Ya vienes con el mismo cuento de siempre, ¿ahora qué tripa se te sale?

- Nada de tripas... Pero son cuestiones de mujeres, padre, de amor, que se dice.

¿Ahora me vas a decir que estás enamorado, después de viejo?

- No, son cosas de la vida, pero yo le escucho a usted predicar, y ahora lo oía en ese matrimonio, aquello de que no se debe desear la mujer del prójimo y que es pecado sumamente mortal el vivir amancebado...

- Así es.

- Pero usted debe conocer, que allá en el pueblo, el alcalde vive con una hija del personero, su secretaria; además de tener su digna esposa, doña Dorotea... Que el señor sargento anda detrás de todas las empleadas domésticas y ya tiene preñadas a varias... Que el señor juez municipal anda con otra mujer, o sea una querida de Chumical... Que el director de la escuela,

se dice padre, es del otro lado; o sea, de los que hacen la cuestión contra natura... Que Bienvenida, la mujer de don Crispulo, en cuya casa usted almuerza, todos los domingos y fiestas importantes, es amante del chofer de la chiva, el tal Pepote Rivera, quien suele decir que al haber en el mundo más hembras que machos, le toca, a los hombres, a dos mujeres por uno... Que Isabelita Pérez, la hija del dueño de la tienda, don Pánfilo Pérez, y quien es presidenta de las Hijas de María Solteras, lo anda repartiendo por el pueblo, a como dé lugar y gusto... ¡oiga mi patrón! Y lo dejo aquí, para no cansarlo... Usted, no me venga ahora a decir que no sabe nada de esto, porque para ello tiene aquí a cientos de señoras que se lo vienen a contar, y su misma señoría lo ve todo.

74

- Sacristán bochinchoso... ¡Lengua de víbora!

- La cosa es, padre amigo, ¿en dónde queda aquello de no desear la mujer del prójimo, ni de vivir amancebado, si todas esas gentes las ha criado y tolerado usted?

- ¡Lengua de sierpe cascabel!

- Pero, padre, no se le vaya la enjalma de lado. No me venga con moralicias, que aquí estamos los dos líquidos amigos de la vida, que todo lo nuestro lo sabemos y un jeme más y lo guardamos, oiga, y en esto yo me voy a la tumba, como lo que fui, soy y seré siempre, una roca muda.

- ¡Lengua de escorpión verde!

- Métase otro vinillo, mi señor. Pero mire que esta noche yo lo aguaité. Vi cuando usted, mi sacratísimo amo, quien al igual que mi caballo no es capado sino "cojudo", aunque usted tenga sotana y ese concilio que yo no sé cuál fue; pues lo vi cuando le echó manos a las coronitas de las

tetas, de la hermana de la recién casada, la que se ve que debe estar rebuenísima... ¿Qué me dice de ese arrebató?

- ¡Bestia!... ¡Lengua de alacrán africano! ¡Espía!

- Ya le dije que no se me encabritara... cuidado se cae de la hamaca... Repito: ¿Qué tal la chiquillona?

- Oye sapo desleal y miserable, no te digo que eres un verdadero hijueputa, porque no conocí a tu madre... ¡rescabuchador de mierda!

- Cálmese, padre amigo... ¿otro vinillo? Usted sabe cómo yo lo quiero y lo cuido, de sus diabluras viejas y nuevas... no se me haga... ni permita que el santo vino o la mistela lo pongan a corco-vear. ¿Cuál es la filosofía de todo esto?

- ¿Filosofía? ¿Qué sabes tú, so infeliz de filosofía?

- Nada. Pero explíquelo.

- No te explico una jota de nada.

- Padre, con toda su teología o filosofía, o su jerarquía, que todas esas malas palabras las he aprendido de usted, bien sabe que sin mí no puede hacer nada... nadita. ¿Quién le cuidaría el ganado, los puercos, el negocio de las mieles? ¿Quién le revelaría las fotos de los bautizos y le haría los voladores? ¿Quién le defendería su reputación, aquí en el poblado, como lo hace este servidor? Cuénteme, pues no tengo hostia de sueño.

- Mira, otomano degenerado, será ésta la última vez que yo te dé respuesta a todo eso y que te permita andar detrás de mí como un sabueso. Ya te he redicho que si nosotros no advertimos a las gentes del pecado ni creamos con las excomuniones, el temor a dios y al infierno, pues la tierra, has de saber, se destripa; se

matan los unos con los otros. Eres un asno, un loro que habla pero no piensa. Entiéndelo y no me vuelvas con esto y aquello; cumple mis órdenes, así el mundo será totalmente feliz, y no me jodas más.

- Pero ¿y lo que le pregunté?

- Tú sabes, porque te lo he dicho como mil veces que el infierno, el diablo, el otro mundo y las excomuniones, en realidad son las puras pendejadas, para los pendejos de este mundo... pero la vida, la historia es así y no de otra manera, lengua de zorra! Y cállate de una vez por todas... ¡Vade retro satanás!

Al día siguiente salieron, el padre y el sacristán, luego del almuerzo. La comunidad los despidió con mucha cordialidad y hasta con pena. Adultos y niños prestaban ayuda. Adelante en su buena mula de paso iba el cura, después la tropilla de los acopios y finalmente el sacristán y el montón de adioses de la población. La cuestión pintaba bien, pero el trecho demoraría, si no había tropiezos, unas dos horas y media para llegar al poblado. En las alforjas y en su mula el cura llevaba las limosnas y otros recursos monetarios, entre ellos, una hermosa pieza de oro, una especie de águila arpía, sacada de una rica huaca, por el propio señor del matrimonio, y entregada al cura, con otras valiosas monedas, como agradecimiento, por la linda ceremonia del casorio de su hija.

- Padre -dijo el sacristán- yo nunca había tentado una huaca de oro con ese peso... Oiga ¡es una barbaridad de plata!

- ¡Cállate, hijo!

- Padre ¿se imagina usted cuánto valdrá esa joya precolombina? ¿Un carajal... no?

- ¡Cállate, hijo!

En el camino, el cura estiró la leontina de oro y sacó el reloj suizo del bolsillo de la sotana. Eran las dos de la tarde. Iban hacia el norte. Al fondo, la cordillera estaba cubierta de nubes grises, y allá lejos se oscurecía un poco la transparencia del cielo y de la cordillera.

- Oye, tú, Restituto, ¿lloverá?

- ¿A cómo estamos de luna, padre?

- ¡Qué sé yo?

- Bueno, puede ser y no ser, padre. Dios dirá.

Siguieron en lento andar. Como otras veces el sacristán, en su caballo se puso a reflexionar en la fortuna del ministro de dios, mientras con el machete pelaba unos canutos de caña y los iba chupando. - "Cuánto llevará en esas alforjas, sumándole el águila de oro?"- se preguntó- un carajal será". Habían caminado unos tres cuartos de hora y faltaba algo para cruzar el río, cuando el cura se dio cuenta de que ya no se veía la azuleidad de la cordillera y el manto de nubes se transformaba de gris en un morado compacto, tirando a negro.

- Hijo, ¡Ves cómo se ha puesto de malo el tiempo?

- ¡Rece, padre!

- ¿Y si nos coge el agua antes de pasar el río?

- ¡Rece, padre!

- Eres un desgraciado... apuremos.

- Si apuramos se nos mueren las reses y los puercos y tampoco vamos a llegar, por más que aligeremos el trote.

En eso, sobre la lejanía bramó un trueno grueso y hondo, que empezó a recorrer todos los horizontes y pisos de madera del cielo, y no había terminado el rabo del mismo, cuando cayeron las primera briznas de la lluvia: un chis... chis... menudo y sopló viento del sur, como un

remolino que levantaba la sotana del temeroso caballista que iba, caballero sobre su mula...

- ¡Hijo!- gritó el presbítero.

- ¡Padre!

- ¿Qué hacemos? ¿Nos apeamos aquí?

- No padre, repuje y temple, a ver si logramos pasar el río antes de que nos caiga el barrejito encima.

Pero el aguacero cayó a machetazos limpios, y de pronto era la tupida lluvia y tan oscuro se había puesto el mundo, que el padre ni siquiera alcanzaba a distinguir claramente al sacristán. Restituto, como si nada, seguía con su machete pelando trozos de caña dulce y los chupaba alegremente, bajo el chubasco, que para el cura era una verdadera tempestad.

- ¡Maldito hombre!- gritó el religioso- ¿qué haces que no vienes en mi ayuda?

- No maldiga, santo padre, que el aguacero es obra de dios. Bendito sea, para los pobres campesinos que han sembrado las semillas...

Y así llegaron, al fin, al río. Pero el río tronaba, pues para desgracia del cura, al parecer, bajaba una cabeza de agua turbulenta y alta que arañaba con medra los ramajes de los palos de guabita cansaboca de las riberas.

- Padre y señor mío... ¡nos jodimos! Está bajando una cabeza de agua que viene de la montaña.

Arreciaba la lluvia, el cura parecía un cuervo mojado en chicha. En eso se le acercó el sacristán y de una vasija le sacó el vinillo y le dio al cura.

- Calientese hermano lobo, porque viene el frío y no quiero que se me constipe.

Como a la hora escampó, pero las aguas del río no bajaban de su nivel de violencia.

- Hagamos una cosa, padre. Esperemos una

hora más; cuando ya haya bajado algo, yo vadeo el río, por aquel trecho que lo conozco bien, y paso todo al otro lado. Usted, padre, se me queda acá, con el vino. Cuando yo termine, vengo a buscarlo, mas para pasarlo, no por el vado, sino por el puentecillo, el zarzo. Usted no me cruce solito, porque con esa gordura se resbala y se me desmierda de arriba a abajo y... san se acabó la vida.... pues ni Santa Bárbara lo podrá salvar.

- Pero en todo caso, Restituto, ¿por qué no esperamos a que todos podamos vadear el río juntos?- se quejó acobardado el cura.

- ¿Tiene miedo de quedarse sólo de este lado, padre? Pues se nos hace noche.

- ¡Qué miedo... ni qué miedo, hombre! Si en la guerra no le tuve miedo ni a los salvajes republicanos...

- Ese cuento me lo ha dicho varias veces... Pero si esperamos, puede ocurrir que vuelva a llover, y si usted sigue empapado le va a dar una pulmonía de la puta madre, señor mío, que no lo va a salvar ni el Papasanto de todas las Romas.

A la hora empezó Restituto, cuidadosamente a vadear el río, por la parte conocida y se llevó la tropilla con las reses y los otros animales, que son muy buenos en el nado. Se devolvió luego, por el tambaleante zarzo, bajó y le dijo al cura: - "Bueno, ahora voy con su mula y las alforjas".

- ¿Y por qué las alforjas?

- Oiga mi señor, porque pesan mucho y si pasamos con ella, allá arriba por ese resbaloso y peligrosísimo puente, nos vamos a matar los dos. Tenga fe en dios.

El sacristán ajustó debidamente las alforjas y montó en la mula. Se echó al agua y poco a poco cruzó el río rabioso y chocolate de puro

lodo. Cuando ya arregló la tropilla de ganado, los zurrone, los puerco, las jaulas con gallinas volvió a treparse en la mula, acomodó las alforjas, repletas de plata, se echó al buche un traguillo de vino y le gritó al padre:- "Bueno. padre amigo, don Filomeno Vaca y Monterroso... Adiosito... que dios, esta noche, me lo bendiga" ...

- ¿Adiós?...y eso, ¿por qué?

- Nada, padre amigo, se va el pandero, adiosito.

- ¡Ah!...desgraciado ladrón... irás a los infiernos-gritó desesperadamente el señor sacerdote, mientras hacía feas muecas, como un gigantesco chango ensopado. Y entonces volvió a reventar el aguacero, con un feroz vendaval y goteras del tamaño de naranjas injertadas.

- ¡Te voy a excomulgar, puñetero!- gritó con una voz de trueno el cura.

- Perdone, padre amigo, y agárrese de la sotana.

- Y tú, canalla del desierto... serás frito en las pailas de brea de los infiernos- volvió a gritar el ministro de dios.

- ¡Padre... acuérdesese... ésas son las puras pendejadas ¡para los pendejos! ¡Las puras pendejadas, mi querido amo y maestro!... respondió el sacristán- Oiga, y además se lo van a cenar los lagartos...

DÍPTICO DE MUERTES

EL TÍO MUERTO Y PAR DE TETAS

- ¡Ay, carajo, se murió el tío!... exclamó la empleada.

Al viejo se le fue la crisma a un lado como cabeza de guineo manzano. Eran las tres y veinticinco minutos de la tarde, cuando el señor veía la novela: "Eva la Matarife", en el preciso momento en que la Drácula femenina, con afilado cuchillo le sajava la garganta a su novio Robertico Alberto. Allí mismo la entregó el tío.

El anciano quedó derrengado y pálido, desgonzados los brazos, como ropa colgada, y absolutamente quieto en la silla. La empleada horrorizada, sin embargo se acercó para ver si respiraba, y luego puso la oreja sobre el corazón, pero no oía latido alguno. Fue al televisor y bajó el volumen de la novela. Regresó a tantear al tío y como no captó respiración expresó: - "¡Chuchi... se peló!"- Y le entró un pánico tremendo de sentirse tan sola con el muerto, en aquel apartamento. Apagó el televisor, corrió al teléfono y tras de equivocarse varias veces, al fin, dio con una de las sobrinas.

- Señorita Pepa... ¡aló!

- Dime, ¿eres tú, Calancha? ¿Qué quieres?

- Sí, señorita soy yo... no puedo ni hablar... ¡ay!

- ¿Qué te pasa mujer?

- Nada señorita, es que su tío se murió.

- ¡No puede ser!

- Le digo que la entregó.

- Y ¿cómo fue eso, si esta mañana se veía tan bien?

- Pues se petateó cuando veía la novela. Allí está sentadito en el sillón que le trajeron del interior y yo tengo miedo.

Entonces Pepa llamó a Josefa, su madre, y

también a Petra María, la hermana, para que pidieran permisos en sus trabajos y llegaran a la casa. Tomó un taxi y partió.

El tío Nepomuceno se había opuesto rotundamente a venir a la capital, porque se iba a morir, lejos de su tierrita. Pero la hermana, la madre de las muchachas, no quería dejarlo solo con el mozo de la casa, allá en el pueblito del interior, después del segundo infarto que ya le había dado. Por eso lo fueron a buscar, para realizarle exámenes correspondientes y aguantarlo con la familia un tiempo hasta cuando el viejo tío se repusiera.

- Ya te dije, mujer - discutía el tío en su pueblito- que me siento bien, no me va a pasar nada.

- Está bien Nepu -consentía la hermana Josefa- pero hay que hacerte un electrocardiograma, y en estos hospitales de por acá no hay ni mercurio cromo. Además, te pasas con tus sobrinas un tiempito y apenas entren las lluvias te traemos.

- No. Si me llevan para esa bolina de allá, con el bullicio y los estropicios me voy a finir... déjense de vainas, les digo; cada loro en su estaca.

- ¡Ay niño! ¿en dónde puedes estar mejor que entre tu familia ? Tú acá, solito con ese muchacho, que podrá saber mucho de puercos, pero de corazón, ¿qué? Si dios me manda a acabar mañana, pues así estará escrito y me cafetearán una sola vez aquí en mi huerta. Allá en la capital, ustedes con la joda de que no fume, que no coma chicharrones, que no me tome mi traguillo, ni me eche unos buchitos de café... Pues no... eso me matará varias veces y la muerte es una.

Pero la hermana consiguió hasta la visita del

cura de la capilla, para que convenciera al viejo rebelde de que fuera a la capital, a ver a los especialistas facultativos del corazón, y todas esas máquinas modernas que traspasan las carnes y retratan la vida.

- Pero si yo no tengo ni seguro social.

- ¡Hombre! Si dice tu sobrina Pepa que en Panamá todo se puede hacer.

Así, el pobre viejo, despidiéndose de las cuatro vaquillas, los diez puercos, las veinte gallinas y encomendándole al muchacho cuidador que tomara mucho empeño con el agua, el maíz, la sal y cuanta cosa hiciera falta, como lo hacía él, desde las cinco y media de la madrugada, hasta cuando se ponía el sol colorado y redondo, detrás de un viejo cañafístulo torcido. Entonces, con el sombrero en la temblorosa mano, y como aturdido, le dio la mano al muchacho, y se le salieron las lágrimas.

- Tío, no sea pendejo, si no se va a morir.

- No... me van es a matar.

Así subió al asiento de la chiva interiorana; le echó el último rabito de la mirada a su tierruca, y desde aquel, día de enero no volvió vivo más nunca a su lugar.

Niña Josefa - le dijo, muy desmoralizada la empleada a la señora hermana del finado- sabrá... lo mató la novela.

- No digas eso, Calancha; dios lo quiso así, y ya deberá estar mi pobre hermano, en las barandas del cielo.

- ¿Usted cree?

El problema no era lamentarse, según Pepa, la más decidida del núcleo familiar, sino resolver el asunto de llevar al tío muerto a su pueblo, para el

entierro.

- Mamá- dijo- no podemos sacar el cadáver de aquí, por la vía regular; eso cuesta un carajal de plata y peor, hoy es viernes. Es un lío del mismo diablo.

- Pero hija ¿cómo vamos a hacer?

- Usted mamá, no tiene idea... que si el médico forense, quien tiene que certificar, si en realidad el tío murió de la afección cardíaca y no porque alguien lo mató; que si llevarlo hoy a la morgue y luego sacar éste y otro papel; pague aquí y allá, ¡María santísima!... no puede ser.

Pero doña Josefa y la hermana, gentes dóciles y cumplidoras del deber querían pasar todos los trámites oficiales y de salud pública, para sacar al tío de la capital y llevarlo al interior. Pepa sabía que en última instancia se hacía lo que ella decidiera.

- Voy a llamar a Cholo - le dijo a Calancha- y fue al teléfono, mientras echaba una mirada al cuerpo del tío, ahora tendido en el canapé, de la sala y cubierto por una sábana blanca, con cuatro velas prendidas, y una estampa de don Bosco, en la cabecera.

Cholo Cedeño, bombero voluntario, era el amante de Pepa; tenía un carro que tal vez podría llegar al interior, a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital.

- ¡Cómo no!- respondió Cholo - es cosa que mi compadre me preste un par de ruedas y cambiemos la batería y listo.

- Oye, le dijo Pepa, vienes vestido con tu uniforme.

El viaje se haría al día siguiente, de madrugada, puesto que necesitaban acondicionar el

auto y pedir permiso en los lugares de trabajo. Las mujeres aprovecharon la noche, para en silencio cumplir con el rosario del tío.

- Ya les he dicho, no quiero nada de llantos y gritos aquí, ¡calladitas! - ordenó Pepa.

Por eso lloraban para adentro y repetían las avemarías del rosario, casi en secreto. Pepa volvió a llamar a Cholo. Al parecer el hombre le preguntó cómo había sido la muerte del viejo.

- Dice Calancha- respondió Pepa- que estaba viendo la cabrona novela ésa de "Eva la Matarife" y allí mismo fue...

- ¡Hija!- se quejó la madre- por favor, respeta al difunto... ¿Por qué tienes que decir esas palabrotas?

Pero Pepa siempre hablaba en esos tonos y dimensiones populares, porque era vivo retrato de su padre, en todo, incluso en su hermosura y carácter impositivo. En el apartamento continuaban entre llantos y cuentas de rosario, los padre-nuestros y avemarías, pero con voz de sordina, porque ya habían ordenado que en la capital no era costumbre llorar a gritos, como ocurría en el interior.

- Mamá, ya te dije que no grites. Nadie tiene que saber que el tío se peló, sino mañana nos vamos a joder.

- ¿Y cómo saldremos con el finado de aquí, sin que nos vean, muchacha de dios?

- Cholo nos ayudará, viene de madrugada.

Petra y la madre quedaron en la sala, velando al difunto y durmiendo a trechos; las horas eran más largas que el rabo del diablo.

A las cuatro de la madrugada oyeron el pito del auto de Cholo. Ya Pepa tenía casi todo listo.

Irían en el carro la madre, Petra y el difunto. Calancha se quedaría al cuidado del apartamento; no iba a tener velas en ese entierro, aunque era prácticamente de la familia, luego de veinte años de trabajar y vivir allí.

Cuando Cholo subió al segundo piso, Pepa le dijo que llevara primero a su madre y a la hermana y las sentara en el puesto trasero. Ella con Calancha se encargarían del arreglo del pasajero. Así se hizo.

- Calancha, búscate la mejor ropita del viejo.

- Será pues la camisilla que tú le diste y el pantalón azul.

- Bien.

- ¿Le ponemos zapatos?

- No, loca, llevará las cutarras.

Cuando volvió Cholo, Pepa le ordenó que afeitara al tío. Calancha con agua tibia y una toalla blanca le remojó la barba y hecho el trabajo, Pepa le dio el último toque al rostro del acabado tío, poniéndole algunos matices de colorete y avivando con el carmín suave, un poco la palidez mortal de los zurcidos labios.

- Cholo, ¿trajiste los anteojos ahumados?- preguntó Pepa.

- Aquí están.

Le ajustaron los espejuelos negros, de playa; le pusieron el sombrero blanco, de cogollo, bajándole el ala delantera, y ya entero y sólido como siempre, bajó el tío, casi andando entre los poderosos brazos de Cholo, y de Pepa. Calancha empezó a llorar cortito.

- ¡Coño! Calancha... ¡cállate que te vas a tirar la vaina! - rezongó Pepa.

Ya abajo, no sin dificultad lo introdujeron y lo encajaron en la parte trasera, entre las dos muje-

res. Arreglada esta parte, Pepa se apuró y entró en el asiento delantero con Cholo. Ella iba muy bien aderezada y con un corpiño rojo, que se le abría casi en forma deshonesta, en el nacimiento de sus voluminosos senos.

- ¡Ay hija mía! Exclamó la madre, cuando ya se enteró del teatro.

- ¿Cómo haces esto? ¿Y qué respeto a tu tío muerto es ese corpiño rojo que te deja las tetas al desgaire?

Era casi para que la señora se desmayara. Petra María insistía en llorar.

- Tú, ahuevada- ripostaba Pepa- te voy a romper la jeta, si sigues en esa majadería.

Cholo arrancó con maestría, en medio de la madrugada, pasando por las calles más silenciosas y vacías de la urbe, a esa hora y esquivando sitios o postas de los policías de tránsito.

Todo iba bien todavía, sumamente normal. Adelante, la despampanante Pepa con sus desafiantes senos; atrás, entre Josefa y Petra, en típico viaje al interior iba el tío Nepomuceno, con la blanca camisilla, su sombrero campesino y los anteojos ahumados, de seguro recomendados por el facultativo por la operación de los ojos. Petra María, constreñida por la dictadura de Pepa, mientras apoyaba al tío, para evitar que se inclinara, chorreaba lágrimas de cemento, y la madre, parecía más muerta que su propio hermano. Ya al salir de la de la ciudad, y con el amanecer, sobre la carretera circuida de llanadas y de bosquecillos; el tío Nepomuceno, más parecía un verdadero paisano que regresaba contento, porque veía cruzar, a lo lejos, la negrura de los pájaros changos de la mañana, el ganado que pastaba en los potreros y de vez en vez,

semejaba saludar toda la vida espolvoreada de rocíos, que pasaba velozmente con las estacas de las cercas y las líneas de los postes de electricidad. Era, al fin, el regreso definitivo a su comarca, luego de varios meses de padecer el estúpido y contaminante bochorno de la ciudad.

Pese a los sustos y los llantos contenidos, todo iba a pedir de boca, según los planes de Pepa. Mu-chachos que iban sobre un camión que transportaba naranjas, al ver el paisaje que Pepa llevaba en el escote le gritaron bellezas.

Así cruzaron caseríos y pueblos.

- El problema va a estar - dijo Cholo- cuando lleguemos a la garita de Divisa; no sea que el policía me pida la licencia y le dé por examinar la carga.

- No te acules... Y yo, ¿para qué voy acá, adelante?

- ¡Ay Virgen santa!... Padre Jesús de la Atalaya, ¡sálvanos! Gimió la señora.

El carro de Cholo se fue acercando al cruce *del camino, en la garita mencionada. Pepa se entreabrió aún más el escote y empinó los poderosos, turgentes y puntiagudos senos, como un par de ametralladoras. Sonreía con un sex-apeal erótico, llegando a pornográfico y el automóvil pasó sin ningún problema.*

-Oye loco - comentó el cabo- ¿sapeaste el taco de hembra que iba adelante? ichuleta! Cargaba un par de tetas que le dan cátedra a la Gina Lollobrígida...

- No - respondió el sargento- yo me quedé, mirando al muerto que llevaban atrás.

UN TAXI PARA MATARME

I.

Con un rostro sin esperanzas, del que resaltaban vidriosos ojos afiebrados, y un cuerpo casi en hilachas, llegó a la piquera de los taxis, dando tumbos, justamente a las dos de la tarde, el hombre Juancho Remolino y gritó con voz encervizada:

- ¡Gente!... quiero un taxi para matarme. ¡Rápido!... que me lleve al río, pues voy a lanzarme del puente al charco... ¡Mierda!... se acabó esta cabronada. Adiós güevones... adiós mundo hijueputa...

- Déjate de pendejadas y de vulgaridades Remolino; ya vienes con la misma vaina. ¿Estás trabado en la marihuana?

- En la cerveza; me acabo de echar la última fría de mi vida... ¿Pero hay o no hay movimiento en esta cochina piquera? Aquí está la plata, se la acabo de pedir prestada a Trompapuerco... me la negó el muy desgraciado y mal agradecido... pero su mujer me la dio. El diablo se la pagará, pero si no alcanza, se la dejo de herencia- dijo Juancho Remolino, mostrando el dinero y sacudiéndose los bolsillos vacíos del pantalón. - Hombre, llévalo tú- dijo el secretario, al taxista de turno- son cuentos, si él siempre anda en la joda de que se va a matar, y no se mata nada.

El chofer abrió la puerta, el hombre entró, con el gesto de un toro acorralado; el auto arrancó levantando una cortina de polvo, de la calle arenosa.

- Remolino - le preguntó el chofer- ¿te vas a bañar, para matar este calor?

- Claro que me voy a bañar... ¿Tienes un

cigarrillo allí?... Pásamelo.

- Toma, pero recuerda que es prohibido fumar en los taxis.

- ¡Qué vaina! Es el último cigarrillo que me voy a fumar en mi puta vida.

Al llegar al lugar, el río lucía ancho, fresco, solitario y también el puente colgante.

II.

- Señor Rodríguez, eso que usted vio, cuéntelo con calma, no se me ponga nervioso- le dijo el personero al campesino.

- No, si yo no estoy nervioso, nada.

- Dígame, pues.

- Venía yo, señor fiscal, como a las tres de la tarde, dando la revuelta allá, para entrar en el puente cuando: ¡chumbulún!... vi que un bulto, o un hombre, no acataba de ver en ese momento; digo... se jondió, al río, desde allá arriba. ¡Se lo llevó Candanga!..me dije yo. Porque se hundió en el piélago del charco hondísimo, y luego alcancé a ver algo como un peje o un lagarto que chapaleaba, para salvarse de un arponazo, y miro que allá se lo va llevando la corriente, río abajo. A mi me dio un susto, y sólo alcancé a meterle un tipilío... y dije: "allá voy a ver si lo puedo atajar más abajo", y me apié, de la yegua, y barajusté loma abajo... pero ¡qué va doctor! Ese río era una verraquera y tiene una fuerza tamaña.

- Pero usted se dio cuenta si el hombre iba vivo, ¿Le pedía auxilio?

- ¡Jum ! ¿Socorro? Vaya usted señor jurisconsulto, a desmadrarse de allá arriba de ese puente, que es del alto de una torre, a ver si cree que no se le tapa la respiración.

- Perdone, señor Rodríguez, pero yo no le he

pedido su opinión subjetiva.

- Bueno pues.

Al día siguiente cuando hallaron a Juancho Remolino ahogado, en un remanso, a un kilómetro del puente, todavía tenía un pedazo de cigarrillo entre los amarillos y careados dientes. ¡Alabado sea el santísimo!

III.

Con cincuenta años recién cumplidos, el trabajador pensionado, Juancho Remolino, macilento, y como desgajado de sí mismo, entró en la clínica del médico, después de quince días de haber solicitado la cita.

- ¿Por qué viene usted en fuego a una entrevista médica? - Preguntó el facultativo.

Juancho Remolino, dobló la nuca a un lado y metió los ojos entre las hendiduras de los mosaicos.

- ¿No me oyó?... Y además se ve que es una juma vieja. Debe saber usted, señor que mi consultorio no es para borrachos. ¿Por qué anda borracho?

- Porque me estoy muriendo - contestó el hombre- Y a pesar de todo, y de mi perra vida, yo no me quiero morir.

- ¿Y cómo sabe que se está muriendo?

Porque no puedo levantar un mazo, como lo hacía hace unos años, ni andar cien metros; me tiembla el cuerpo, siento frío, no como, no duermo bien, ni siquiera me puedo echar una hembra... yo que era un gavilán con las mujeres... Oiga, "dóctor"... ni puedo pelear, a los puños, ni con un idiota... yo, Juancho Remolino, que me decían así, porque nadie me aguantaba a los

puros mongos... Oiga, la gente, el mundo no me quiere, no tengo alegría, y ni una pinga de esperanza; total, soy una piltrafa; pero no me quiero morir... Y no es que sea un cobarde... todo el pueblo sabe que yo soy un hombre aquí y en todas partes, pero ¿por qué tengo que morirme... ¿ah? ¿Por qué? A ver, doctorazo... dígame, ¿por qué tiene que morirse el famoso Remolino? Fíjese, se me salen las lágrimas... Oiga, porque yo lo he visto a usted, muchas veces, entrar a la iglesia, pero entonces doctor ¿en donde está dios, con san Pedro, y todo ese sindicato de santos que yo cargaba en las procesiones y que ahora no me vienen a salvar?

A Juancho Remolino, después de varios meses, y de toda clase de exámenes, en el oncológico le dijeron francamente que padecía de un avanzado cáncer del hígado.

Pronto se supo en la cantina "Tumba Orejas", su lugar de alivio, que a Remolino sólo le quedaban unos cortos seis meses de vida, porque eso se lo había dicho el doctor a la mujer.

- ¿Por qué lloras, ah?... ¿por qué? - le gritó Remolino a su esposa, al regresar borracho, a la casa, tarde en la noche, como siempre. La mujer con la cabeza hundida entre la almohada no respondió. Bah, ¿lloras porque vengo borracho?... ¿cuál es la mariconada?.

- Fue que el médico me dijo que tienes cáncer...

- Bueno sí pues... me llegó la hora; me llegó. El día de morir es uno.

- Pero yo no quiero que te mueras. Yo...mis niños...

- Pues mira, yo había pensado lo contrario, que te ibas a alegrar, porque así te podrías

encontrar otro hombre lindo, que no sea un maldito borracho como yo; tal como me lo dices todos los días... y lo repiten tus hijos.

- Sí, mi amor, te lo digo para que no chupes, pero ahora, además es que yo no sabía que tenías cáncer...

- Yo tampoco.

- Y ahora dicen dizque te vas a morir en seis meses.

- Yo tampoco lo sabía.

- ¿Y no te importa saber eso?

- ¿A quién le importa mi muerte? A quién le importa que dentro de seis meses, lleven a enterrar a un perro muerto, y digan en la plaza: "¿supiste que Remolino la entregó?"... "un borracho menos en el pueblo"... Y entonces no se acuerden que yo era un trabajador... que en mis tiempos formé, parte de la selección provincial de béisbol, y era un jonronero del carajo... ¿De qué me valió un día, ir en las Milicias Populares, en esa revolución de los muchachos?... Sólo dirán: se murió el borracho del "Tumba Orejas"... el loco de Juancho Remolino...

Y esa noche los dos se pusieron a llorar.

IV.

Unos meses después Juancho Remolino, se arregló un poco, y hasta fue a recortarse el pelo en la barbería. Notó que todo mundo lo miraba casi con simpatía y hasta lastimeramente.- "Ahora que me voy a morir pensó para sí- es como si ya fuera en el ataúd"...

- ¿Cuánto es?- Le preguntó Juancho al barbero.

- No es nada, Remolino... deja esa vaina allí.

- ¿Cómo que no es nada?... Oye, si tú siempre

me has cobrado. ¿Lo dices porque voy a morir? Mira, échame un poco de esa colonia, para no oler a muerto, y coge tu salario, tu plata, porque hoy todavía no me muero.

Y luego a grandes pasos, se dirigió a la mueblería, "La Murciana," del españolito Andrés.

- Hola Remolinete, ¿qué deseáis?

- ¡Coño! Andrés, tú siempre con tu piquete de español, del tiempo cuando Balboa despedazaba a los indios con su perro, el Leoncico... Que si eso de deseáis, tenéis, vais... ¿Es que nunca vas a aprender a hablar bien el castellano?

- Bueno, bueno, Remolinete, hoy vienes de académico de la lengua, pero, dime qué queréis hoy? ¿Plata prestada para el aguardiente?

- No español maldito y hereje...Vengo a llevarme esa refrigeradora, aquel radio de tres bandas y este juego de sala.

- Vamos, Remolinete, ¿a crédito? ¿O te habéis sacado la lotería? ¿Y para quién es todo esto? ¿Para tu otra mujer?

- No seas desgraciado, es que mi mujer cumple años mañana. Ustedes los ricos son los que tienen varias queridas...

- Al crédito, ¿No es así, señor Remolino?

- ¡Es que alguna vez en mi vida te dejé de pagar esas mercancías carísimas? Pues coño-como tú dices, al crédito.

- Y ¿cuánto es tu pensión?

- Ciento noventa tucos...

- Pues eso no te va a alcanzar, lo que lleváis es mucha plata.

- Cóbrate al mes 180, te firmo eso, porque yo me rebusco. Tú sabes que hago chance clandestino.

- Veremos... veremos Remolinete...

Cuando la mercancía llegó a la casa, lo primero que se le vino a la cabeza de la pobre mujer, era que se trataba de algún robo o saqueo.

- ¿Con qué, plata compraste todo eso? ¿Para que te metiste en ese lío?

- Ningún lío, lo cogí de fiado donde el españolito... allá que lo vaya a cobrar al diablo.

A Remolino, según los médicos, sólo le quedaban unos seis meses de vida. Pero luego ocurrió que llegaron los seis meses y no se murió, y aunque Remolino notaba que su vida se le disminuía en forma cabalgante, pese a los tratamientos, tuvo que ir pagando al español el compromiso, y entonces, su angustia crecía cuando las rifas clandestinas no quedaban bien y la vida apretaba.

- ¡Ya no resisto más! - le dijo una noche a la mujer- me voy a quitar la vida...

- ¡Virgen santa! - exclamó la esposa, y ella no pudo agarrar el sueño el resto de la noche.

V.

- ¿Oye, Trompapuerco, mi querido y viejo amigo, sabes que arreglé con el Seguro, la vaina del cajón?

- ¿Ya vienes con la misma cantaleta?

- Te estoy diciendo... ¿o no te han dicho que me voy a morir?

- Todos nos vamos a morir...

- Pero no es lo mismo, compadre... tú tienes más sangre que un puerco...

- ¿Y qué quieres que te dé hoy? ¿Plata para meterte otra borrachera y pegarle a tu mujer? - Le

incriminó Trompapuerco, mientras atendía un cliente en su destartalado ventorrillo.

- No. Es para comer, pero no te vengo a pedir plata.

- Pues no tengo plata, este negocio no da nada, es una mugre. Tú bien lo sabes.

- Embustero, es la costumbre de todos ustedes los capitalistas; siempre se quejan de que la situación está jodida.

- ¿Y qué rico soy yo, con esta porquería de negocio, de a medio real, si no tengo ni sal para las gentes?

- Oye Trompapuerco, es un negocio.

- ¿Qué negocio?

- Lo del ataúd.

- ¿Qué, ataúd, Remolino?

- Te dije que había arreglado lo del ataúd con el Seguro Social. Tengo derecho a que la Caja del Seguro me pague la caja para el entierro. Y ya me la entregaron y la tengo depositada donde mi compa, Yegua Panda.

- Déjate de vainas Remolino... no me vengas con esas vainas...

- Te estoy diciendo... ¿pero es que nadie te ha dicho que me voy a morir, que me siento malísimo, que ya estoy dado?

- Tú no te mueres nada, pendejo; mala yerba no se muere... No le creas a esos doctores que no saben un carajo. Mira a mi mujer le decían que no podía tener hijos, y la mandé a un curandero allá en Rincón Sucio, y anda... cuenta la orquesta que tengo allá atrás...

- Es que tú eres muy arrecho... yo ni para eso sirvo.

- No seas parrampán; no hables así, ¿no te recomendé, ese curandero? -¿Por qué no

fuieste?

- Fui.

- ¿Y qué te dijo?

- Nada... que me iba a morir...

- No te lo creo.

- ¿Sabes cuál es el negocio?

- ¡Cual?

- Cómprame el ataúd...

- ¿Estás loco?

- Dame cincuenta cáscaras... Cuesta ciento cincuenta dólares... te ganas cien. Aquí están los papeles; cien guachintones.

- No.

- ¿Qué clase de amigo eres? ¿No ves que estoy al borde la muerte- ¿No me ves la cuenca de los ojos... so pedazo de güeveta?

- No.

- ¡Ah!...¿te olvidas de cuando empezaste con este banquito? ¿Quién te ayudó con el alcalde para conseguir la licencia?

- Tú.

- Ajá... ¿y quien vino aquí, de voluntario y gratuito para ayudarte a levantar la caseta?

- Tú.

- ¿Y quién te prestó, aquella vez cien tucos, cuando Juancho Remolino era quien era y se gastaba, hasta cincuenta pesos en la cantina contigo y otros puñeteros amigos míos?

- Tú, pues. Pero no te compro nada. Te vas a chupar. Mira como te hiede la boca; eres un alambique... eso es lo que quieres y por los tragos vendes hasta tu propia vida.

- ¿Qué vida, güevín? Dime Trompapuerco...

- Eso mismo.

- Bueno sí te vendo mi vida por cien pesos... allí está, so pichicuma... Necesito hoy esos cien

pesos. ¿Quieres que te bese? - Remolino lo besó.

- ¡Loco!... ahora sí me la hiciste.- gruñó Trompapuerco.

- ¿Quieres que me arrodille y te ruegue como a un dios?... ¿Me arrodillo? - Remolino se arrodilló y juntó las huesudas manos, como ante el altar mayor de Jesucristo.

- Deja la pendejada Remolino, levántate.

- No me levanto hasta cuando me des esa plata. Te hago una huelga, de rodillas...

En eso llegaron la mujer y los hijos de Trompapuerco, y lo rodearon...

- Déjese de eso, compadre Remolino- le aconsejó la mujer de Trompapuerco.

- No, si está borrachísimo - dijo el tendero- ¿No lo ves? Quiere seguir chupando...

- Si no eres capaz de darme nada, don Trompapuerco, échame aunque sea unos cinco pesos, para pagar un taxi ¿sabes? Para irme a matar, del puente abajo.

La señora del español sacó los cinco pesos de la caja, y se los entregó.

- No te mates nada compa - le dijo cariñosamente la señora- tómese unos traguillos y váyase a dormir donde la vieja.

- Miserable capitalista- le gritó Remolino a Trompapuerco, mientras se levantaba del suelo, guardando las monedas en el bolsillo. Y amenazándolo con el puño cerrado y una penetrante mirada de sierpe - gritó: - Mañana sabrás que me he matado y un puerco salvaje te comerá la conciencia.

Y para que lo sepas... todos los viernes, en la madrugada, cuando vayas a mear... ¡te jalaré las patas! ¡Chao...capitalista miserable!

**DÍPTICO DE SECRETARIOS (ARIAS
Y OTROS INCENDIOS)**

**DÍPTICO DE SECRETARIOS (ARIAS
Y OTROS INCENDIOS)**

EL MOGOLLÓN O LA SECRETARÍA FEISÍSIMA

Para Juvenal, Betito y el Colegio de Abogados

- Mi amor. Ahora cuando regresemos a casa después de esta fabulosa luna de miel ¿sabes lo primero que voy a investigar?
- No mi corazón, no lo sé. -
- Pero tú, queridísimo, como abogado litigante y astuto ¿no puedes imaginártelo?
- No, mi cielo... Vamos palomita, dame un besito.
- No doctorazo... primero adivina, adivinador...

Desde luego, el encantador matrimonio, regresó de la luna de panela y de queso al nuevo hogar de la cotidianidad, mejorado para el señor plumario, por la alegría de su consorte, una muchacha hermosa, de formidable estructura casi nórdica y superior rostro. Chica rubia, es decir, Fula; por demás rica, hija de la más encumbrada familia de la pequeña ciudad, con fracasada vocación de bailarina, y tendencia a reina de los carnavales; pero sobre todo, con una sobrealimentada autoestima, que rayaba en egolatría y un celo salvaje frente a todas las muchachas del lugar.

Ella, aunque había sido la más desaplicada, de su clase, en un alto colegio religioso de la capital obtuvo no sólo su diploma, sino magníficas notas, lo que sirvió para terminar, en una universidad de Miami, un curso sobre decoración de interiores, ya cuando fracasó en la escuela de Ballet de Nueva York, en sus intentos de convertir-

se en una Pavlova.

¿Por qué cayó en los muslos del licenciado... si éste ni siquiera era doctor, ni rico, ni un adonis y menos un super-Casanova? Ciertamente que tenía vocación casi genética por los bailes típicos, y cierta simpatía por los tragos y nada más. Y según los jóvenes de su generación el abogado era muy brillante, responsable y leal a sus compromisos jurídicos. Además individuo católico medio militante, y buen vecino. En cuanto a las mujeres, era más bien comedido e incapaz de incurrir en ilegalidades amorosas tal como el acoso sexual, mas tampoco, quienes le conocían, podía decir de él que fuera muy pendejo... nada.

Las relaciones entre el distinguido leguleyo y la rica familia de la joven esposa empezaron, cuando el padre de la muchacha necesitó resolver un pleito de centenares de hectáreas de suelo número dos, excelente para pastos mejorados. Y un compadre le recomendó, precisamente, al abogadillo de marras, que no sólo se había recibido con la honrosa distinción cum laude de su graduación, sino que en poco tiempo, y asesorado por su viejo padre, que había ejercido la abogacía como tinterillo, y quien era una fiera en lo tocante a los procedimientos, (hijo de tigre sale rayado) pues el joven letrado ya llevaba en los archivos de su oficina y sus bolsillos lindas docenas de pleitos ganados, que buena fama y cierto capital acumularon.

- Compadre - le objetó el rico a su amigo que le había recomendado al mencionado legista - pero este pleito es grandísimo, ¿no es un riesgo para mis intereses?

- Oiga, compa, le digo que el chiquillo es bueno.

Por eso, una mañana el rico ganadero bajó del Mercedez Benz, que precisamente manejaba su linda hija, la Fula, y subió el portal del bufete del picapleitos famoso. Salió el licenciado. La chica dirigiéndose al papá gritó: "chao Papi, paso a buscarte dentro de media hora". Y al parecer, allí empezó también el enganche del otro pleito azucarado.

- Tú sabes, le dijo el jurista a su colega de bufete, que no me agradan mucho estos negocios de tierra... te llenas de enemigos. Pero lo voy a tomar, ¿sabes?

- Ya sé - le interrumpió el colega- ¿Por la Fula? Te veo emocionado como nunca.

- Loco, ¡Qué ternera!

- Holstein, pura.

- Oye ¿tienes algo de vodka por allí?

El negocio subió, según el debido proceso, pero adornado con dólares, acabados de hacer...y apretados legajos de reflexiones, basadas en los textos, la jurisprudencia, la lógica formal, y hasta algo de dialéctica materialista, (por si las moscas) y el amor subió de valor cuando bajó de la Corte Suprema de Justicia, debidamente ejecutoriada, la resolución que resolvía el pleito a favor del padre de la Fula.

Entonces fue en aquella matanza que el ganadero hizo, en una de sus haciendas para celebrar el triunfo, con derroche de carnes, licores, cumbias y mejoranas, cuando se inició material y sorpresivamente la otra cosa. Tras de

bailar la famosa cumbia: "Es que me están matando los sentimientos del alma"... la Fula motorizada por los vapores del güisqui, jaló al jurista, y empezó a empujarlo como una yegua alborotada, cuasi pateándolo, hacia un matorral de chumico, y allá en la sombras de la tarde de marzo, ella lo agarró por las orejas, por abajo le echó una zancadilla con las delgadas, maravillosas y encendidas piernas y empezó a descargarle unos besos chupados, traqueados, que a veces se transformaban en mordidas de perra colérica y sofocadamente le dijo: "so huevín... ahora, después, esta noche serás mío...¿Me oyes?"...Y no te ahueves...Y sucedió que el jurisconsulto no se ahuevó.

Como el muchacho todo lo solía comentar con su viejo padre le contó lo buena que habían estado las dos matanzas.

- ¿Cómo las dos matanzas?

- Sí...para qué le cuento...pues al terminar la fiesta, ella prácticamente me empujó a su auto y con una violencia en el manejo que dice aprendió en los Estados Unidos, me fue metiendo por un llano oscuro y luego debajo de unos chaparrales... sabrá que ese carro tiene uno botones que de pronto, los asientos traseros se inclinan y surge una cama, y de un lado se abre una portezuela y salen licores. Y yo, usted comprenderá, y previendo las consecuencias que aquello iba a producir, le decía a la chica:- "Oye, ¿pero qué te pasa?" Y ella me respondía:- "Oye abogadito... déjate de mariconadas"-Hundió otro botón del tablero. Se encendió un farolito con luces fluorescentes y empezó a sonar un escandaloso rock, en inglés. Y claro, viejo, como dijo García Lorca, yo me quité

la corbata... - "Eso es... vas muy bien ...very well" - clamaba ella. Pero entonces la cuestión no me funcionaba. Y ella me provocaba: - "Chuleta...déjate de mariconadas!" Y entonces yo le dije : - "¡Pero quita ese maldito rock!" - "¿Y qué quieres .tú?"- contestó groseramente. - "Bueno, pon el Mogollón,.. ¿tú crees que yo soy gringo?"

- Oiga papá, y oír el Mogollón y reaccionar aquello, eso fue un solo tiro. Entonces la Fula, en un momento gritó: - "¡Ay oye, pero ay!" Y quiso zafarse del pleito, pero yo apelé. - ¿De modo que entonces ella te acosó a ti?

- No, papa ...me violó.

- Ajó, hijo...¿cómo cambia el tiempo! Pero, muy bien... muy bien... ahora sígale el trabajo por esos matorrales con el Mogollón, y si el pleito por lo bajo no le resulta usted apele más arriba... apele hijo que esa chivata es el mejor partido que hay por estos rumbos. Y diciendo esto el viejo se frotó las gruesas y experimentadas manos de consejero rural, pensando en los inmensos potres tachonados de las deslumbrantes manchas blancas del ganado, de la única heredera del futuro suegro de su habilidoso muchacho.

Y a las pocas semanas de aquellos silvestres acontecimientos vino a suceder que la niña empezó a sentir mareos, ganas de vomitar y otros estremecimientos. Y en lugar de comunicarle la novedad a su madre, fue a la cocina y se lo contó a la vieja y leal cocinera. - "¡Ay mijita linda! Que me perdone dios, pero según mis experiencias, tú estás sumamente embarazada".

La noticia estremeció a la ternera como un zarpazo de banderilla y expresó: - "¡Chuchil...!Qué barbaridad!" Por allí mismo jaló con

el celular y llamó al hombre: - "Oye, ¿eres tú, so desgraciado de tu madre?"

- Sí, mi gatita, mi avispa... Soy yo, pues... ¿qué pasa mi corazón?

- ¿Qué me pasa? Huevín... ¡que estoy preñada!

- ¿Y de quién oye?

- ¿Y de quién va a ser, puñetero? - ¿Cómo lo supiste?

- Porque me lo dijo la cocinera.

- ¿Y por qué mejor no vas a un médico? ¿Qué sabe esa cocinera? Pueden ser lombrices.

- Estúpido, me lo aseguró la cocinera que ha parido once hijos.

Entonces, la niña al comunicar el pleito a su madre, ésta pegó el grito al cielo y las rabetas fueron superiores cuando su padre se enteró del percance.

- Dime, criatura, le preguntó el padre ¿y quien fue el autor de esa gracia?

- ¿Quién más? El babieco de tu abogado. Pero yo voy a abortar esta vaina- gritó la malherida, ante el tribunal familiar... Lo boto, ¡maldita sea!

- ¿Estás loca?- respondió, fuera de sí la madre.-

Eso está contra el dios santísimo. Ahora, aprende a ser responsable si no lo fuiste, cuando debiste. ¡Ay, santa virgen santísima! ¡Padre Jesús de la Atalaya!

Pero no se hundió la barca en ese momento, porque el rico padre, en esto también era muy ducho y había tenido a lo largo de las mangas de sus potreros tropezones iguales y sumamente ilegales con las hijas de sus mozos y otras de la alta sociedad, y era real que el mundo seguía casi igual y sin guerras mundiales por esas preñe-

ces del casualismo cotidiano del ser y la existencia.

- Hija- dijo el padre a su mujer- vamos amor, a comportarse... seamos pragmáticos; si bien tú querías casar a esta tarambana con el hijo del señor presidente de la república...comienza a bajarte de esa nube y vamos a resolverlo con el abogado, quien además, en estos días quedó muy bien conmigo y la familia. No, mujer, si no es malo el marchante, aunque, desde luego, todavía ni casa propia tiene...pero en el camino se emparejan las cargas. - Luego se dirigió a la embarazada muchacha- Dime, ¿y tú quieres a ese muchacho?

- ¡Qué lo voy a querer!

- Y entonces, si no lo querías ¿cómo fue que te pusiste a comer miel y coco?

- ¡Ay, papá! Se ve que tú no sabes en qué época vivimos... Eso nada más fue un levante.

- Bueno...se acabó, hablemos con el abogado, y tú, mujer- le dijo a la desconsolada madre- empieza a hacer los arreglos del matrimonio, si no quieres que tu hija ande en las malas lenguas, que son las más, en este pueblo. Vamos a tirar la casa por la ventana, como debe ser un matrimonio de esta familia. Y quién sabe, oye, si el doctorcillo llega un día a presidente. ¿Cuántos burros no lo han sido?

Pues sí, y cuando los azucarados regresaron de la luna de miel, la Fula abordó al sujeto juriconsulto de esta manera:- Oye, lo primero que vamos a resolver es, para que sepas, el asunto de tu secretaria. La fui a ver, ya me lo habían dicho, tú buscaste no una secretaria, sino una candidata a mis Panamá...¡So bellaco!, ¿No es

así? Y a mi, antes, ¿qué diablos me importaba eso si, en verdad, ni te conocía y luego tú apenas eras el abogado de uno de los pleitos de mi papá... Pero no sé si te has dado cuenta, de que ahora soy nada menos, que tu esposa, tu mujer, tu ama, tu dictadora, la que te va a ordenar todo. Ni siquiera tendrás derecho a protestar. Sí. ¿Me oyes? No me vas a enredar con esa jerga que suelen usar los tuyos y tu mafia de litigantes.

- Oye, ¿pero qué pasa?

- A mi nada, pero a ti sí te va a pasar. Ya hablé con una amiga mía, para que me consiga una secretaria, según me convenga a mi y no a ti. No quiero competencia neoliberal en estas transacciones comerciales, que resulta ser el amor entre un pobretero como tú y una ricacha como yo... ¡ja... ja! Pues a mi no me vas a jugar al escondido, ni al habeas corpus ni al Corpus Christi, con esa linda secretaria, que nada más en los ojos y el meneo con que camina ya se conoce los motivos de esa propaganda.

- Oye, mi palomita, yo soy un profesional. Separo el mundanal ruido de los asuntos jurídicos. Ella es un componente más del bufete, y no sólo trabaja para mi.

- Claro... se la dividen entre los dos, como quien reparte un pleito. No, si ya domino ciertos términos legales y constitucionales. No te creas de mucho.

- Oye, diablos, no sabía que ya me querías y te están matando los celos. ¡Ja... ja! Pero bueno, joven, si quieres una nueva secretaria, procede.

Y pronto llegó el caso a la oficina. Eran las siete y media de la mañana de un martes. Sólo

estaba el portero cuando la nueva secretaria saludó muy cortésmente: "Señor- le dijo- yo soy la nueva secretaria."

- Ah... sí, la estábamos esperando.

- Pase, venga a su despacho. Aquí están los teléfonos la computadora, la copiadora.- le informó el portero, quien no le perdía la vista, de arriba a abajo y de un lado al otro de su arquitectura mulata. - "Como que yo la conozco. Anda en los cuarenticinco"- pensó el hombre... Y se dijo para sí:- "¡pero, mierda!... ésa sí es la prieta fea".

En eso llegó el jefe. La dama estaba de espaldas, el portero le guiñó el ojo al letrado. - "Buenos días"- saludó el recién llegado. La mujer se volvió y contestó el saludo- "Perdone, licenciado, muy buenos días tenga usted."

- Ah... muy bien, nuestra nueva secretaria.

- Sí, licenciado, su esposa me dijo que usted necesitaba una secretaria. Estoy a las órdenes.

109

Después apareció el colega abogado y se repitieron los saludos. Ellos entraron en uno de los despachos:- "Putá madre!" susurró el esposo de la Fula. "¿Mi mujer no pudo hallar otra mujer más fea? Alguno de ustedes la había visto antes?"

Sí licenciado - respondió el portero- creo haberla visto por el mercado, y una amiga, que dice ser vecina de ella, un día me contó que había venido de Panamá donde trabajó por muchos años en una compañía de abogados que negociaba en cuestiones de abanderaamientos de barcos. Parece que es divorciada y no tiene hijos.

- Vaya, vaya...exclamó el de la Fula. Voy a entrevistarla. De la entrevista se enteró que tenía magníficas experiencias, dominaba mucho de

formas y procedimientos; era secretaria bilingüe.

- ¿Sabe usted inglés?- le preguntó el jefe.

- Sí, la Compañía, en la cual trabajé antes, hace muchos años, me envió a Londres. Bueno, pero el jefe de mi departamento, que era el presidente del bufete murió y me retiraron de allí. Él era inglés y cuando la jefatura quedó en manos de un panameño, parece que no querían a gente de color en el estudio. Y puesto que no soy nada de bien parecida... pues usted comprende.

- Bien- contestó el licenciado, pero nosotros no somos racistas, y lo que deseamos es alta eficiencia y mucha lealtad y secreto.

- Así será, jefe. Además puedo hacerle traducciones, si tiene clientes norteamericanos, incluso sé algo de griego.

- "¿Griego?" - preguntó el licenciado-

- También cuando me casé viví un tiempo en Grecia.-

- ¿Y su esposo?

- Cosas de la vida... nos divorciamos.

Cuando el abogado, ahora curvando sobre su BMW, por la avenida frenó al frente de la nueva mansión, por una ventana francesa, la fula lo saludó, pero no con una risa sino a carcajadas, y le gritó:- "Oye Rodolfo Valentino...¿qué te pareció la negra?"- Y el esposo contestó: "Bellísima"

Luego al entrar a la casa, le dio unas nalgadas y le dijo: "desgraciada ...Si la otra nos atraía la clientela ésta nos la va a espantar. Pero esta noche me las pagas. Mi amor, tú sabes que eres la que mandas. No me importa, las mujeres mandan en la tierra desde que el tonto de Adán se comió la famosa manzana, que si hubiera

sido un coco, la cosa habría sido muy distinta”.

Y todo resultó como lo deseaba la orgullosa esposa, tanto en la casa, colmo en el cuarto y en el bufete. Era excelente la condición económica, y el prestigio de la firma. Todo resultaba un amor. La idea de la secretaria fea resultaba genial para la esposa, porque había evitado esa jurisprudencia de los letrados y magistrados de ser tan maniflojos y maniobrereros con las secretarías, todo lo cual, como publicaban los periódicos, era la culpa de la mora de los procesos judiciales. Ella decidió, como pago a su obediente, bien portado y amansado esposo, construirle un nuevo edificio, en donde ahora fulguraba el rótulo ampliado, del bufete, con letras de oro. La vida para la linda rubia resultaba feliz.

111

Pero la cosa empezó cuando a los seis meses, la eficiente secretaria bilingüe invitó a los dos letrados a un saus, en su casa, en la tarde de un viernes, de fin de quincena. Se trataba de su cumpleaños. Y coincidió con un viaje, de un mes, que la adinerada familia, incluida la esposa del licenciado, iba a realizar a Boston.

Los abogados aceptaron, y desde luego no sólo compraron regalos, sino licores. En la casa de la secretaria estaba la vecina, entrada también en años, pero fornida, pasable y muy cariñosa. Pero lo mejor era el saus que la secretaria había preparado. Delicioso: patitas picantes, con un bouquet estupendo de ají chombo, Aquello bien marinado; un picante rabioso, el pepino crocante, la cebolla sustanciosa, y cada mordida acompañada con el vodka o la cerveza.

Bueno... ¡para qué les cuento!

- Señores licenciados- dijo la secretaria- El saús lo hice yo. Lo aprendí hacer en Jamaica. Coman un poquito más, no me desprecien... Pero ahora vamos a echar unos pasitos, porque sino, ¿qué clase de cumpleaños es éste? ¿Qué quieren? ¿Reggae, Merengue o rock?

- Venga lo que venga, secretaria. - contestó uno de los abogados, y el esposo de la fula, desde luego sacó a bailar a la cumpleañera y el otro a su amiga.

Así muy alegre y amablemente los festejantes consumían ahora los platos fuertes de filete mignon, con fuerte acento de curí; gallina adobada etc. Y todo acompañado de finos licores y música.

112

La velada transcurría alegre y normalmente, pero por un lado los platos ardían en las tripas y los licores se trepaban a los sesos. Ya eran las tres de la madrugada, cuando uno de los abogados dijo: - "Bien, señoras, con perdón de ustedes y en especial de nuestra secretaria, nosotros nos vamos. La fiesta ha quedado muy buena."

- ¡No! Respondió la aludida, esperen un momentito que falta lo mejor- y fue a cambiar el disco en el componente.

De pronto, y a todo volumen sonó el Mogollón.

- Ustedes los interioranos terminan así los bailes ¿no? Enséñeme usted, mi jefe, a dar los pasos. A ver...proceda y lo fue amanojando. Para qué fue aquello...Le acosó al letrado su vocación salvaje de curachero y cuando terminó el disco él mismo lo volvió a poner...El colega no pudo soportar y salió de la casa del brazo de la vecina. Lo que

sucedió después, en la baja madrugada, era imposible de narrar por lo peripatético, lo maromero, lo de saltimbanqui y los increíbles pases de prestidigitación. Como a las diez para las cinco, la secretaria hizo despertar al jefe: - "Doctor, doctorcito... despierte... acomódese y por favor, perdone, salga antes de que lo vean los madrugadores y le puedan dañar su reputación. Pase por el mercado y tómese un caldito caliente de cabeza de pescado con longorón, que lo hacen muy rico, y lo veré el lunes. Es usted un tesoro, doctor...

Ni siquiera se habían dado cuenta que el disco había seguido girando el resto del tiempo de aquellos recursos protocolares del cumpleaños.

Luego de aquella tenida de fin de semana ocurrieron cambios de diseños en la ya famosa oficina. Transformaron el cuarto de archivo. Trajeron una alfombra plástica y colocaron a un lado de la nueva salita privada de descanso, alfombra, una mesa pequeña para tomar el café y cositas de rumiar. Al centro, un canapé sólido y de mullido colchón, Al fondo pusieron un televisor y un tocadiscos CD, bien proveído de cumbias y merengues. Había un aparente anaquel con tomos de los Códigos Administrativo, Civil, Penal y otros, revistas y libros de literatura clásica y contemporánea, entre la cual destacaba obras de García Márquez. No faltaba, estudios orientales como el Kamasutra. Detrás de los tomos estaban las tomas: lindas botellas de finos licores, hasta chirrisco para variar y asimismo latas con maní, ostras, y frascos de huevos de codorniz, en su vinagreta.

Así el bufete, decía el caballero de la Fula, era no sólo más variado para resolver distintos negocios, y también más humano.

Pese a que en el mundo proliferaban barbáricas guerras y violaciones internacionales, y que mientras los multimillonarios adquirían diamantes, para sus amigas, de cinco y diez millones de dólares, los gallotes del tercer mundo comían niños chiquitos, y los terremotos, huracanes y desbordamientos de los ríos se tragaban otros millones, sin que el Espíritu Santo pudiera pararle la mano a don satanás... Pero acá, en el reino de la Fula y el brillante letrado, todo iba mejor que nunca, una felicidad de paquete, un ensueño digitalizado. Bueno, eran las apariencias, tal vez, la cosa no sucedían así, ya que si el fenómeno es concreto y mensurable, la esencia no es tan así, no más, en las profundidades de su abstracción.

La táctica del diseño de la oficina disponía que para entrar a la salita de descanso, había que pasar por un pasillo en donde ahora quedaba el empolvado y viejo archivo de papeles y rollos (por si las moscas) Y todo se fue resolviendo con mucha facilidad. Incluso los colegas se movían menos de la oficina, entraban más en ella, hasta la prima noche, pues el jefe se dedicaba con mayor afán al estudio de los expedientes. Desde luego, ahora ganaban más dinero, aunque como es sabido los letrados no trabajan por plata, sino por servir a las pobres gentes, igual que los empresarios, que al inaugurar sus negocios sostienen que invierten, para dar empleos a los desgraciados desempleados y ahorrar divisas al infeliz gobierno...

A su regreso de los Estados Unidos, la Fula parecía más bonita. Pero ella, al mes de su retorno, empezó a notar palidez en el rostro del hombre, y cierta disminución en la fortaleza anterior, y notaba que en cada pequeña subida ya tenía que meter el cambio de primera.

- Óyeme, tinterillo- le preguntó la esposa- me parece que se te está acabando el mejengue...

- ¿Estás loca?... Lo que pasa es que hemos estado metiéndole duro a los trabajos, porque tenemos un negocio con una compañía norteamericana y eso requiere mucho, pero mucho seso.

- Entonces, mi esclavo, eso tienes que verlo con un doctor médico.

El hombre amaneció preocupado por el descubrimiento de su mujer. Pero siguió en sus abogacías, pulso a pulso, con su colega y la secretaria del saus, en sus tareas y ahora traduciendo del inglés. Cuántas cosas más, que remataban en las tardes, en unos sofocos locos y de toques del Mogollón, en la salita de descansar y de encantarse, un día sí, otro día no, y con la estricta agenda. La secretaria no sólo demostraba calidad total en la computadora, sino en su especialidad del saus.

Quien tenía que aguantarse el tropel era el portero, y para que encubriera bien las carpetas de los expedientes, le habían doblado el sueldo.

Pero después, día a día, la naturaleza del mentado prelado se fue debilitando, ya no sólo, la palidez, sino que el propio movimiento era pesado, y a veces le flaqueaban las piernas, en cualquier gesto, con un estilo moderado de sambenito. La mujer lo empujó a la clínica de un

médico de confianza y amigo del hombre. Le hicieron todos los exámenes y centelleos... Pero el abogado se franqueó con el facultativo y le dijo: - Doctor, yo sé que no tengo ninguna enfermedad, es otra cosa... - "Ah, pero entonces... dijo el facultativo-: la biagra... la biagra"- Y respondió el aparente discapacitado- "Oye, ni me la mentéis... ni me la mentéis... Eso sí, dile, por favor a mi esposa, que me seguirá estudiando."

El licenciado, trataba de superar su mal, pero ni el Mogollón, le resultaba, frente a la Fula, aunque todo lo contrario le ocurría con la secretaria feisísima, la del saus.

Llegó el clímax, y frente al hecho, la mujer lo largó de la cama y le dijo: "Tú no sirves para un carajo". El no respondió. Pero sucesivamente las peleas se hicieron más a menudo, y con peores insultos y con una amenaza estratégica, gritó ella endiablada: - "Si es que ni siquiera puedes apelar a una corregiduría, te largarás de esta casa. Y san... se acabó! Pues hombres me sobran en la bolita del mundo... ¡amén!"

El no habló de este asunto con nadie, ni con la secretaria. Pero ya no poseía voluntad ni para firmar papeles, arrastraba las piernas, tenía los ojos hinchados, la bamba caída, era un esperpento. Entonces la firma empezó a decaer...

Por tanto, una mañana, la Fula echó al juriconsulto de la casa. Ese mismo día le dijo a su colega que le arreglara los papeles del divorcio, por mutuo consentimiento y sin entrar en cuestiones de bienes.

- Hija, le preguntó el padre a la rubia- ¿cómo

es posible que has pedido ese divorcio? La pobre madre lloraba.

- Ustedes no se metan en esto- respondió ella con una decisión absoluta y casi vulgar.

Al poco tiempo, el divorcio se cumplía. Hubo un receso en todo, pero luego el bufete comenzó otra vez, a restablecer su calidad. La secretaria a imponer su dinámica, la sala de descanso, su ritmo vespéral. Otra vez el Mogollón. Más tarde el jefe empezó a fortalecer sus nervios, sus hormonas, sus gestos y su alegría. Volvía a retoñar, casi en forma salvaje con los saus y las tomitas de mariscos y en especial, los huevos de tortuga de carey y de caguama... y un día le confesó a su colega que se iba casar con la mulata.

117

Un sábado, luego de las firmas en el juzgado, la pachanga se realizó a la orilla de un río, con todos los manjares, y comida china, con salsa agri dulce y música típica hasta el amanecer.

Al día siguiente, al conocerse la noticia en el pueblo, la Fula, la hija del rico, se ahorcó en un palo de calabazo. Y el licenciado y la doña del saus tuvieron muchos hijos y fueron muy felices.

EL CORRECTO SECRETARIO DEL FISCAL PRIMERO DEL CIRCUITO

En aquel pueblo realmente nadie pensó jamás que el correcto Secretario del Fiscal Primero del Circuito hubiera hecho semejante caballada.

Pues, al decir de la gente, cuando Filomeno García Almengor era niño, sus compañeros se reían de él, ya que al hacer pipí mostraba una cosita así, pequeñita como un botón de rosa de Jericó.

118 Pero creció el muchacho y en la escuela, debido a su dedicación, puntualidad y buen comportamiento, con un boletín tapizado de cincos, era el favorito de las maestras para izar la bandera tricolor, los lunes, en las mañanitas, a los acordes del himno nacional: "Alcanzamos por fin la victoria..." Ya para entonces corría su fama por la hermosa letra de notario público.

No obstante Filomeno no jugaba trompo, ni "la lleva," ni "compañerito pío-pío" y jamás echó una pelea a los puños. Más tarde, hecho hombre, se decía de Filomeno García Almengor que era el joven más correcto, puesto que no chupaba, no fumaba, no parrandeaba, no, nada... Y esta pulcritud y limpidez a toda luz le valió ser: primero, el portero de la Fiscalía Primera del Circuito; segundo, oficial de archivos, y tercero, el acrisolado y correcto Secretario del Fiscal.

Como funcionario, con el andar de los años, llegó a recibir los elogios del Tribunal Superior y de la Corte Suprema de Justicia.

Resultó ser el secretario más eficiente y judicialmente honesto del área centroamericana y del Caribe. Sumamente aplicado en los procedimientos, llevaba la estrictez de su oficio a la máxima expresión.

Su vida personal cotidiana guardaba relación, renglón a renglón, con las reglas del papel sellado. A las cinco de la mañana despertaba; abría la ventana y repasaba alguna nota; a las seis iba al baño; siempre tarareaba, bajo el chorro frío de agua, la misma tonada: "Eran las tres de la tarde cuando mataron a Lola"... Pero nadie lo oyó cantar jamás, fuera de ese receptáculo de su intimidad. Después preparaba, en un reverbero chino, su propio café, con un aroma de pueblo que era un verdadero néctar de los dioses. A las siete y media, en su lento andar de hombre largo y flacuchento, cruzaba la plaza del poblado, con el sombrero de jipijapa metido hasta la nunca; hurgaba con sus ojillos de comadreja las perspectivas humanas de la calle; sacaba el pañuelo de hilo para sonarse la nariz de cierto matiz rocicler, desnaturalizada por el encajamiento de los espejuelos de anchos aros negros. Y si encontraba una dama, se descubría ceremoniosamente la cabeza de pelo candelilla y ensortijado y saludaba con palabras habituales, pero sus labios entre sonreídos y mordaces, más bien parecían morder una pulla cínica y misógina.

Sus relaciones sociales no pasaba más allá de medio metro de familiaridad. A veces visitaba al médico del lugar de quien tenía la mejor opinión,

mas no para examinar su cuerpo que lucía más sano que el de un novillo, sino para discutir sobre filosofías dialécticas y metafísicas; sobre las debilidades del espíritu y de la carne del facultativo, quien había estudiado en la Universidad italiana de Bolonia. Pero el doctor concluía las entrevistas con el mismo ritornello: -"Hombre, Filomeno García Almengor... ¡cásate!"

El asombro del pueblo resultó del tamaño de la torre del pueblo cuando se enteró del crimen de Filomeno y conoció lo que había de verdad en el fondo del alma procelosa del correcto Secretario del Fiscal.

120

Años antes, un cura español, recién llegado a la aldea, desde el púlpito, cierta vez expresó:- "Es un peligro para la sociedad cristiana y las buenas costumbres del pueblo, que este hombre (refiriéndose al correcto Secretario) sea ateo y no asista jamás a los oficios religiosos... ¿Qué clase de sociedad es ésta?"

Pero entonces, el propio Fiscal se acercó al presbítero europeo y le recomendó no hacer problema público de ese caso, porque el Secretario era hombre intachable y de gran prestigio en la comunidad.

Mas cuando se tramitó la investigación del absurdo crimen de Filomeno y se abrieron sus baúles, llamó la atención de los funcionarios investigadores una foto, recortada de alguna revista extranjera, de un sujeto llamado Mijail Bakunin.

- ¿Será algún santo?- preguntó un policía.
- No- respondió el Fiscal- es un masón.
- Ya lo había dicho yo, que Filomeno era masón- agregó el cura.

El padre de Filomeno García Almengor, minero español, llegó al país para trabajar en las minas de la cordillera. Este hombre raro, después de muchos años decidió regresar a su país en donde, según viejos papeles murió en las batallas de Teruel, contra las tropas fascistas. Éstas y otras noticias, junto a papeles variados y algunas fotos, estaban en las maletas de Filomeno. Sin embargo, como siempre ocurre en los pueblos, algunas notas, de puño y letra del correcto Secretario, sobre observaciones de la vida diaria que transcurría en su derredor fueron a parar a los billares.

121

Estas páginas decían: "El cura P, recién llegado de Holanda, casi protestante, ha destruido los altares de la iglesia, patrimonio nacional, so pretexto de que no se debe adorar iconos de madera. Ahora han quedado las paredes lisas y vacías. Yo vi destruir altares antiquísimos que según el patriarca católico don N.V. fueron encargados a los artífices de Quito. Obras de tallado colonial insuperable. ¿Pero cómo puede entrarle en la mollera de mula de un cura holandés, que nosotros los indígenas, podemos crear obras de arte igual que las de Rembrandt?

Eso por un lado... ¿Y qué esperar de la domesticidad obsecuente de los mansos corderos de dios, de la grey católica, incapaces de rebelarse, por temor a ser castigados con los estigmas del anticlericalismo?

Ayer, en Calle Primera vi arder en el horno de hacer pan de la familia A, pedazos de columnas, capiteles, cornisas de los altares destruidos por la insania de este cura cuasi fascista.

La última nota de Filomeno registraba lo siguiente: "Vivo entre hipócritas y ladrones. En el caso del tragatierra R.S. hoy llamó el propio Presidente de la República para que encarpetaríamos el asunto. Los campesinos irán a la mierda...leyes y códigos, pura mierda...tribunales, pura mierda. El Capitán de la Tercera Zona, se la pasa los fines de la semana huaqueando con un coronel del ejército norteamericano, acantonado en la Zona del Canal. No sólo pisotean nuestra soberanía, sino que roban también la hermosa y rica cultura de nuestros antepasados. Pero hay que escuchar a cada cura, a cada director de escuela, a cada político, a cada periódico y radio hablar del mundo libre, de los derechos humanos y de la democracia. Pura mierda."

¿Mas qué le sucedió, al fin, a Filomeno?

Dicen que sucedió así: después de mascar con voracidad un par de gordos y sabrosos chicharrones, comprados en la mesita de comida de su amigaza Petronila, esa noche, al acostar el Secretario sintió fuertes palpitaciones de su corazón. Se incorporó lleno de susto, respiró hondo y resistió el ataque. Pero creyó que se le había dormido el brazo izquierdo y entonces no pudo dormir el resto de las horas. Sin quejarse ni dar explicaciones dejó de asistir, por tres días a su despacho; conducta inusitada en su limpia hoja de servicios. Al tercer día hizo de tripas corazón, se incorporó, y encajó los anteojos, el sombrero de

jipijapa, se ajustó el desgastado saco gris y a las siete de la mañana fue a ver a su íntimo amigo, el cirujano. Después de minucioso examen, el clínico entre grave y vaticinador, le dijo al correcto Secretario del Fiscal: - "Hombre Filomeno, la vaina es gravísima".

¿Grave de qué?

¡Chuleta...sólo te quedan tres días de vida! Eran las siete y veinte minutos.

Filomeno sintió que se derrumbaba como guanábana madura. Sin embargo, recurrió a su actitud estoica, miró profundamente con sus ojillos de comadreja al cirujano y desde lo más hondo de su resentimiento social le gritó: - "¡Curandero de mierda!" Y tiró la portezuela de la clínica, sin esperar otra palabra del galeno.

123

En su cuarto se echó frente a la vieja máquina de escribir y trató de puntear algunas letras. Después, angustiado, se tendió en la cama a contar las telarañas del techo. Así pasó las horas. En la noche del segundo día, víspera de la muerte inminente acomodó todo lo que tenía que arreglar; lavó el calzoncillo y lo puso a secar junto a un par de raídas medias. Se asomó por la ventana y miró que el cielo se había puesto una ruana oscurísima, llena de lentejuelas. Bajo la mortecina luz de su habitación escuchaba el remolino de los murciélagos al entrar y salir. Afuera chillaba el viento norte del mes de marzo, seco y ardiente, sobre las jarcias del antiguo alumbrado eléctrico. Cuando confirmó que la población de la aldea dormía a pierna suelta sacó del cuarto los recipientes que en el día había adquirido.

Salió a la plaza y regó la gasolina por las

paredes de madera de las casonas coloniales; después hizo otro tanto por la calle principal y otros callejones de endeble chozas. Justamente a las dos menos cuarto, hora del meridiano de Greenwich, en tanto la sociedad viviente y muriente resollaba bajo el plácido sueño de verano, Filomeno prendió, con un reseco capullo de maíz, la casa de la municipalidad, y con el viento cómplice, las lenguas rojas de la candela se regaron y pronto fueron los gritos y los ayes y el relinchar de caballos reventado sogas; perros ladraban como al fin del mundo y gentes semidesnudas salían de casas y cuarterías y el sacristán de la iglesia empezó desesperadamente a tañer las campanas. Pero a esa hora de la madrugada, cuando los seis bomberos del pueblo al fin acudieron al hidrante, el acueducto no tenía agua. Se apagó la luz eléctrica y el incendio comenzó a pintar diablos y fantasmas rojos, amarillos, naranja y escarlatas. Nadie podía parar el fuego, ni Santa Bárbara bendita, ni San Judas Tadeo, ni San Sebastián...Se quemó casi todo el poblado. Al amanecer el sol halló solamente tizones, humo oscuro, gatos asados, ceniza espolvoreada, pavor y llantos. Diez, quince casas se salvaron de a vainas, entre ellas, el cuartel de calicanto. Eso sucedió aquel famoso martes; el miércoles, ya Filomeno estaba sumamente preso. Pese a las palabrotas sucias de los otros presos, el correcto Secretario del Fiscal no se inmutaba, no le preocupaba ni la opinión pública, ni lo que parecía, para todo el mundo, una tremenda chifladura, ni el rigor de las leyes que le iban a caer encima, y cuyo peso, él más que nadie conocía...pues sabía que a las doce de la noche iba a morir. Lucía tranquilo, seguro de si

mismo, satisfecho. Sin fiebre, ni frío y con la presión normal para un hombre de su edad.

En su último día no comió ni bebió no era necesario. A las once de la noche se aflojó la corbata. Borró todo lo que tenía en la computadora de la mente y quedó sin programar, en el vacío. Sentía como locomotora recorrer la sangre de los pies a la cabeza; se oía el ruido, el vendaval de la sangre, el rumbo contradictorio de la vida y de la muerte. A las once y media empezó a respirar cortito y sintió, entonces sí, el frío en la mitad del cuerpo, sudor pálido por la nuca y la columna vertebral, hasta el rabito. Al fin, pues, llegaba la hora y por entre las rejas de la vieja cárcel comenzaron a caer como puñaladas de bronce las doce campanadas del fin del mundo de Filomeno García Almengor, el incendiario. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once...once y diez minutos, once y treinta minutos...once y cuarenticinco minutos: doce , ¡Ay! ... Y en eso la noche cayó como una lámina de silencio de principio de la materia, la que no tuvo principio, según Filomeno. Pudo haber transcurrido un siglo, pero sólo fue un segundo, pues a las doce y dos segundos el gallo rojo de los vecinos soltó su canto ceremonial, ¡qué vaina! ...El correcto Secretario del Fiscal comprendió que no se iba a morir nada...y al tener conciencia de esta brutalidad de la vida, le entró, entonces una ansiedad bárbara; quería huir, evaporarse, desaparecer del espacio, volverse cucaracha...-¡Oh médico hijueputa!"- exclamó.

Ahora vivo y coleando tenía que enfrentar la maquinaria de la sociedad que de sobras sabía cómo era y empezó a temblar con una angustia que le culebreaba por las tripas, con fríos debajo de las entretelas del corazón. Llegó un instante en que Filomeno quería convertirse en pura mierda y jalar, él mismo la cadena del inodoro y fluir por la cañería del alcantarillado.

A la una de la mañana, el tiempo era una carreta sin bueyes, allí pálidamente detenido. Entre las oxidadas varillas de fierro, metida la sabia frente, su cabeza de cabellos ensortijados y candelillas; agarrado al hilo de su existencia que se perfilaba tormentosa y terrible a partir de la hora en que no se murió Filomeno sudaba pedacitos de hielo amargo.

126

Después de unas horas, cuando lo sorprendiera la cruel claridad del día, el señor Fiscal, el personal de la oficina, Petronila la de los chicharrones (con quien se decía que Filomeno tenía ciertos amores de corte ilícitos...¡puras mierdas!...pero se comentaba) Toda la gente que lo conocía: flaco, lento al caminar, el sombrero Panamá, de jipijapa, la nariz de matiz rosicler y los anchos anteojos que le daba ese aire de jurisconsulto y de intelectual de pueblo...¡Haber prendido toda la vieja aldea!...Sólo cenizas y animales muertos. Piromaníaco clandestino, terrorista, masón, devoto del tal Mijail Bakunin... ése santón del diablo...

Eran las dos de la mañana, hora pésima. Otra vez los gallos finos chiflaron sus cornetas que parecían flautas funerales. Y dentro de la jurídica

sesera de Filomeno... la conciencia de ser, de existir, de estar preso, de esperar un juicio de la gran puta. -"Médico huevón y metafísico, ¿como se te ocurrió tal diagnóstico? ¿Qué clase de ruleta rusa le jugaba esa coartada? ¿Morirse en tres días? ¿Él que estaba más fuerte que muelas de trapiche? ¡Total!...No se trataba de ningún infarto; fueron simples gases producidos por los chicharrones de tetita que le vendió la Petronila. "¡Médico mariconsísimo!"

A las tres de la mañana le subió una fiebre por los huevos que lo hacía temblar; sintió horror a las cuatro de la mañana cuando ya, entre cantos de gallos y bramidos de lejanos toros amarillos empezaba aclarar tímidamente la oscuridad de la madrugada y se iba a parir el día, desparramado de resplandores, como a las seis y media de la mañanita. Y todo el mundo ya enterado de las notas de su diario. - "¡Puñeta!"

- Y el pueblo quemado como en los buenos tiempos de Nerón. Y el criterio subjetivo de las gentes sobre su persona. Y el cura cabrón gritando en el púlpito: -"¿No lo dije yo?...¿No lo dije?"

NOTA: Según el acta levantada por su superior, el propio Fiscal Primero, a fojas tres se leía: "Aproximadamente a la seis y veinte minutos de la madrugada, el occiso, utilizando el cinturón se colgó de la puerta de hierro de su celda."

OTROSÍ: Solamente una hora antes del término dado por el diagnóstico del facultativo.



Y OTROS MÁS... DE NAPA
Y OTROS MÁS... DE NAPA

EL PAJARO DE LA DOÑA SAL

Ni el mismo demonio logró mover a la empecinada anciana de su arrecife de coral y oro. Intentarlo era como arrancar un ostión antiquísimo de los entreveros de las rocas marinas.

Desde el marco de una de las ventanas del palacete, ella, la doña se destacaba por su blancura de pan y la sedosa cabellera de espuma, pese a las arrugas de sus noventa años. Sin embargo conservaba la prosapia y la alcurnia adquiridas, desde los primeros días de la república, cuando su esposo (ya enterrado, veinte años atrás) había sido canciller y luego, ministro plenipotenciario en Washington (y no llegó a presidente - se decía- nada más, porque en aquellos días dieron un golpe de Estado y lo mandaron al destierro) Pero incluso, aquella vez, pese a la regalada vida de su marido, fastuosamente alojado en Roma, la doña no quiso salir de su país, del fondo de su madriguera aristocrática, en el universo de la gente chic de la "society", allí en el barrio alto, en cuyos viejos tiempos vivieron los ricos, los dignatarios y demás elementos notables de la oligarquía criolla. Incluso, en donde durmieron, en fastuosos hoteles los ingenieros del Canal Francés, con famosas artistas de la ópera italiana y eminentes prostitutas francesas y posteriormente, los gringos con sus escopetas y putas menos refinadas.

En el ahora titulado Casco Viejo de la ciudad, donde vivieron los elegantes de "adentro," por las silenciosas y pulcras callejuelas, condecoradas con palmas reales importadas de la Habana,

laureles traídos de la India y palmas de tallo rojo, venidas de Indonesia... allí ocurrieron todas las cosas de la historia panameña, las buenas y las horribles: los tratados con el imperio de los Estados Unidos, los golpes palaciegos de los civilistas de entonces, que utilizaban a los militares de antaño. En aquellos tales dichosos momentos de la democracia roñosa, los policías... isí fueron una lindura! Servían para cuidar las fortunas mal habidas, desde las Ferias de Portobelo, a los años del primer ferrocarril interoceánico, y el "Incidente de la tajada de sandía", que un aventurero gringo no quiso pagar, al istmeño José Manuel Luna, luego de habérsela tragado, por lo cual se formó el arroz con mango y un tiroteo de padre y señor mío, con varios yanquis muertos... Muy justicieros resultaban los militares para vigilar y arreglar las cercas de sus latifundios; las cajas registradores de sus tiendas, sus casas de putería y también para apalear y matar a inquilinos y patriotas panameños, en asocio con los lindos marines yanquis, ubicados en el enclave colonial y a petición y agradecimientos mariconsisimos, de los individuos mandantes, de los gremios variopintos de la rabiblanquería civilista y demócrata, en fin, para que los obedientes tongos defendieran a manduco limpio, el dominio del entonces protectorado norteamericano, y sus clases poderosas y serviles de los gringos, contra el mundo de la pobreza del país, los de afuera: campesinos, cholos moñones, indígenas, zambos, negros y mulatos (y también mulatas).

Dijo el barrendero del barrio, un viejo que dominaba la enciclopedia de sucesos y anti-sucesos, de la gente de adentro, (porque la ciudad colonial, dejó una muralla que dividía a

los de adentro de los de afuera) que una vez, para matar el aburrimiento, un aristócrata venezolano, en plena sala del famoso Club Unión, mató de siete tiros, al embajador de su país, un príncipe dueño de casi todas las tierras del Orinoco. Los trajes largos de las damas danzantes quedaron empapados de sangre y sesos, de aquel capítulo de la historia patria.

"Pero no pasó gran cosa, porque los dos eran gentes de adentro, agregaba el barrendero y para los carnavales, los santaneros cantaban una tonada de tambor norte, en las parrandas de los años veinte, que decía:

"Adentro
Y afuera...
adentro

es que tiran balas"...

Era tan encantador el casco viejo de la ciudad, pero con los tiempos, el Canal interoceánico, y los nuevos vientos del capitalismo, la idílica película empezó a enredarse cuando alguien se le ocurrió introducir la cubista arquitectura yanqui, con la construcción de un enorme edificio de diez pisos, que prácticamente aplastó los chalés y las casas de un alto, las de balcones de hierro forjado, llenos de matas de rosas, claveles y veraneras y el techo de rosadas y casi verdes tejas coloniales.

El primer escándalo fue que del último piso de la modernidad, se echó una extranjera y bella mujer, la cual quedó supremamente muerta en la acera. "Alguien la rempujó del décimo piso, por oscuras razones financieras y putañeras," comentó el barrendero, que algún jerarca y chácara de chivo, en el Club Unión lo dijo. Pero no

tanto el suicidio o el asesinato de la mujer afectó a la doña, sino el desgraciado edificio, cuadrilátero de puro cemento y vidrio. La doña, quien además del barrendero, tenía muchas orejas que le contaban cosas, afirmaba que el dueño del tal edificio, le pasó, debajo de la mesa, varios sacos de dólares, al director del Patrimonio Histórico, de aquellos viejos días, y al propio presidente de la república. Tal cosa era un modo de ser, un valor - que se dice- de la sociedad.

Desde la inauguración de aquella mole, la doña salió menos al balcón y se metió, como siempre en la cocina; o en el cuido de su jardín, de exóticos bonsais chinos y orquídeas, entre las que sobresalían vigorosas catleas colombianas y vandas lilas de Nueva Guinea. Al atardecer se dedicaba a tejer finísimos pañuelos, en cuyo arte nadie le ganaba... ni las monjas españolas.

En su casa, desde siempre la acompañaban Atanasia, la negra quien le dio teta al propio canciller, y el chofer, el jamaiquino George . Los dos sujetos de probada lealtad y sumisión.

Debido a su afán jardinero y su amor por la cocina, como por las artesanías, la maledicencia de las otras damas del entorno aristocrático hacían propagar la publicidad de: "que la tal doña, en realidad, no era gente de alcurnia, sino una verdadera advenediza, trepadora, campesina y chusmísima... Solían burlarse diciendo: "quién sabe qué pata puso ese huevo." Pero el barrendero los domingos, con los camaradas de su sindicato, en los mesones cervecedores del mercado, recogía también esas

basuras, y refutaba: " Oigan, muchachos, pero era, en su tiempo, un huevo hermosísimo: casi blanca, sonrosada y tirando a trigueña con unos ojos azules de puro cielo y pelo ondulado de mucha noche; delgada, pero con bien proporcionadas caderas; alta, de bien parados senos, sobrada de piernas, con un rumbo al caminar que no lo tenían ni las habaneras de la playa de Varadero ni las brasileñas de Copacabana. De joven, en su pueblo interiorano, los muchachos, al verla pasar por la plaza solían piropearla en el mejor estilo arrabalero: "si como caminas cocinas, hasta el concolón me como". Los más irreverentes decían de ella que trotaba como si anduviera en el puro encantamiento del proceso amoroso de Adán y Eva. (Sexi que se dice ahora en la época atómica) Y por tales sumas e inigualable pedigrí siempre tuvo la fama, de ser la mujer más clase del país y vivió y gozó como tal, con su fino talante de dama distinguida, y los deslices propios de su táctica, en la carrera ascendente hacia las curumbas de la aristocracia criolla". Y ella, la doña, por su cuenta y abiertamente en cualquier debate, esquina o salón, a toda boca, pregonaba que: "Los padres de muchas de estas cocotudas que me critican, allá en Europa, eran criadores de puercos, o simples limpiadores de chimeneas, y no duques ni marqueses, ni mucho menos, capitalistas. Bueno y yo reconozco agregaba- que mi padre también criaba cerdos, y por tanto, venimos de las mismas porquerizas".

Era, bien conocido que en sus mejores días, la doña, siempre impetuosa y barbárica en sus

gestos, le importaba un culantro lo que las emplumadas y ricas mujeres cacarearan de su legítima belleza. Simplemente vivía en su estilo, de acuerdo con la biodiversidad de la sociedad de truhanes y bobalicones, engreídos y pendejos, demagogos y mafiosos, puritanos y calaveras... En su curriculum vitae había, desde amantes ingleses, japoneses, franceses y de todo el cuerpo diplomático, incluido, el flamante Gobernador gringo de The Canal Zone, hasta miembros de los clubes de Leones, 20/30, la Cámara de Comercio y similares. Había de todo: masones, judíos, musulmanes (con perdón, uno que otro prelado) en esto fue bastante democrática, pero siempre se trataba de gentes muy elevadas y de muchas cifras. Sólo para los carnavales, se iba al pueblo interiorano de Las Tablas, a quemar cohetes con los de abajo, y a moverse en las tunas y los culecos, tirando al aire coplas demoledoras, y desayunado, al amanecer, chicharrones con yuca y café negro.

Según el famoso y culto barrendero los bochinches también provenían de las masas del arrabal, que a falta de soluciones, para sus angustias cotidianas, en su nivel de falsa conciencia de entonces, cuando mandaba el procónsul gringo, era costumbre protestar con chistes y caricaturas contra los poderosos, diciendo calumnias tales como que: "el género de mujeres rabiblanca le salía de sus francachelas nocturnas a la calle, cuando salían del Club Unión, sin género ni trapo alguno sobre sus ancas; en pelotas, que se dice." Y a veces, los propios y chuscos caballeros del afamado Club de la burguesía propagaban tales pornografías,

cuando en los carnavales bajaban a las barriadas populares, a terminar las farras con las mulatas y zambas del proletariado.

El barrendero contaba que una noche había llegado al Club Unión un atildado miembro de la nobleza, con dos mujeres de la vida y el asombrado gerente de la institución, que conocía muy bien, al destacado prohombre, dueño de medio país, no obstante, pero, en cumplimiento de las normas del Club, llamándolo aparte le susurró: -" Perdone, que moleste a quien debo servir, pero usted sabe que el reglamento no permite la entrada al Club a este tipo de niñas, que son mujeres de dudosa reputación". Y el honorable , apartándolo bruscamente le gritó:- "¡No seas huevón!... Éstas son putas... Las de dudosa reputación son aquellas señoritas que están allá a dentro."

135

Sin embargo el barrio alto, aunque amenazado desde abajo, era el barrio alto y allí estaba la doña testaruda, impertérrita, sin rendirse y dispuesta a morir bajo las palmeras y entre los jazmineros y dendrobios.

Ella, ciertamente aunque proveniente de las huertas humildes del interior, tenía clase. Dueña de una brillante inteligencia, casi genial, se había hecho culta, porque el marido lo era, y le inyectaba alta cultura día y noche. Pero además, porque era millonaria y aprendió mundo, pintura, escultura y estilo en los mejores museos de Europa: El Prado, en Madrid; en París, el Louvre y pese a que un diplomático de Bruselas, la invitó a Leningrado, no fue al Ermitage, porque odiaba a los bolcheviques.

En las veladas berlinesas, con poetas, músicos y filósofos, quienes atraídos como avispas por la dorada miel de la mujer, discutía sobre cualquier tema de la cultura.

- Madame, y ¿cuál es su músico preferido? Le preguntaron cierta vez.

- Wagner- contestó.

- ¿Y por qué, Wagner, mi linda señora.

- Por su fuerza, su poder. Amo el poder.

- Díganos, ¿y en cuanto a pintura?

- Hay varios, pero sobre todo, Vincent Van Gogh.

- ¿Y en este caso?

- Por su arrebatada pintura. Porque era loco... yo también soy algo loca... ¡ja... ja!..

Conceptualmente aparentaba marginarse de ciertas categorías que la joven universidad había traído: que si movilidad social, cambios estructurales, desarrollo capitalista, clases sociales emergentes y caducantes, influencia del Canal interoceánico en el perfil de la clase obrera, emigración interiorana y forja de las llamadas capas medias. -"Al basurero con todo eso"- balbuceaba, ante algunas de sus amistades, entre ellas, su amigo el señor Obispo. "Me caen mal tanto los mentirosos y engreídos burgueses de la derecha, como los horribles obreros y demás canalla de la izquierda. "¿Ah... si volviera Napoleón"- "Oiga, le preguntaron- ¿y Simón Bolívar?"- "No caballero, Bolívar fue un ternero a la par de Napoleón"... Eso solía gritar en sus mejores días de codiciada hembra.

Ya a la altura de los noventa años, todavía lúcida y porfiada, físicamente dura, sin embargo sólo llegaba al talante de una garza disminuida, con sus ojillos de comadreja y su lengua viperina.

Y en este escalón solía declarar que “odio que los desplumados, los arrancados, los mugrientos, los maestros, y profesores, incluso los arruinados chupácteros sociales de la vieja aristocracia entren acá y anden sonando estruendosamente los pitos de sus carros y bicicletas y que se apoderen del barrio exclusivo, metiendo chiflidos, y con modas extravagantes, música de vulgares porros, salsas y calipsos-”

Pues todavía en el barrio viejo quedaba la presidencia de la república, la catedral metropolitana, el altar de oro, el teatro nacional, llamado, en sus tiempos, nada menos que con el nombre de Sarah Bernhardt, a la que ella conoció personalmente en Londres; teatro en el cual también cantó su amigo Tito Schipa, a quien, después de cuya función, ella invitó a su palacete, con lo, más granado de la sociedad opulenta de la capital.

137

Pero ahora, desgraciadamente, todo era distinto para su majestad, la doña. Y era cierto. El Casco Viejo de la ciudad se llenaba de campesinos, metidos a tenderos: enfermeras, modistas, y trabajadores del Canal, incluso de la maleantería. ¿Y por qué sucedió eso? Según el barrendero- “porque los ricos decidieron huir de allí y hacer mansiones en las afueras de la ciudad, para estar lejos de la asquerosa chusma y del “mundanal ruido”.

Llegaban estos elementos populares, según decir de la doña: “gentes groseras, porque los hombres andaban con pantalones cortos y en mangas de camisa, y las mujeres con pantalones largos y faldas que dejaban entrever los entreve-

ros.”

Y esas gentes, entre otras estupideces, conectaban sus tocadiscos con música chabacana, más alta que el demonio, y con unos bajos que reventaban los tímpanos de la humanidad... más pese al escándalo, no se iba de su viejo hábitat, aunque los del Club Unión, los del Club de Golf, los Rotarios, y toda la elegancia de la república ya se habían arrancado del lugar.

Ella seguía viviendo, tiesa en su chalé de lujo y de jazmines. Para mayor locura los chiquillos le gritaban: “Vieja loca”, porque a la Doña se le ocurrió hacer un biombo, con ligas de caucho, con el cual disparaban piedras a los mocosos que se introducían a su patio de enfrente, a buscar pelotas de béisbol, con las cuales jugaban.

Algo que trastornó a la doña pintiparada fue el acontecimiento de un golpe militar, pues según ella: “el rumbo lógico de la sociedad se invirtió totalmente y no pocos cholos y negros llegaron hasta las élites de los ministerios: mujeres del populacho miserable ocuparon los grandes salones de las entidades autónomas y las embajadas, y hasta los indios, y prietos de toda laya se volvieron diputados de la asamblea. ¡Horror!... ¡un verdadero horror!”

Comentaba el barrendero, que había gente grande con mucho miedo, cuando alguien dijo, que de la noche a la mañana iba a repetirse una revolución sangrienta como la Guerra de los Mil Días y que la sangre tataría las esclusas del Canal... que los ricos serían colgados, por sus partes, de los postes de la “Fuerza y Luz” y sus

mujeres degolladas y trucidadas cual tutifruti, para echárselas a los gallotes y a los perros tinaqueros”...

Por tales anuncios apocalípticos, la doña empezó a sobrevivir bajo esa oscura pesadilla y de vez en cuando se asomaba, con mucha cautela, como una zorrita blanca, por las persianas celestes, para ver si ya venía la plebe, (los malditos obreros, los guerrilleros campesinos y cholos, con su Victoriano Lorenzo y los machetes al aire, junto a los policías puñeteros, en la terrible alianza de los de abajo contra los de arriba). ¡Chuleta! Sin embargo, nada la movía de su puesto, de su balcón, de su barrio, pues ése era su mundo, lo suyo y si los cobardes aristócratas, sin pelear sus dominios huyeron como gallinas, dejando el plumero en las calles, ella no haría tal cosa, contraria a su clase, porque era la dictadora de su stirpe.

139

Pese a que no veía bien, tenía oído de física y el rumor del ascenso de los muertos de hambre, de los empleados públicos, de los policías y otros elementos lúmpenes del barrio, trajo consigo su propio remolino de maldades y de bajezas. Lo peor fue un vecino, ex ministro de hacienda y ex cónsul en Liverpool. Éste no sólo se trasladó a vivir allí, en su lugar sino que fue él quien mandó a levantar, con los millones hurtados al Estado, la casa de los diez pisos.

“De pronto aquella mole, llamada ahora condominio- dijo el barrendero - se llenó de gente rara y aún de negros y empleados del Canal y hasta soldados gringos que negociaban con toda clase de mujeres de la vida, nacionales y forasteras: colombianas, chilenas, ticas, venezo-

lanas". Era la verdadera unificación latinoamericana. Luego trajeron gatos y gatas y resultaban horribles las noches de los gatos enamorados, porque la doña se la pasaba en vela, sin poder agarrar el sueño, por los bramidos y ñarreadas de las gatas, lo que resultaba incomprensible y ridícula majadería, en algo tan privado como el natural acoso y la cuestión sexual. Mas lo de los gatos eran juegos mensuales o semestrales, y ella terminó por avenirse a esta majadería gatuna.

Pero a los pocos días cayó la gota que derramaría la olla. Un sujeto oriundo de quién sabe qué pueblo del interior subió al primer piso del indecente como bullicioso condominio y se alojó en el apartamento situado, justamente, al frente del florido balcón de la doña. Y la canallada más grande, según comentario del barrendero de marras, consistió en una enorme jaula de virotes de pava, en forma de barco, la cual llevaba adentro un desalmado pájaro cantor. El desgraciado bicho sólo esperó a que guindaran el trasatlántico en un clavo para desatar la racha de cantos y armonías pajarísticas, jamás oídas ni superada por nadie en los pueblos de la región centroamericana y del Caribe.

El barrendero nunca había escuchado tal pájaro y alguna gente, consultada por Atanasia y por George, discutía que podía ser un turpial o calandria, pero no, tal vez- y esto resultaba imperdonable- se tratara de un sinsonte traído clandestinamente de la Cuba de Fidel Castro. Lo cierto fue que el puñetero pájaro no dejó de cantar jamás. A la doña, aquel sonoro y variado silbido o trino, la dejaba estupefacta, llena de ansiedad; la repetición de lo que los pajaristas

llaman armonía, resonaba patológicamente en los caracolutos de sus finas orejas como el sonido de un tren descarrilado, o el estertor de una motocicleta sin silenciador, o el ruido de la trepidante sierra de un herrero loco. No dejó de cantar, desde que llegó en su barco de viotes, desde las seis en punto de la mañana, hasta las seis y quince minutos de la tarde. Repetía el diverso canto de todos los pájaros habidos y por haber.

Y repetía canciones modernas que aprendía con una grabadora que el propio dueño, orgulloso del ejemplar, le ponía a su lado para que aprendiera.

-Hombre indecente- le gritó una vez la doña al nuevo vecino- calla a ese infeliz pajarraco que no me deja dormir.

- ¡Ah! Vieja rabiblanca enemiga de la naturaleza!- contestó el hombre, que fumaba tranquilamente un habano, mientras se complacía con las sinfonías del pájaro extraordinario.

En esa diatriba diaria la doña perdía su talante y Atanasia corría con las sales y demás remedios para revivirla.

La doña mandó a George para que trajera su abogado, con el fin de que interpusiera un recurso de amparo de garantías, o un habeas corpus, según fuese menester, mas el doctor le dijo que su especialidad era el derecho internacional público, las relaciones comerciales marítimas, pues el abanderamiento de barcos resultaba lo más lucrativo y que de ornitología no conocía nada. En todo caso, agregó, vería a un pasante suyo de la universidad para ver cómo salía del pereque. Dicho y hecho, llegó el pichón de abogado, al día siguiente metió un alegato en la

corregiduría contra el odioso hombre dueño de la jaula, tocante a maltrato y violación de los derechos humanos y además por atentar contra el ambiente y la avifauna, al mantener encerrada a una mascota como el mencionado pájaro, causante de tantos males.

Pero, para desdicha de la doña y el joven plumario, resultó que el pajarista era nada menos que cuñado de uno de los coroneles de la guardia y el aprendiz de leyes quedó sumamente preso.

Lo más deleznable fue que el tipo del sinsonte o turpial, con toda esa autoridad que le daba su relación militar, le gritó a la doña, de balcón a balcón hasta de lo que se iba a morir: "vieja loca, rabiblanca, verdugo de los pájaros, fascista anti-ornitóloga, pro-yanqui, agente del Ku-Klux-Klan, ficha de la CIA, bruja diabética y esclerótica"... Después del cual discurso, los hijos del dueño del pájaro, mellizos, por demás de unos seis años, le sacaban la lengua a la doña, le hacían cuchufletas y le disparaban terribles palabras del repertorio arrabalero de los pelados de la calle y hasta algunas vulgaridades en el inglés de "Boca Town."

Pese al pájaro condenado, la doña no se fue del barrio. Ella podía ordenarle a George que se pusiera el uniforme de chofer y sacara el Cadillac, para que fuese a comprar un billete de avión par a ir a cualquier parte del mundo: - "Pero no me van a echar ni los policías, ni los aristócratas que habían salido huyendo, ni la mencionada revolución, ni la guerra civil, ni el Comando Sur de los gringos, ni mucho menos un deslenguado

pájaro"... habría dicho, según el barrendero, la pobre y millonaria vieja, pues "allí se la iban a mamar".

Su amigo, el señor obispo, le mandó a decir que se mudara de ese infierno; que él iba a intervenir si lo deseaba. Pero ella, como toda dama rica y encumbrada era bien descreída y la religión sólo le servía para la formalidad de clase y no le hizo caso al obispo. Esto motivó que su excelencia, en tono distinto le respondiera:- "Lo que sucede es que usted, al parecer, no se ha dado cuenta de que el mundo ha cambiado y si insiste en mirar para atrás, no lo olvide, le ocurrirá lo mismo que le pasó a la mujer de Lot, que por no hacer caso a los ángeles se convirtió en estatua de sal"...

Tras la lectura de la severa esquila enviada por Monseñor, lo único que refunfuñó la doña, según el barrendero fue: - "¡Obispo cabrón!"...

143

Y en efecto la doña no se movió una pulgada, pero trazó nueva táctica. Ella, en horas más sensibles, motivada por la burla del pájaro, de pronto sentía extraordinarias ganas de subir al apartamento, sacar al pájaro y ahorcarlo entre sus crispadas manos; o sacar la antigua escopeta, calibre 16, de dos cañones, del difunto marido y dispararle a la jaula, e incluso matar al dueño. Entonces entendió lo de la violencia urbana, lo de las guerrillas y el terrorismo y algunas veces soñó que era una joven anarquista o una fanática, de la Gestapo de Heinrich Himmler y que acomodaba una bomba de treinta kilos de TNT en el Palacio Presidencial. Pero se sentía así, llena de violencia, como a eso de las diez de la mañana, hora en la cual el inspirado pájaro invadía todo el barrio con

sus gorjeos y a ella se le subía la presión a doscientos sobre cien. En eso su empleada Atanasia quedaba fuera de quicio, al ver que la anciana deliraba y tal fue la gestión pajarística- nunca estudiada por los especialistas en ornitología- que hizo producir, por boca de la doña, las peores palabras en lengua castellana. Y eso era lo que la pobre negra Atanasia jamás había oído, ni pensado de su ama, ni de su vieja familia, que semejantes vulgaridades salieran de esa boca, que ahora deslucía constreñida y fruncida como fondillo de pollo, pero que antes, cuando las vacas gordas y la "society" había sido la boca más roja, dulce, golosa, y sexy de la patria boba. ¡Ah, tiempos felices!

144

Según el barrendero ella pronunciaba catilinas con palabras como:- pájaro puñetero, pájaro huevón, pájaro maricón, pájaro hijueputa, pájaro masón, pájaro sanamabiche, pájaro cueco y una sarta de adjetivos, sustantivos, complementos directos, conceptos y categorías, que por respeto a la moral cristiana, a la democracia representativa, a la cultura occidental y al folclor, el barrendero no se atrevía a repetir.

Y ese palabrerío lo disparaba sobrecargada de ira, con los azules ojos, fuera de sus órbitas, con pulsaciones arrítmicas y visibles signos de alta presión. A veces caía en el sillón de cuero repujado, completamente asfixiada, desfallecida, ahogada en su propia salsa, casi lila de cólera, pero no se moría, ni se rendía, sino que balbuceaba, llena la boca de espumarajos babosos y fluorescentes. Corría entonces la azorada Atanasia con las pastillas de nitroglicerina, para colocársela debajo de la lengua y cuando ya la doña parecía reaccionar favorablemente y se erguía, la empleada la refrescaba con paños de

agua florida de Murray y Lamman... Era la cúspide de lo que luego el posmodernismo se llamaría simplemente estrés, en esta caso producido por el maldito pájaro cantor.

Días después la doña se propuso el cambio de táctica y montó un operativo audaz. Mandó a George a que buscara, en los peores barrios, al maleante más descarado, hábil y con suficientes créditos en robos y escalamientos. George, igual que Atanasia, no llegaba a entender qué ocurría en el enredado sub-mundo de la doña. Pero como en su vida no había hecho otra cosa que obedecer a su amo y luego a su ama, buscó al ratero más despierto que la misma muerte, el cual por mal nombre le decían "el gato" porque tenía la fama de robar con los pies descalzos, precisamente en apartamentos. Hacía bien el llamado "trabajo de sueño" o sea, laborar cuando la gente gozaba de la siesta tropical, al mediodía. Se enfrentó a la doña: ella le dijo: - "Mira allá... ¿Oye ese Pájaro, hijo de la mala leche? Pues bien, suba, tome la jaula, ábrale la puerta, sáquelo, huya con él, haga lo que quiera; pero ¡por dios! desaparezcalo, desplúmelo, tuérzale el pescuezo... y aquí tiene veinte dólares por el trabajito... vaya... de una vez, que ahora no está la gente de dicha casa allí."

Y como un gato, "El Gato" subió; ella lo vio, lo escuchó. El pájaro hijo de su madre, cantaba como un arcángel. El ladrón tomó la jaula, abrió la puerta, sacó al miserable pájaro, lo miró, bajó y echó a correr, calle abajo. Se escucharon gritos en el vecindario: "¡Ladrón... ladrón! Vecino... ¡le roban el pajarito! ¡Ladrón... Ladrón!"- respondían otras voces- ¡Llamen a la policía! Un maleante robó en el primer piso...

Cuando la doña vio desaparecer a su hombre, "El Gato", pájaro en mano, se echó a reír y a reír y reír, hasta cuando se desplomó en el sillón de cuero repujado. Corrió Atanasia con su agua florida. Esa noche la doña durmió como un angelito feliz y soñó que era joven y estaba en una antigua y rica mansión de la Costa Azul, en fin de semana, nada menos que con el Duque de Orange.

Amaneció el palacete lleno de jazmines del cabo, las catleyas y vandas florecidas. La Atanasia tarareaba un son de bullarengue; el chofer George limpiaba el cadillac, y machacaba entre dientes un viejo calipso.

La doña abrió la puerta de su balcón. Salió vestida con una bata de transparente gasa verde-acua y la brisa suave le sacudía su blanca cabellera. Como era habitual, conectó el tocadiscos y puso a Vivaldi. Parecía una figurilla de cerámica de Sevres, pero era ella, insuflada de una alegría interoceánica, paradisíaca, absoluta, transparente, inasible, inconcreta. La alegría era, porque había triunfado, pese a sus noventa años y al haber estado casi sola en el mundo, con sus dos empleados, abandonada de la rabiblanquería cobarde, que huyó, ante el amago de revoluciones. Allí amaneció esa mañana, sin pájaro de ningún tipo y al terminar la primavera de Vivaldi, empezó a tararear la marcha triunfal de la ópera Carmen, de Bizet. Sintió que en ese rumbo de su vida viviría cien años más.

Nada más le dijo eso a Atanasia, cuando de súbito, izás!...pasó sobre su cabellera de algo-dón, el aleteo de un pájaro traslúcido, que fue a parar directamente al balcón de enfrente, justo en una rama de veranera escarlata. Dio un saltito

allí, el otro allá; abrió la puerta de la jaula, se introdujo en su cubículo, cerró y empezó, de nuevo a cantar como un demonio.

La doña, al percatarse del hecho chilló, tembló, gritó. Después con un volumen de trompeta del apocalipsis barbotó una frase de antología: - "¡Putá madre!" y se desplomó en el sillón de cuero repujado. Pero no desgajada o deshuesada, sino enhiesta, firme su busto ejemplar de muñequita francesa de Sevres, con su mirada firme y la boca muerta de la última palabra, como zurcida de odio y las manos con aplomo sobre los brazos del mueble, los pies juntos, quieta, ineludible...

Cuando Atanasia y George acudieron al balcón solamente vieron esa estampa y nada más que ese perfil. Al frente, el pájaro asesino seguía cantando, ahora como loro, o como perico; luego como chango y después como talingo. "¡No puede ser! -gimió Atanasia- Acudió con sus aguas y sales a sobarle la frente, sacudirla por los hombros, llamarla. Todo fue por gusto y para nada.

- George... ¡corre, busca a Monseñor!

Al poco rato, casi volando llegó el obispo, venía pálido y lila como un fantasma de verdad. La doña lucía en su silla, realmente como una estatua, con la boca torcida, como soltando una fea y diabólica imprecación. Al verla, a su excelencia se le desorbitaron los ojos. Él se acercó, casi con pánico, tentó delicadamente con su mano derecha la frente de la doña, se llevó los dedos a los labios y probó... Asustado exclamó en latín: "¡Mierda... lo dije, se volvió de sal!"

LA MOTOCICLETA AZUL

El muchacho Juan Cañas, hombrón de curtidos músculos tenía, metidos en sus ojos verdes, dos vivos asuntos que le mataban la vida: comprar una motocicleta y el amor de la Chola Hidalgo- "Pero yo creo - decía la madre, Mamachón, viuda y querendona - que a ese atolondrado, le apetece más la maldita motocicleta."

Juan Cañas en la madrugada, de lejos oía mugir, como un toro herido la motocicleta de un trabajador del ingenio, que de su campo partía como un rayo hacia el trabajo. De pronto: ¡zas!, pasaba el meteoro, dejando apenas un revuelo de pájaros encendidos en los repliegues de la niebla sosegada y fría.

148

¡Maldita máquina!- Se quejaba la Mamachón - Pues en un animalejo de esa clase se mató, el otro día, no más, el hijo de Tolentino Ruiz. Y ahora tiene ganas de matarse el muy alocado hijo mío.

- No hable paja, mama- rezongaba el muchacho, medio dormido, ese domingo, en su catre de vieja lona, a eso de las seis de la mañana,- yo me la voy a llevar a usted en la moto, para que oiga misa, de seis, en el pueblo. ¡Ja...ja...ja! Su hijito adelante y usted con la pollera roja, al aire, arriba de los muslos... ¿Acaso tío Salomé, no se desnucó y mató cuando se cayó de su caballo moro?. Él no tenía motocicleta... Es cuestión de que a uno le llegue la hora.

Juan debía madrugar demasiado. Correr al pueblo, para que el bus no lo dejara en la plaza. No quería sanciones en el trabajo y menos ahora, cuando ya tenía sus pocos ahorros y además,

estaba más o menos enamorado.

- ¿Sabe mama? Cuando tenga la motocicleta también voy a llevar a la Chola a pasear; al anca, en la parte de atrás, que se llama la parrilla. Esa es la moda. Y a usted también, ya se lo dije, para que pueda meterle envidia a sus compinches.

- Sí, ahora mismo... Y con lo que te pagan en ese dichoso ingenio, que no te alcanza ni para las cutarras... ahorita mismo vas a tener para comprar esa endiablada máquina que cuesta un platal...

Mas el muchacho quería comprar una motocicleta japonesa de color azul, como la que oía rugir cada madrugada por la carretera. Así no iba a sentir la picazón ni los calores de la caña.

- Pero niño, ¿por qué vienes tan chamuscado, de ese trabajo?

- Bueno, ¿por qué será ? Adelante va la candela con la cual prendemos el Cañal; detrás seguimos los cortadores. Filo y filo; el que se queda atrasado no hace la tarea y gana menos.

Y así, sorbiendo las neblinas de la madrugada, a todo trote, hacia el poblado para pescar a tiempo el autobús, se le iban los pagos y los ahorros no alcanzaban ni para pagar la primera letra de la veloz motocicleta de sus sueños: - "Azul me gusta más; la arranco y ella carajea, para que en el caserío todo mundo se de cuenta de que va Juan Cañas, buena madrugada para el ingenio...run...run...run... Subo como un rayo la loma colorada y dejo atrás una mecha de polvo rosado. Y dirá mi amigo Tanasio: "¡Jo!... allá va el diablo de Juan Cañas"...- Y llego al pueblo... ra...ta...ta...ta...ta... Ni qué bus, ni que autobús... Parto sobre la sierpe de plata de la carretera de

cemento, como un suspiro, y mucho antes que suene la sirena del ingenio de azúcar, voy yo... ¡Ja!... que soy el mismo Juan Cañas."

Eran los sueños, pues, empeoró la situación, cuando tuvo que llevar a la madre al hospital, y entre médicos y medicinas se le fueron los pocos ahorros.

- ¡Ay hijo! Será mejor que te olvides de ese motor... Pues si tu tío se mató, cuando corcoveó el caballo, quizás tu madre se muera de la próxima caída del catre.

- No hable vainas, Mamachón, ya usted se parece, en eso, a la Chola. Yo volveré a empezar con los ahorros.

Y esa tarde del domingo buscó la camisilla blanca, se colocó el sombrero pintado a la "pedrada" y tomó el rumbo de Chola, en el caserío vecino. Cuando bajaba la loma, entonces llenó el mundo circundante con la limpidez de la saloma caminera, que remataba en aquella copla amorosa que decía:

"En el fuego de tu boca
quisiera juntar mi fuego,
para prenderme en el juego
de la llama que te toca..."

¡Ay "ombe"! Morena... ¡ay "ombe"!...

- Ése es Juan- decía la muchacha.

Pero Chola, aconsejada de Mamachón, creía realmente que Juan tenía más empeño en la motocicleta que en ella.

- Igualita que mama eres tú- le recitaba Juan- Al contrario, es porque te quiero. Cuando tenga mi moto te llevaré, de baile en baile, para que le saques piquete a todas las feas de por aquí. ¿Oíste? Y se morirán de envidia, cuando nos vean muy amanojados"... Y eso es el amor. ¿Qué te

pasa, Chola?

Mas la vida se iba de domingo en domingo, entre el campo y el ingenio, la caña renegra y el suelo ardiente, y los ahorros no daban para el famoso chéchére.

Pero dicen que una mañanita del domingo, regresaba Juan Cañas del charco de La Palma, donde se había bañado; justamente cruzaba por la laguna de los wíchiches, cuando: ¡suapa!...cayó algo grande, en la poza, con tal fuerza que Juan sintió como si hubiera caído una gran piedra del cielo.

- ¡Mierda! ...¿Qué vaina es ésta?

Al caer la peña o lo que fuera hizo saltar chisquetes de agua y lodo como a diez metros alrededor, y Juan al pesquisar en la laguna observó que el objeto se había hundido en el fondo del fango. Y entonces recordó que, igual a otras veces, ahora él había escuchado un lejano o alto ruido de un avión invisible, de esos que los norteamericanos tenían en la Zona del Canal

- ¡Diablos!...¿ de dónde cayó eso? Miró al cielo... todo claro, sin nubes, ni los gallinazos pintaban el fondo azulito. Se quitó la camisa, se arrolló el pantalón y se metió en el agua sucia. Empezó a apartar los juncos y sacar el barro. Mas el asunto se había ido bien hondo. Juan continuó el buceo. De pronto advirtió que así no iba a poder, salió de la laguna y fue a buscar una palanca. Volvió con el palo y continuó la búsqueda del extraño objeto que había caído de las alturas.

- Esto se desbarrancó del mismo cielo -pensó el muchacho- Vamos a ver que me mandó el Señor...

Entonces tocó algo con la punta de la

garrocha. Con la misma rama palanqueó y logró sacar a flote el misterio. Envuelto en lodo y raíces no se distinguía, pero al librarlo de los envoltorios de barro fue palpando la forma de un maletín de cuero, pero bien pesado. Salió de esa parte de la charca y llevó la maleta a otro lugar para lavarla. Sí... un maletín. - "¿Qué tendrá esta vaina y de dónde cayó? ¡Ajó! ¡Esta cosa si pesa!" Trató de abrirlo, pero fue imposible, traía muchas cerraduras. Escondió el maletín entre las raíces de un árbol y se fue a la casa.

- Mama... ¡si usted supiera! Me hallé un saíno y vengo a buscar la mocha para prepararlo.

- ¿Un saíno dices tú?

- ¡Sí!

- Tú estás loco... ¿saínos por estos mundos?... Eso sería en los tiempos de tus abuelos.

- Ya vengo, espéreme para que vea.

Y Juan Cañas salió con su machete a buscar el saíno... Cuidadosamente cortó, de un tajo y abrió la maleta.

- ¡Putá!... ¿Qué vaina es ésta?- Se sorprendió el muchacho de la motocicleta, al ver lo que miraba.

Cientos de paquetes con billetes. Tomó un fajo y soltó la franja de papel. ¡Increíble!...había billetes de a 1000 dólares. Escogió otro bulto del fondo... billetes de cien dólares... Y antes que alguien viniera por el sendero de las lagunas, Juan, como pudo se echó el pesado maletín al hombro y trotó hacia su casa, mirando, de lado y lado, como un ladrón de gallinas.

- ¡Mama!... aquí está el saíno.

- ¿Niño y qué demonios traes allí?

- Plata, Mamachón... un carajal de dólares...

- Una maleta de plata, y tú, ¿de dónde

sacaste tú eso?

- De la laguna de los wíchiches... Oiga, venía yo del río, así chiflando... cuando, Isuápatel...cayó una cosa en el agua. Primero yo creía que había sido una roca grande, que algún duende me había echado, como por allí, dice usted, hay duendes... y quise arrancar a huir... pero me detuve. Empecé a buscar en la laguna...escarbé, el lodo, batallé con los juncos, y eso era señora. Cayó del mismísimo cielo.

- ¡Loco!... eso eres... un loco... ¿cómo va a caer eso del cielo?

- Eso sí no lo sé yo. Pero si usted no me cree vamos a la laguna... allá está el hueco y se ve cómo, al caer rebotó por todos lados el lodo. Vamos a contar esa plata mama, porque ahora sí hay para comprar la motocicleta.

153

Sin embargo, el mundo se le complicó a Juan Cañas, porque la plata no cabía ni en su choza ni en su corazón, que le palpitaba como el gran trapiche del ingenio, porque después de dos días, con sus descansos, de contar billetes, según las cuentas de Juan, eran como dos millones de dólares, y según la mama, quién sabe cuantos miles... - "¡Jo! Mama, es mucho tiro para un ñeque"- consideró el machetero.- "¿De dónde diablos habrá caído ese maletín? ¿De algún avión?... ¿El señor tendrá aviones en el cielo? Y si esto es una tentación del demonio, del príncipe de los cachitos, y después viene a buscarme a mí, a mama, y hasta la Chola misma, para el asunto de las pailas?"

Esa noche la pobre Mamachón no podía agarrar la mecha del sueño, y se la pasaba

tomando agüitas de hojas de naranja y flores de jazmín...

- ¡Ay, hijito! Voy a la iglesia, para que el padre me confiese. Estas cosas del maligno.

- Déjese de eso, Mamachón... Pues eso es mucha plata y el diablo del cura es capaz de venir a llevarse toda esa barbaridad de billetes.

¡Santísimo!...Hijo mal pensado y mal hablado...Tú no sabes que los curas no roban?

- Perdone mama, pero papa decía que algunos sí robaban.

- Eso lo hablaba el pobre cuando estaba borracho. Y es que tengo un pálpito en el corazón y ya no aguanto a tener esa plata en esta casa.

- ¡No! Yo ni a la Chola se lo he dicho. Acuérdesse de las treinta monedas, y de que hay curas buenos y otros que son del partido del belcebú. Eso me lo mandó el tatadios por la manda que le hice al Nazareno de la Atalaya... Estése quieta, que su hijo del alma está pensando.

Y pensando, y pensando pasaban los días, sin que Juan decidiera nada. Todo en la casa parecía más estrecho. Mamachón enflaquecía, pues lo poco que comía le hacía daño.

- ¡Qué vaina... Mamachón!... Eso de ser rico ¿No?

- ¡Ay hijito mío!... No me hables de esos malditos millones, pues ahora creo que todo mundo viene a robarnos, hasta los ratones... ¡Ay tan libre que era yo antes!...

Juan también sentía miedo de los dos millones, pero no se lo daba a entender a la Mamachón. El asunto era bien peliagudo, pues cambiar en las tiendas, o en el comisariato de la

empresa, un billete de mil dólares era despertar sospechas.- "¿Y si piensan que me los robé?... ¿O que estoy metido en cuestiones del narcotráfico? O me meten preso o cualquier mafioso es capaz de matarme... Tal vez podría tratar con el turco José, que hace toda clase de negocios, y como es rico, la cosa sería distinta... pues ese lagarto es capaz de cualquier vaina"... Cosas de esta laya reflexionaba todos los días y todas las noches Juan Cañas, que sólo quería comprar una motocicleta azul, para ir a su trabajo, y pasear a su novia, la Chola.

En un motete grande, había echado los dos millones de dólares, y para disimular, le puso encima algunas mazorcas de maíz y lo subió al jorón. Cuál no fue el susto el día que un compadre de la Mamachón vino al rancho a pedirle el motete prestado, para una junta de cosecha de maíz.

155

- ¡Ay compadre - exclamó Mamachón- pasa de que Juancito lo necesita para el sábado.

- No se preocupe, Comadrita, si yo se lo traigo pasado mañana jueves, es un trabajillo corto.

- Perdone, compadre, pero es que Juancillo es muy mirado en esa jaba y será mejor que venga mañana, en la tarde a pedirselo.

- Bueno, comadre, así será, vendré mañana... Oiga pero la veo muy pálida. ¿Le pasa algo?

- No, compadre; será la presión...

Pero Juan Cañas tomó su decisión; se llevó un rollo de billetes de a cien dólares, los suficientes para comprar la motocicleta, una estufa de gas y una refrigeradora de kerosín para Mamachón y un par de zapatos para la Chola, y en lugar de comprar eso en el pueblo, se fue a una ciudad

vecina, en donde tenía algunos amigos de trabajo... Fue derecho al camacén de las motocicletas; escogió una de color azul, igualita a la del muchacho que cruzaba todas las mañanas quebrando las neblinas, y se dijo: - "¡ésta es la mía!"- En un camión mandó el resto de la mercancía, porque él, llenó el tanque, subió al sillín, pedaleó y se dijo: "allá va Juan Cañas" Y arrancó como un meteoro azulísimo, con su casco dorado...

- "Ahora sí va a saber la Chola ¡quién es el hijo de la Mamachón! Jubilosamente pensaba esto mientras se tragaba la carretera y la distancia.

Resultó una revolución en el caserío, cuando lo vieron pasar... Y peor fue el susto de Mamachón, cuando el machetero llegó soplando frente al llano de su choza, tocando la trompeta de su feroz máquina azul, que bramaba como un toro azul y herido...

- ¡Mamachón...Mamita! Llegó la reata del campo... run... run... ta... ta... ta... daba vueltas y revueltas en el llano. Pero lo grande fue cuando sus compañeros de trabajo lo vieron llegar, como un sople azul, montado en su motocicleta, y luego paraba el motor, como un dios, junto a los cañaverales del ingenio, en donde esa mañana debían empezar el corte...

- ¡Vaya, pelao... tremenda moto! ¿Te sacaste la lotería?

- Sí, unos dos billetes, pero la moto me la regaló la esposa del embajador de Japón, porque el año pasado se le reventó una llanta de su auto en la interamericana y yo se la arreglé...

Ese domingo, con una camisilla blanca, planchada y olorosa, obra de la Mamachón, Juan Cañas arrancó hacia el lomerío, en cuyas

curumbas, estaba la casa blanca de tejas rojas de la Chola.

Desde su ventana la muchacha veía allá abajo la bestia mecánica subir, con el paquete de su amor, como un relámpago curvo y azul, trepar a saltos hacia ella. - "Loco... es bien loco" - se dijo. Pero de repente, en un impulso, apareció el meteoro, paró en seco el animal de hierro, al frente de la casita blanca.

- Aquí está, pues - gritó Juan Cañas- bájate de esa ventana, mujer cobarde y ven acá... vamos a ver el mundo y a meter envidias.

La Chola acudió asombrada. Él la encajó con fuerza de machetero, como una caña ágil y dulce, en la moto y se la llevó como un suspiro, a dar vueltas por los ranchos ajenos, para que todos vieran su motocicleta, y por donde quiera decía, con gran contento: "¿saben?...Es que mañana me voy a casar con Chola... Quedan todos invitados.

157

A su regreso, a la choza de la Mamachón, ya entre manchas de tinta de la noche y lampazos del crepúsculo amarillo, le dijo a su madre:

- Mamachón, mañana se casa la Chola Hidalgo.

- ¿Con quién, hijo?

- ¿Con quien, pues?...con el lindo hijo de la Mamachón...

- ¡Ay, niño!

- Sí, mamita, mañana me traigo a tu cocinera.

- ¿Y cómo va a ser ese casorio, hijo mío?

- Pues igualito, tal cual mi tata se la robó a usted... Así, mismo pero esta vez el robo, en lugar de a caballo, será en motocicleta...

- Hijo, ¿y dónde vas a meter eso que tenemos

en el motete?

- No se preocupe, que ya le voy a quitar esa mazamorra.

El niño subió al jorón; bajó el motete; recogió bastantes capullos secos de maíz; observó si no venía nadie; llevó el misterioso meteorito a un chaparral reseco; extrajo algunos billetes de a cien, tal vez unos cuatro; echó sobre las ramas el resto de los dos millones de dólares; puso encima los capullos secos; le pidió a la sorprendida madre la botella de querosín y prendió candela: "¡Jai...jaii...¡Viva Mamachón Marín, viuda de Esculapio Cañas Calderón!"

- ¡Ay, hijo!

- ¡Ay Mama!

Las hilachas de candelas, volaban entre las chispas y el humo. El llano se puso clarito, lindísimo.

Ribetes de oro perfilaban la aguiluña cara de la madre; ella agarrada de la cintura de su hijo Juan Cañas, como en un nacimiento, de noche buena.

Esa noche Mamachón sintió una alegría inconmensurable. Y se hizo la muy dormida, cuando llegó Juan con la Chola, en la motocicleta azul, y afuera gozaban, porque el muchacho le hacía cosquillas a la muchacha...

DONDE SE CUENTA DEL TRATO DE TOLENTINO FARRAGUTA CON EL GRAN DIABLO

A Tolentino Farraguta todo le había salido mal en la vida. Y ya, a los cincuenta y ocho años...¿Acaso eran demasiado flacas las esperanzas de alcanzar alguna regalía para su miserable esqueleto de hombre humano? ¡Claro que no!...Y por eso decidió hacer un trato con el Gran Diablo.

Según él, desde el día en que nació, hasta los quince años fue un muchacho bueno, manso, sumiso, decente, bien mandado, laborioso, madrugador y jamás se había cogido, ni siquiera una cabeza de guineo y menos una mujer de mal vivir. Era muy religioso y rezador. Acompañaba a su abuela ciega, todos los domingos a la misa. Para entonces desayunaba, almorzaba y cenaba; los tres golpes al día. Andaba con la pata en el suelo, moñón de cabeza, con el pescuezo sucio y las uñas renegridas, a la moda de los jóvenes de aquellos lejanos días y para entonces no le preocupaba la pobreza, ni las enfermedades, ni el amor, ni la muerte.

159

Cierto que a los siete años, al fin, le enseñaron quien era a su padre, que según la abuela, era un español vendedor de santos. En este menester el andaluz se robó a la que fue su madre; enamorándola a punta de estampitas de San Antonio, orladas de tonos dorados. Pero aquello no resultó, pues el español dejó a la mujer. Y ella, por otro lado, un día, decidió abandonar al niño y encomendándose a San Antonio se fue a rodar tierra, en busca de la vida y no vino más.

La primera vez que Tolentino vio al diablo fue al tener ya uso de razón, cuando al examinar una estampita de San Antonio, en segundo plano y al lado derecho vio un diablillo negro con sus afilados cachitos, los ojos rojos y el rabo pecaminoso tentando al santo. Aunque el demonio parecía un monito feo, a Tolentino le gustó y le dio risa.

- Mire Tolentino- dijo la abuela- nada que me gusta que te interese el satanás ése. Al maligno hay que ponerle cuidado. A veces se hace amigo, pero quienes de él se fían y con él tratan, para la eternidad serán refritos en las grandes pailas del infierno.

- Abuela- preguntó el nieto- ¿y de verdad hay infierno?

- Claro niño, y queda allá, bien abajo del mundo.

- Y las llamaradas y candelas ¿eso es verdad o son cuentos?

- Puras candelas...son unas ollas enormes, llenas de brea o de manteca allí arden los malditos, por los siglos de los siglos, amén.

- ¿Y habrá tantico de gente?

- Un gentío.

- Abuela, la maestra nos explicó que en la tierra hay una barbaridad de gente. Unos seis mil millones.

- Puede ser.

- ¿Y cuántas de esas personas irán a fritarse en las calderas?

- Yo creo que la mayoría. Porque hay más cristianos malos que buenos.

- ¿Entonces al cielo subirá poquita gente?

- Así es, hijo.

- ¿Y tú, abuela, irás al cielo?

- Como que mañana sale el sol. Y si tú sigues

con esa garulilla de malucos, portándote mal, como todos ellos, pues hijito, creo que más bien vas a zambullirte en las profundidades horripilantes, como un ángel perverso.

- Pero si el mundo es viejísimo y tantos se mueren y la mayoría toma la chiva para el reino del diablo, oiga, yo no entiendo ¿de qué tamaño serán esas pailas, para tantísima gente?...

- Hay cosas que sólo dios sabe, carijo y no se preguntan .Eso es pecado.

- Ajá, pero yo no entiendo nada de eso.

- Ni falta que te hace, preguntón, pero huye del demonio. ¡Vade retro satanás!

Pero ocurrió que al morir la abuela y eso aconteció un mes después de estas historias, Tolentino Farraguta quedó solito en el mundo y entonces, a veces comía y otras veces no, y hasta la covacha donde residía la abuela se la quitaron. Y por todo eso comentaba Tolentino:- "no sólo me volví un verdadero desgraciado, sino que de verdad, me hice medio malo y vagamundo. ¡Pobre la abuelita mía!"

161

La primera vez que los policías llevaron preso a Tolentino, primero lo molieron a palos y luego le echaron seis meses de trabajos forzados, pese a que la falta la había cometido uno de sus compinches, porque todavía era aprendiz- "Yo no hice nada"- dijo entonces al oficial de guardia, pero lo pasaron tras la reja.

En la prisión, la conversación habitual era casi la misma. Nadie había hecho nada. Pero realmente Tolentino estaba marcado con la mala suerte y a pesar de que, en saliendo del presidio se mandó a cambiar de lugar, y anduvo de

pueblo en pueblo, ni siquiera se ganó un billete de lotería, ni una pelea de gallos, en las improvisadas gallerías. Tampoco tuvo suerte con las mujeres, no se halló una que se hiciera cargo de él. De los pocos empleos lo echaban; un empresario lo atropelló con su auto Mercedes Benz y le rompió tres costillas. Esa vez le convino, porque pasó tres meses bien atendido en un hospital, pero se llenó de enfermedades y dolencias, hasta gonorrea tuvo. Entraba y salía de las cárceles. Para esos días le apodaban "La Zorra", y en este andar, al llegar a los cincuenta y ocho años aconsejado por uno de sus amigos, tomó la decisión final. Un viernes, en la madrugada, sin hablar con nadie bajo un árbol de higuierón, situado en cruz de caminos, Tolentino Farraguta llamó al Gran Diablo. Como a los cinco minutos, apareció un lujoso auto Mercedes Benz, con vidrios ahumados y placa oficial; se detuvo cerca del árbol; automáticamente se abrió la ventanilla delantera y por ella se asomó el chofer y preguntó

- ¿Es usted don Tolentino Farraguta?

- A su mandar- respondió el asustado y sorprendido hombre.

- ¿Qué se le ofrece?- agregó con nerviosidad Tolentino.

- No, nada- contestó el chofer- a mi no se me ofrece nada, pero ¿no fue usted quien acaba de llamar, hace unos cinco minutos a mi ilustrísimo amo? Entonces Tolentino, desconfiado ante el sujeto, sin embargo cayó en la cuenta de que se trataba del mensajero del Diablo Mayor.

- Si no se ha arrepentido- insistió el diligente chofer- entre al carro- y en esto se abrió una de las puertas de la parte trasera del sofisticado auto. Tolentino Farraguta, quien jamás había montado una máquina de semejante lujo, trastabilló al

entrar, cuando pudo hacerlo se sentó, más bien al borde del refinado asiento, a medio culo, sin atreverse a recostarse y verdaderamente sorprendido, se dio cuenta de que a su lado estaba, nada menos el Gran Diablo. La máquina arrancó como un volador; el chofer presionó un botón y brotó música estereofónica, por todos los costados.

- Con que usted es el muy conocido Tolentino Farraguta - comentó familiarmente el dueño del Mercedes Benz, quien emergía con los cachos recortados debajo de su rubia melena.

- Señor, el mismo soy.

- Pero lo veo sorprendido. ¿Acaso pertenece a ese tipo de gente engañada por mis enemigos, de arriba y de abajo, que han hecho publicitar la discriminada imagen, por todos los medios, de que yo soy un sujeto negro, alto, con una cornamenta de venado viejo, dientes de oro, ojos de candela, tremendo rabo y hedor a azufre? ¿Sabe amigo? Pues eso dicen elementos que olvidan algo: que, en un principio yo fui un rosado y rubio angelito, con mi par de alitas, tal cual los pintaron Miguel Angel, Rafael y otros subvencionados por los corruptos príncipes de Roma y Florencia.

Tolentino Farraguta se acomodó mejor en el asiento, no sabía quienes eran esos sujetos nombrados ni en dónde quedarían esos campos de Roma y Florencia. Con cierto recato volvió a mirar al famoso maligno- que decía su abuela- y se convenció de que ni era negro ni tenía rabo alguno. Por lo contrario el hombre era tez caucásica, ojos azules, pelo rubio, manos de pianista, largas y finas, bien acicalados mostachos parisienses, de los años veinte; un ajustado vestido de rico paño inglés y lujosos zapatos de marca florshein.

- Usted, amable socio, ¿prefiere la música llamada clásica o la típica? Preguntó el Gran Diablo.

- No sé- respondió secamente Tolentino.

- Yo, al igual que mi socio Hitler, amo a Wagner. ¿Oyó hablar de él?

- ¿De quién... de Hitler?

- No de Wagner.

- No, señor... ¡Qué va!

- ¿Sabe? No me diga señor. Esa palabreja me molesta. El señor es el otro. Pero le digo que también, hablando de música, me gusta Paganini. ¿Conoce su Campanela?

- ¿Campanela... Campanela? ¿La tocaba Gelo Córdoba?

- No mi amigo. Pero entérese. Ese Paganini hizo trato conmigo. Era gente mía. ¿Lo sabía?

- ¿Yo? ¡Qué va! Yo no he sido más que un ignorante y pobre diablo, en esta vida.

- ¿Pero a qué viene decir, un pobre diablo? Si los diablos, en fin, la diablería, no fueron nunca cualesquiera cosas. Pobres, por lo contrario, han sido los llamados hijos del tal señor, aquel judío disidente y expulsado de la judería, nombrado Jesús, quien fue crucificado, por haber tenido la terrorista idea de proclamarse hijo de dios, ser dios padre y además, espíritu santo...

- Perdone Jefe, no quise molestarlo, contesto apenado Tolentino.

- No hombre, el que perdona es el otro. Yo no doy perdones. Nada me molesta, solo le explico, porque es claro que contada la historia por Roma y los suyos, todo se desinforma y se dice al revés. Sin embargo en la tierra, que dizque fue creada por el tal señor de marras, hoy la vida es cada día peor, y desde luego las ideas de que los últimos, o sea los pobres como usted, serán, después, los

primeros, sólo sirven para que un poquito de vivos engorden sobre la perra vida de los que aún logran sobrevivir en la miseria.

- Oiga, estimado Diablo, pero usted ahora habla como un político.

- ¡Ja...ja...ja! mi amigo, todo diablo es político y todo político es diablo, o fracasa. ¿No has leído "El Príncipe" de Maquiavelo, otro italiano? El también fue camarada mío. Has de saberlo, Tolentino Farraguta. Pero ese feo apellido, mi nuevo colega, ¿de dónde lo sacó usted?

- No lo sé, mi Jefe Demonio.

- No me llame demonio. No me gusta. Dígame Diablo, no se apene. Estamos en la absoluta legalidad, y no tienes por qué usar lenguaje clandestino. Creo que su apellido es español, más propiamente, catalán. Tengo allá muy ilustres y buenos diablos.

165

Mientras el Diablo sacaba un tabaco y lo prendía, Tolentino observaba detenidamente la hermosura del auto. Mas que la música le impresionaba el aire refrigerado, demasiado frío y esto hizo que recordara las admoniciones de su abuela, sobre las eternas calderas del infierno.

- Yo sé, amigo Tolentino, lo que usted está pensando- dijo el Caballero Diablo, luego de expeler el humo azul de su habano. ¿Le sorprende el aire frío? Pues todo esto que usted puede ver es mi ventaja sobre las mismas cosas del afamado Jesucristo. Y aunque su abuela le hizo creer la embustera historia de que el infierno es sólo fuego y fritangas de la peor ralea, es todo lo contrario, hay fuego, porque sin fuego no habría vida.

- ¿Y cómo sabe usted lo que me decía mi abuela?

- Amigo Farraguta, por algo soy quien soy. Es

un problema de la informática y de la publicidad salvaje. Es lo que se llama la manipulación de las conductas humanas, sobre la base de repetir y repetir viejas mentiras. Pero es distinto. ¿Quiere que ordene bajar el frío- preguntó el Diablo a Tolentino- Ya casi llegamos. Pero en fin, se habla de que dios hizo al mundo. ¿Y qué mundo es el que tenemos? Si se debe entender que el señor fue el creador y asimismo se publicita, mediante el marketing de este mercado mundial, y su instrumento el internet, de qué él es todopoderoso, omnipotente y omnisciente ¿por qué tantísima gente sencilla y hasta miserable, como usted, y perdóneme, fue a dar a las horribles cárceles sin haber cometido faltas? Incluso, amigo Farraguta, historiadores de pacotilla, me quieren achacar a mi la deflagración atómica de Hiroshima y Nagasaki, y las cámaras de gases de Hitler? ¡No! Truman cuando ordenó aquel bombardeo, puso su mano sobre la Biblia y el señor Hitler fue amantado, por los cristianos ingleses y norteamericanos para echárselo a mi amigo Stalin... Sepa usted que el ochenta y cinco por ciento de la población mundial pasa calamidades y hambre por culpa del poderosísimo quince por ciento de supermillonarios y ricos y de sólo siete países que casi todos van a comulgar a Roma y a la O.T.A.N... Es todo lo contrario, amigo Farraguta. Escúchame: por cuanto yo existo, y para que la gente no se vaya conmigo, el mundo ha pasado de los días de las cavernas y del hombre de Neardenthal a hoy, cuando ya van los hombres y las mujeres al cosmos, en donde antes se afirmaba que estaba el cielo. Claro que, en realidad, los mejores hombres y genios de la historia fueron hechuras mías: Atila, Julio César, Napoleón,

incluso los Borgias, y la mayoría de los conquistadores de América: Colón, Hernán Cortés, Balboa... todos muy cristianos... y cazadores de indígenas con feroces perros...

Bueno y en la llamada modernización ¿qué son el famoso capital, el sistema bancario internacional, la bolsa de Nueva York, la cacareada globalización, el terrorismo, y demás anarquías. ¿Piensa usted que la O.N.U es un paraíso celestial? No, allí me sobran votos y vetos... Para que lo sepa amigo, yo soy el polo opuesto de la contradicción del universo y de cuanto vive y muere en el planeta. Yo inicié el universo. Soy el verdadero y absoluto demiurgo.

Tolentino oyó el discurso al amparo de la música típica, pero no entendió ni jota. Eso sí, se dio cuenta de que el Gran Diablo era muy profundo en el pensar, diferente a lo que él suponía. En este punto llegaron al lugar. Bajaron del flamante auto y unos hombres jóvenes salieron a recibir al Emperador de los cachos y al convidado.

Detrás del Belcebú, con mucha timidez, Tolentino Farraguta entró al palacete, en el patio mozarabe de la mansión, empedrado de azulejos y al lado de la piscina, en una mesa blanca, de hierro repujado, llena de botellas de toda clase de licores, los mozos apartaron las sillas para el caballero y el invitado. Palmoteó el Príncipe de las tinieblas y de súbito aparecieron muchachas del servicio casi desnudas, a no ser por un paño de hilo dental que llevaban sobre el empeine. El Caballero ordenó frutas frescas.

- Tolentino, pida lo que quiera: frutas, café, licor... incluso con toda confianza, si desea algunas de las muchachas escójala de una vez,

a su gusto, fuera de todo trato- expresó el Diablo. Tolentino lucía casi paralizado ante la abundancia, la belleza del lugar y las mujeres desnudas.

- Vamos a lo nuestro, amigo Tolentino- dijo el Caballero, luego de chupar una naranja. No hay tiempo que perder. ¿Para qué me llamó?

- Bueno -respondió el atribulado Tolentino, mirando de lado y lado, como para que nadie oyera- quiero hacer un trato con usted, porque entiendo que es la persona con quien necesitaba hablar.

- Sí, ya le dije, soy el Diablo, el mismísimo Diablo mayor, no tema decirlo: el Lucifer el malino, como dicen mis enemigos, pese a ello no se meta el rabo entre las piernas frente a mi, soy todo suyo, a su mandar, business son business.

168

Tolentino le echó ojo a su entrepierna, para ver si ya le había salido rabo, pero no.

- Quiero hacer un trato con usted, caballero Gran Diablo.

- Hable, así me gusta: pida lo que quiera, como lo hacen gentes más emplumadas que usted...¿ O piensa que las grandes corporaciones, trasnacionales, conglomerados, cámaras de comercio y empresariales, asociaciones bancarias y bolsa de valores no tienen a menudo tratos conmigo? Desparrámese.

- Yo no quiero mucho, señor Don Diablo; al morir, y como sé que voy directo para el infierno, lo suyo, (eso me decía mi abuela), quisiera ser bien atendido en su reino. Y además, al pasar unos días, me devuelva otra vez a la tierra, pero como un hombre de treinta años y con otra cara, no con esta nariz de pan de dulce que ahora traigo.

- ¿Quiere ser blanco o negro?

- Trigueño
- Hermoso o con defectos físicos, por ejemplo, ¿cojo?

- No me interesa ser hermoso, pero si con alguna gracia humana, inteligente, entero, bien organizado de cuerpo y con bastante suerte.

- Atractivo para las mujeres, bien proporcionado ¿cierto, no?

- Algo así.

- No hay problema- respondió el Diablo y llenó un vaso con vino tinto chileno, del "Casillero del Diablo"...¿Y cuál será su plan de vueltas a su nueva vida en la tierra?

- Bueno, como pasé una vida de perro, lo que quiero ahora es vivir una vida sabrosa y sacarme todos los clavos de esas penurias que el señor me dio, según su discurso.

- No te preocupes, ya verá qué distinta es mi política, nada de demagogia, más realista y humana, más pareja. Y dígame, ¿qué otra cosa? ¿Quisiera ser rico? ¿Aparecer en sociedad como uno de mis empresarios? ¿Le gustaría ser embajador, en Liverpool, o Singapur, lugares apetecidos por los trepadores de las capas medias? O prefiere salir de representante del Capitolio norteamericano, con influencia en el Pentágono, para hacer su cualquier guerra petrolera, al socaire de la democracia, la libertad permanente y la civilización occidental? O en todo caso, y para cubrirse más sigilosamente, frente a la CIA, le gustaría mejor ser cardenal romano, y salir, de vez en cuando, a vender escapularios? Pues también en el Vaticano tengo a los míos...i Je...je...je...! De todo tengo en mis rosadas viñas...

- No, doctor, un poco del vil metal...eso no estaría mal. Y además, que me devuelva a mi pueblo, pero joven, así como potrillo retozón,

pues con mi experiencia y las filosofías que usted me acaba de echar, yo me las arreglaré muy fácilmente.

- Perfecto, Tolentino. Un súbdito mío dijo por allá que la historia se repite en espiral. No es muy cierto, pero eso de tu experiencia sí es válido. Abajo, los inteligentes cuentan que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Pero trato es trato, Tolentino, y usted ¿qué me ofrece? La vida en la mentada civilización occidental, es dando y dando. Nadie da nada por nada. Yo tampoco, aunque no soy exactamente de la civilización occidental, romana, judía, imperialista y supremamente mentirosa. Yo, amigo Farraguta, soy un ser universal. Eso no significa que pertenezca a la civilización global y del purgante que llaman globalización. Aunque, acá entre usted y yo, esa fórmula la hice pasar de contrabando, por intermedio de mis diablitos, justamente para demostrar que soy el superior y los enredo a casi todos y digo casi todos, porque también, aunque yo no lo quiera, existe el asunto de la casualidad y la causalidad no es tampoco dios. ¿Me entiende?

170

- No, Jefe Diablo, no entiendo un carajo de eso, pero si usted lo dice debe ser verdad.

- Bueno, Tolentino, entonces ¿que me da usted?

- Lo que usted pida, pero eso sí...menos que yo me vuelva mujer.

- ¡Ja...ja...ja!...- se echó a reír el malino- Yo no hago esos tratos, aunque he tenido a eminentes personalidades con esas aficiones, entre otras: Oscar Wilde, Shakespeare, Shaikovsky, Adolfito Hitler...pero bueno, vamos al negocio, con el compromiso de que usted me sirva en diez asuntos que yo necesito.

Y habló el Diablo, entre otros compromisos, de envenenar las aguas del sistema de irrigación de un rico ganadero que le había quedado mal; corromper a la esposa de un presidente latinoamericano y ligarla al negocio de las drogas; espiar al cura de una aldea, sobre sus relaciones religiosas con una rica dama de su parroquia, esposa de un íntimo colaborador mío; colocar una bomba en una reunión de altos jefes políticos del área que no habían devuelto el dinero prestado para ganar las elecciones; desenmascarar a un disfrazado comunista que, para bien de la pos-moderna civilización occidental, tiró al basurero su sistema y finalmente, arreglar, bajo cuerda, con los dueños de los poderosos gringos y gentes fundamentalistas del Medio Oriente, para que me le den un quíñazo a las torres gemelas del centro del capitalismo. Será por puro joder y para yo reírme acá, pues ellos también me han querido sacar las tablas que les di- que no eran las de Moisés- para que dominaran, pero no para dominarme a mí.

El trato fue firmado, con sangre, que incluso el tratante superior le dijo a Farraguta, que estaba muy bajo de hemoglobina. Pero luego lo celebraron con una tremenda borrachera, en medio de la cual Tolentino pidió almejas al vapor, cambute asado con ají chombo, arroz con longorones, y ostras chilenas crudas rociadas con vino blanco de Portugal. Después del festín Tolentino se fue a dormir con la muchacha más guapa, una negra retozona, que le había servido el banquete. Terminada la ceremonia el Diablo ordenó a una de sus secretarías que redactara el programa para Tolentino y la computadora empezó su

implacable calendario.

Y así, cuando después c'ə mucho andar, volar y recorrer, medio planeta, al cumplir con los diez compromisos del trato con el Diablo, ese mismo día se metió un tiro y peló el bollo. Lo enterraron boca abajo; pronto horadó el terreno, como un armadillo electrónico y se topó con las doradas puertas del infierno. La portera, la misma morena, con la cual había pasado un rato en el palacete de mister Candanga, aquella vez, lo recibió con gran solidaridad; tecteo en una mini-computadora japonesa y salió el nombre de Tolentino Farraguta.

- Usted, señor Farraguta nos perdonará- dijo con una dulzura de aeromoza, la muchacha, en un español latinoamericano perfecto- pero nuestro Jefe está ahora mismo en la tierra, asesinando una gran reunión de la OTAN y en cuanto llegue lo atenderá debidamente, según el trato y para que lo tenga seguro, su clave es w.w.w.21, 999,777.axz.punto.com.

El calor, pese a que todavía no había entrado, era tremendamente sofocante, pero al menos, la muchacha se veía muy bien. Como a las tres horas le trajeron a Tolentino una bandeja de plata con el almuerzo, el cual ofrecía caviar negro de Rusia, nido de golondrina de China, Faisán a la parisién, y otras exquisiteces europeas.

- Señorita- preguntó Tolentino- ¿pero acaso no tienen arroz con frijoles de palo...gandules que se llaman?

- Lo que usted pida, mi colega, no olvide que está en el reino de mi Jefe. Además, ¿prefiere whisky o vodka?

- No, tráigame media botella de seco.

- Usted perdone- le explicó la muchacha- pero nuestra planta de refrigeración ha sufrido un

desperfecto esta mañana. En eso sonó el teléfono celular y la joven contestó. Era el Caballero del Mercedes Benz, quien preguntaba por su fraterno Tolentino y ordenaba que lo hicieran pasar hacia la puerta 2007, por el pasillo B-240.

- Usted, Tolentino- le ordenó la hermosa muchacha, con sus turbulentos senos en punta y los filos de los cachitos, entre la rojiza cabellera, recién acicalada- pise esta alfombra y ella lo llevará al recinto principal, del Comité Central de la Satanidad, en donde lo recibirá el Gran Jefe y Secretario General Perpetuo.

- ¡Hombre, mi socio Tolentino! ¿Tan pronto por aquí? -exclamó el Gran Diablo, al verlo.

Tolentino se sorprendió del ambiente ultramoderno de la sala, "era un aire suave de pausados giros" y el suave olor a orquídeas que emergía de varios maceteros.

- ¿Cómo le va mi amigo?- preguntó Tolentino con timidez.

- ¡Je! Lo veo de nuevo muy alarmado. Es igual a todos los que vienen cargados de los discursos que por allá les echan sobre las pailas de brea. No sea tonto, colega, aquí todo el tiempo es primaveral; hay buenas comidas y por las noches, magníficos espectáculos. Hoy en la Casa del Tango canta Gardel. ¿Le gustaría oírle? ¿o prefiere gozar un striptease de Marilyn Monroe en dúo con la Lucrecia Borgia, en el Devil Red? Allí estarán , entre otras notabilidades de la política, Nerón, Truman, Teo Roosevelt, Churchill, Pío 11, Stalin, Pinochet y otros. Mire, he ordenado que en este período de adaptación pase una semana de farra en los mejores nights clubs, en la parte occidental del infierno, con todos los gastos pagos, y luego regresará a la tierra, como lo tratamos. El Diablo, a diferencia del llamado

señor sí cumple. Acá no hay demagogia alguna, de la acostumbrada en las llamadas democracias. No más hablar...hasta luego amigo.

Y en diciendo esto, el Caballero desapareció tras una cortina traslúcida de seda amatista. Y palabra de diablo, a la semana siguiente Tolentino Farraguta apareció, de nuevo en la tierra, con otra imagen, distinto talante y diferente nombre: Baby Quelque Yes De la Guardia y Arias. Acudía dispuesto a vengarse de la vida anterior. Lo primero que hizo fue comprar una faja de billetes de la lotería extraordinaria, con el número 17087, y ese domingo se la ganó y echó al bolsillo un cheque de dos millones de dólares. Compró un auto Mercedes Benz, con todas las extras; se hizo de un chalé, en las afueras de la ciudad. Metió plata en una financiera para desplumar a los jubilados y a los incautos; otra parte del dinero lo dedicó a negociar con drogas, en las barandas de la society, con unos individuos cubanos de Miami y Colombianos de capa y espada, quienes tenían soterradas relaciones con la esposa del Embajador de los Estados Unidos. Estaba hecho...Pronto le pasó, bajo la carpeta, a un Ministro determinada suma de dólares, y ganó una licitación para construir una barriada en el área revertida de la antigua Canal Zone. Invirtió en supermercados ultramodernos y con empresarios norteamericanos ganó y sin licitar otra facilidad para obtener la telefonía celular del país. Obtuvo la Orden Vasco Núñez de Balboa, por ser el empresario que daba la mayor cifra en teletones realizados por emperifollados clubes que fingían caridad con los pobres. En fin se hizo político, pronto quedó de segundo jefe del directorio del Partido Democrático de la

Eternidad; inició la publicidad electoral, y fue elegido como legislador, con la mayor votación de la historia reciente.

Rico, reconocido y publicitado, como la mano que todo lo movía, en este tenor arremetió con todas las chicas en estado de merecer, que se le atravesaron en su camino, en la medida en que aceptaban pasear en su Mercedes Benz, porque el auto tenía diversos mecanismos, tecno-científicos, incluso, el esparcimiento de perfumes caros, como Chanel #5, Elizabeth Arden... que al ser asimilados, inmediatamente emborrachaban a las aventureras que solían acompañar al ex -Tolentino. De pronto los asientos traseros se extendían horizontalmente, las cortinas caían, como truco de televisión, oscureciendo el ambiente y para más encanto brotaba música al gusto: sinfónica, popular o folclórica.

175

En otros niveles de su dulce venganza, el Baby Quelque Yes, el poderoso burgués, manejó sus influencias para meter en la cárcel a toda la familia del funcionario que lo llevó, por primera vez a la prisión... Arruinó al viejo patrón que lo despidió de un trabajo; al cura que lo sacó por borracho, un Viernes Santo de la iglesia. Y finalmente, para no cansar, todo cuanto el hombre logró en su nueva vida satánica, la cual fue de mucho gozo y potencia en la sociedad, pues incluso le ofrecieron una candidatura a la presidencia de la república y hasta la C.I.A lo invitó a colaborar en el área centroamericana y del Caribe, para realizar otra invasión contra Cuba; todo eso le hartó suficientemente la vida y casi atolondrado de aquella rutina de los intocables y sin haber levantado jamás un dedo para traba-

jar, en sus días diablescios, como es la moda de los millonarios, una mañana sacó la pistola de nueve milímetros, se metió un tiro y se volvió a matar, no sin antes dejar en el testamento que su millonaria fortuna la heredaban los presos del país.

Velozmente llegó un autobús llamado "Diablo Rojo" de la reconocida ruta del averno. La portera, más hermosa que la primera vez y con otro tipo de bikini o tanga, lo recibió con mucha cortesía. Ahora lucía un pelo verde. Ella pulsó énter, en la computadora y refulgieron, en la pantalla, detrás del sensor, los nombres de Tolentino Farraguta, alias Baby Quelque Yes De La Guardia y Arias. w.w.w.21. 999,777.axz. punto.-com., y luego ella empezó a jugar casi ingenuamente con el ratoncito.

176

- ¿Puedo hablar con el Maestro?- preguntó Tolentino.

- ¡Cómo no, querido Tolentino! Pase usted. La muchacha pulsó ALT, apareció un diminuto carro; él montó y automáticamente lo llevó al despacho privado del malino.

- ¡ Je! ¿de vueltas tan rápido por estos bellos lares?

- Nada, mi Jefe, para llevar esa vida de rico hijueputa, perdone, mejor era ser un pobre de mierda.

- ¿Viene usted, al parecer, decepcionado y algo boquisucio?

- Bueno, como usted mismo dice, toda la creación es obra suya, y esas palabritas no son sucias, sino del pueblo. Dicen que el uso hace que los académicos las incluyan en el idioma, y bueno el pueblo creo yo mi jefe, no es sucio, sino, a veces, pendejo.

- ¡Ah! Veo que has aprendido mucha filosofía,

de la mejor, mi colega. ¿ No te dije lo bueno de ser diablo? Pero algunos de esos académicos de la lengua se la pasan güevando mucho- No hay tal uso del pueblo. Eso era antes. Hoy, el uso lo imponen las publicitarias para vender cualquier vaina, y como dijo un académico inteligente, porque es de los nuestros, tal agresión cultural, mete mucha basura en los diccionarios, por el cuento del uso...Pero dígame, ya está en el Reino Superior del Infierno Tangible y no virtual, ahora ¿qué quiere?

- Bueno, amigo Diablo, que no me mande, por favor, al departamento de las pailas de brea y similares, que decía mi abuela, porque soy alérgico al calor y a la brea.

- ¡Ja...ja..! Vaya tonto...¿qué desea hacer entonces? Porque esto es para la eternidad, o sea, la infinitud del ser.

- ¡Jo!... pero bien, mi Príncipe de las tinieblas y Gran Diablo, yo quiero que me deje de cantinero, en su despacho, con aquella tipa, ¿recuerda? Para prepararle esos dayquiríes que tanto le gustan...y así, mi amigo, si dios quiere, las pasaré mejor...

Pero en eso, al oírse, en ese recinto, la palabra dios... se apagaron las luces y todo se volvió humo, como al principio de la increada materia, que sabido es, no tuvo principio.

GLOSARIO

A-

Amanojamientos: en los bailes típicos, amanojarse, apretarse las orejas, bailar pegado.

Ají chombo: ají, chile muy picante.

Arrecheras: excitación erótica.

Apie: bajé de la bestia.

B-

Babieco: tonto.

Barajusté: de bajarustar, huir con rapidez.

Barrejobo: lluvia pasajera.

Batafilla: bejuco rastrero de flores lilas.

Bujo: guarapo fermentado, hecho de miel de caña.

Burundanga: golosinas.

179

C-

Cantadera: encuentro de trovadores de décimas.

Catalante: la persona que en el baile del tamborito lleva la voz principal.

Candanga: diablo o espíritu maligno.

Cañaza: bambú.

Cocotudas: damas principales, ricas, que aparentan liderazgo.

Cojudo: caballo sin castrar.

Concolón: concha, muy apetecida, que deja el arroz, en el fondo de la paila.

Curachero: bailador, parrandero.

Culecos: fiesta callejera, que sigue, en las mañanas, luego de los bailes de carnavales, en los cuales festejantes se echan agua.

Curumbas: partes más elevadas de árboles, casa o montañas.

Culiescurría: mujer de pocas nalgas.

Curí: especia proveniente de las antillas.

Charrasquear: toque rítmico de la guitarra.
Chirrisco: aguardiente casero.
¡Chuleta!: Interjección similar a ¡cáspita!
Chumbulun: sonido que se produce al caer al agua.
Chumico: arbusto de hojas rasposas como la lija.
Chusmísima: de la chusma.

D-

Desbarrancó: deslizarse abruptamente.

F-

Fula: rubia.

G-

Guabita cansaboca: guaba silvestre y pequeña.

Guachintones: dólares.

Guaricha: lámpara de kerosín. Pequeña.

180

H-

Huevín: tonto.

J-

Jondió: de hondear, echar al fondo del agua.

Jorón: attillo de los ranchos o bohíos campesinos.

M-

Morachos: reptiles parecidos a la iguana.

Mongo: puño, pelear golpeándose con los puños cerrados.

Ñ-

Ñarreadas: maullidos de los gatos en celo.

P-

Papuja: mujer de rostro hinchado.

Pelao: muchacho.

Petateó: de petatearse, morir.

Pichicuma: avaro.

Pinga: pene.

Pixvae: pejivaye, palma de corozo o carozo comestible.

R-

Rabiblanco: aristócrata. Rabiblanquería, relativo a modos de ser de los rabiblanco.

Relinga: cintura, por ejemplo: conducir por la relinga, a la fuerza, a los prisioneros.

Runroneando: haciendo run - run: ruido intermitente, como el viento.

S-

Sapeando: espiando.

Saus: plato de origen antillano, hecho de patitas de cerdo con penino, y picantes.

181

T-

Talingo: pájaro insectívoro, el macho es negro; la hembra, parda.

Tinaquero: perro callejero.

Tiplio: silbido.

Titibúa: paloma silvestre.

Tuti-fruti: ensalada de frutas.

W-

Wíchichis: pequeños patos silvestres.

CHANGMARÍN: nombre literario del escritor panameño Carlos F. Changmarín (1922.)

El autor muestra una rica producción en diversos géneros: poesía, cuento, novela y ha cultivado la literatura para niños y jóvenes. Se ha destacado como promotor investigador y estudioso del folclor y en ese campo ha escrito varios ensayos sobre la décima. Además es un destacado periodista cuyas columnas han sido de amplio reconocimiento, especialmente Cartas a Tula, y es miembro de la Asociación Nacional de Poetas de la Décima.

Ha merecido varias veces el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró. Entre sus obras publicadas se destacan:

-  Punto e' llanto. Mención de honor del Premio Miró, 1942.
-  Poemas Corporales. Premio Miró 1956.
-  Socabón - Libro de Décimas - 1959.
-  Faragual. Premio Miró 1959.
-  Vida en la Oscuridad - Relatos de la cárcel, en ruso - 1964.
-  Los Versos del Pueblo - Libro de Décimas - 1972.
-  Los Versos de Muchachita - Poemas para Niños - 1974.
-  Crónica de Siete Nombres Memorables - Poemas - 1974.
-  El Cholito que Llegó a General - 1978.
-  Versos para Entrar en la Zona del Canal - 1979.
-  El Guerrillero Transparente - Novela Histórica - Premio Miró 1982.
-  En ese Pueblo No Mataban a Nadie - Novela - 1992.
-  Las Tonadas y Los Cuentos de la Cigarra - 1993.
-  Cantadera - Libro de Décimas - 1995.
-  Nochebuena Mala. Cuentos sobre la Invasión yanqui a Panamá - 1995.
-  Las Mentiras Encantadas. Cuentos - 1997.
-  La Muñeca de Tusa. Poesía para Niños y Niñas - 2001.

Mereció el Premio Especial del concurso literario "Rubén Martínez Villena" de la Central de Trabajadores de Cuba, "por su militancia revolucionaria y su arte en función de la liberación de nuestra América" Y mención en el concurso de la revista mexicana "Plural", con el cuento "Gallo fuego, gallo gente.", publicado en francés en la revista "Le Serpent en plumes" de Paris.